

LISBETH CAVEY

El informe

ALCATRAZ

LOS SECRETOS PERMANECEN SUBYACENTES EN EL TIEMPO



EL INFORME ALCATRAZ

LISBETH CAVEY

Título original: *El Informe Alcatraz*
2ª edición

© Lisbeth Cavey, 2019

Diseño de portada: Maribel Caparrós Gómez
1ª edición

Subyacente: El Informe Alcatraz

© Maribel C. Gómez, 2016

Nº registro Safe Creative: 1909011817487

ÍNDICE

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[EPÍLOGO](#)

CAPÍTULO 1

Siempre pensé que a su muerte yo no lloraría, pero al ver su cuerpo inerte en el tanatorio algo se ha roto dentro de mí. Me hago mil preguntas, los «¿por qué?» pululan por mi cabeza sin darme tregua. No sé el motivo de estar así, él no se lo merece. Mis padres murieron cuando yo era aún muy pequeña, recuerdo a mi madre y cuanto me gustaba estar entre sus brazos, mi padre es un recuerdo difuso, ni siquiera sé quién fue, porque ni fotos me enseñaron, incluso creo que murió antes de que yo naciera. Viví en casa de mis abuelos maternos hasta que mi abuela murió y el hombre que tengo delante sin vida, se deshizo de mí como si fuese algo sobrante. Simplemente me echó de casa en pleno invierno en una de sus borracheras. Luego anduve llorando muerta de frío por las calles durante horas, hasta que una pareja de policías me encontró y llamó a los servicios sociales.

Sigo a los demás en el entierro, soy como una espectadora, cuando realmente soy la única familiar que le queda a mi abuelo o, al menos, eso creo. Los demás no sé quiénes son, quizás sean familia de sangre, pero yo no los conozco. Me miran, me dan el pésame, yo solo sé asentir con la cabeza, no tengo ni idea de cómo llevar esta situación.

Mi familia a día de hoy son mis padres adoptivos, Sofía y Javier, que me criaron como si fuese su propia hija. Eran ya algo mayores y no habían tenido hijos, yo fui una alegría para ellos y ellos lo son todo para mí; bueno, también considero familia a mis dos mejores amigos Cate y Miguel. Somos amigos desde que llegué al barrio a los seis años después de haber permanecido algún tiempo en un orfanato.

Yo estaba muy asustada en mi primer día de clase, la profesora me presentó, «esta es Briana, será vuestra nueva compañera». Me moría de la vergüenza y me sentía insegura, sin embargo, todo cambió cuando la profesora me hizo sentar al lado de una niña rubia preciosa llamada Caterina. En seguida nos hicimos amigas, nos pasábamos el día fantaseando con ser la

reina de cada cuento, la chica guapa de cada serie de dibujos animados, no había problema de quién era quién, si hacía falta éramos el mismo personaje por duplicado, había solución para todo.

A Miguel, lo conocimos un par de años después en la calle; fue un día en el que unos niños nos quitaron la goma elástica con la que estábamos jugando Cate y yo. Como solo éramos dos, la habíamos enganchado en unos hierros que había en la calle con un nudo fácil de deshacer si se hace por el sitio adecuado. El Cerilla, un chico malo del barrio con manía persecutoria por quemar todo lo que caía en sus manos, tiró de la goma con toda su furia, yo la agarré con fuerza pero el Cerilla tiró y tiró hasta tensarla y hacerme daño en las manos. La tuve que soltar. Un chico que salió de la nada fue tras él y consiguió alcanzarlo de un manotazo. Forcejearon y cayeron ambos al suelo, el chico logró quitarle mi goma.

—Toma tu goma, Briana —me dijo el chico desconocido que, para mi sorpresa, sabía mi nombre.

—Gracias. —Agaché la cabeza avergonzada.

—¿No te acuerdas de mí? —preguntó y luego añadió—, soy Miguel, el nieto de la Trini; la del bloque cuatro. Antes solía venir por el barrio pero me fui a vivir a Barlona y casi no venía a ver a mi abuela, ahora he vuelto y estoy más por aquí, mis padres se han separado.

—Ah, lo siento —dije tímidamente.

—Yo no —espetó Miguel con contundencia.

Desde ese día, Cate, Miguel y yo nos volvimos inseparables.

De pronto, me encuentro sola en el cementerio. El sonido de los árboles al moverse con el viento me hace volver a la realidad. A mi lado ya no hay nadie. He insistido tanto a mis padres y a mis amigos en pasar este trago sola que al final aquí estoy, en medio de un oscuro cementerio en esta tarde de noviembre. Tengo mucho frío y está oscureciendo, miro una última vez la tumba de mi abuelo, doy media vuelta y me dirijo a la salida.

Mientras camino me llama la atención la cantidad de estatuas de ángeles que hay en el cementerio. El viento, el crepúsculo y esos ángeles me hacen imaginar la melodía que tendría la escena, y se me pone la carne de gallina al pensar las cosas que podrían pasarme si no encuentro pronto la puerta. Después de andar un buen rato me doy cuenta de que me he desorientado. No quiero que se haga oscuro en este cementerio conmigo dentro de él y para tranquilizarme llamo a Miguel; pero el móvil se me apaga porque, para

variar, me he quedado sin batería. Definitivamente mi madre tiene razón, soy un desastre con el móvil; no me gustan esos dichosos aparatitos ni vivir pegada a uno de ellos. Esta vez, me enfado conmigo misma por ser tan descuidada y me propongo ser algo más ordenada, menos despistada y claro, cargar el móvil.

Inmersa en mis pensamientos, alguien me toca el hombro y me pego un susto de muerte; es mi padre, que cansado de oír a mi madre ha venido a buscarme, lo abrazo todavía con el susto en el cuerpo, como me alegro de verlo en este momento.

CAPÍTULO 2

Estoy sentada en un despacho, hay varios hombres trajeados con pinta de estirados. Uno de ellos se me presenta como el abogado de mi abuelo y parece que es el que lleva la voz cantante. En principio, parece que solo me han citado a mí, sin embargo, pasados unos minutos entra una pareja que pasa de los sesenta años. Ella es rubia, con el típico peinado de señora mayor cardado de una manera algo exagerada. Él es de complexión gruesa y con un curioso parecido a mi abuelo, solo que es bastante más joven.

El abogado les pide los D.N.I a los dos desconocidos y luego invita a la señora a salir del despacho; esta monta en cólera, al parecer, se llama Francesca, y es la mujer del hermano pequeño de mi abuelo que es el señor que la acompaña, se llama Antonio, y tiene cara de buena persona.

—No entiendo nada, ¿por qué no puedo quedarme junto a mi marido? —pregunta Francesca indignada.

—Señora, el difunto ha dejado instrucciones claras acerca de la lectura de su testamento y una de ellas es que usted no esté presente bajo ningún concepto.

—Desgraciado, ¡¡hasta después de muerto dará por saco!! —vociferó fuera de sí.

—¡Cesca, sal del despacho, por favor! —exclama Antonio haciendo notar la paciencia que tiene que tener con semejante bruja.

Francesca, fulmina con sus ojos penetrantes a todo bicho viviente que hay en la estancia, en especial me mira a mí de arriba abajo, me pregunta con la mirada ¿quién diablos eres tú?, luego sale del despacho dando un portazo.

—Disculpen a mi mujer, está algo nerviosa con la situación —se excusa Antonio.

—No se preocupe; bueno, estamos ya todos, vamos a proceder a la lectura del testamento de su hermano y su abuelo señora Galdiu —dice otro de los hombres que creo que es el notario.

Cuando pronuncia él □señora□ me quiero morir, solo tengo veintiocho años, y ya me llaman señora. Me quedo inmersa en mis pensamientos, hasta que la voz ronca del notario me despierta de mis ensoñaciones fatalistas en las que me veo llena de arrugas, de canas y caminando con un bastón.

En Tarla, a 25 de noviembre de 2014

Joan Galdiu de Guimerà manifiesta su deseo de otorgar disposición testamentaria, tiene la capacidad legal bastante y necesaria, ordenando su final voluntad que con arreglo a sus instrucciones se redacta de la forma siguiente:

Al Sr. Antonio Galdiu de Guimerà, lega el inmueble situado en la Calle Real...

Oigo parte de lo que se lee, hay palabras que no alcanzo a comprender, tal parece que el texto es tan rebuscado que ni yo, adicta a la lectura, puedo comprender. Desconecto durante unos minutos hasta que oigo mi nombre.

A la Srta. Briana Galdiu Cifuentes, lega y manda que se cumpla la voluntad de mi difunta esposa Briana Puig Olmedo, dicha voluntad se redacta en el anexo que se adjunta:

Me descoloco, al parecer van a leer un escrito de mi abuela, abro los ojos como si fuesen platos cuando veo un sobre con mi nombre escrito a mano y fechado hace veinticuatro años, exactamente cuando ella murió.

El notario empieza a leer una parrafada burocrática en la que se me hace entrega de una carta que yo tengo que leer a viva voz delante de todos porque es el deseo de mi difunta abuela.

Me entregan el sobre que captó mi mirada momentos antes, lo abro y extraigo una hoja de papel anacarado y bastante amarillenta por el paso de los años. Veo la letra de mi abuela y no puedo más que emocionarme. Aunque intento contenerlas, de mis ojos brotan unas lágrimas que me limpio con celeridad.

—Proceda a leer el escrito, no tenemos todo el día —ordena el notario en tono poco amigable.

Lo fulmino con la mirada y empiezo a leer.

«Mi querida Briana, ¡eres tan pequeña para soportar todo lo que has vivido!; escribo esto cuando solo tienes tres años y acaba de morir tu madre. Mi pena es tal que no se si voy a poder aguantar lo suficiente para verte crecer. Me estoy dando cuenta de que mi llama se apaga y tengo que dejarlo todo atado.

En el momento que cumplas la mayoría de edad, Casa Galdiu, pasará a ser tuya. No podrás disfrutarla hasta que haya muerto tu abuelo, pero a todos los efectos la casa será de tu propiedad. No dejes que nadie interfiera en esta mi voluntad, y si lo intentan he dejado todo dispuesto para que el dinero que tengo en el banco te sea entregado también a la muerte de tu abuelo. Quizás, ahora te estés haciendo mil preguntas, pero verás que todas te serán contestadas cuando vivas en la casa».

No puedo creerme que mi abuela me haya dejado la casa de la familia de mi abuelo, no sé qué cuál habrá sido el motivo pero me entra una curiosidad que no puedo evitar.

Antonio pide la palabra y dice que mi abuela no puede dejarme una casa que siempre perteneció a su familia y no a los Puig.

El abogado le responde que sí, que puede hacerlo, ya, que la casa se cambió de nombre hace treinta y cinco años, pasando a ser únicamente de la señora Puig, por lo que puede legársela a su nieta que es la única descendiente de sangre que queda. También le confiesa, ante mi asombro, que la carta fue encontrada junto al cadáver de mi abuelo, que la ocultó y que por eso no se había procedido al cambio de nombre de la misma con anterioridad.

—¡Hija de puta! —exclama Antonio utilizando el mismo tono que su mujer.

—¡¡No insulte a mi abuela, por favor!! —le grito.

—Tú no sabes nada, chica, no sabes quién era tu abuela, no sabes quiénes eran los Puig y su ansia de poder.

—Me da igual quiénes fueran los Puig, pero a mi abuela ni mentarla.

Después de firmar varios documentos, salgo del despacho con las llaves de Casa Galdiu en la mano y un tocho de documentación que dice que ahora soy millonaria; ya, que a parte de la casa, he heredado prácticamente todo el patrimonio y el dinero de mis abuelos a excepción del piso de la Calle Real y una pequeña parte del dinero que hay en las cuentas bancarias.

CAPÍTULO 3

Al día siguiente, quedo con Cate y Miguel, los paso a buscar con mi coche para ir a Casa Galdiu. Los dos se pasan todo el camino haciendo broma de mi nuevo estatus, me llaman Briana, la milloneta.

Hace tantos años que salí de esa casa que no recuerdo cómo llegar y le pregunto a un señor mayor que camina por el arcén de la carretera.

Después de darme unas indicaciones algo confusas y de perderme durante media hora dando vueltas por la zona, paso por delante de una verja de hierro forjado con unas flores amarillas y azules de cristales estilo Tiffany, no hay duda, es Casa Galdiu.

Detengo el coche y me bajo del mismo como alma que lleva el diablo, Miguel y Cate me observan boquiabiertos y me siguen.

Abro la verja con una llave de hierro más grande que mi mano. Si he de vivir aquí, tendré que pensar en cambiar la cerradura. Comienzo a andar, pero Miguel ha tomado los mandos de mi coche y me indica que suba. El camino hasta la casa es largo. Hay jardines a ambos lados de un camino bordeado por plátanos de carretera. Son tan grandes que únicamente se cuelan algunos rayos de sol y le dan al paisaje un toque mágico que me cautiva. A medida que avanzo, se eriza todo el vello de mi cuerpo; entonces la veo, ahí está, esa preciosa casa modernista que nunca abandonó mis sueños, Casa Galdiu, la casa de mis antepasados, la casa donde nací y de la que salí el día que murió mi abuela para ir a vivir a la Calle Real con mi abuelo y ver con mis propios ojos como se pasaba el día gritando y emborrachándose.

En el porche nos espera el señor Vázquez, el guardés; que saluda con expresión algo ceñuda y nos advierte de que tengamos cuidado con el mobiliario y las antigüedades, recuerdo que de pequeña no me gustaba nada ese hombre, me daba de todo menos confianza.

Los tres entramos al vestíbulo de la casa con la boca abierta, está igual que antaño; es como si no hubiera pasado el tiempo. Empiezo a pensar en mi

habitación, me encantaría saber en qué estado está, Cate y Miguel parecen estar en una burbuja, no consiguen cerrar la boca y son como un par de peces globo. Cuando Cate consigue salir de su estado de embobamiento se decide a explorar la casa, Miguel prefiere sentarse en el gran sofá que ha encontrado en el amplio salón, que sigue como lo recordaba a excepción de una gran televisión plana que ahora está encima de un mueblecito precioso que le hace de mesa. Cuando yo era pequeña, había una de las típicas televisiones de tubo de imagen. Me parece extraño que alguien haya cambiado la tele, si desde que nos fuimos mi abuelo y yo, nadie ha vuelto a vivir en la casa. Me da en la nariz que el guardés no está enfadado conmigo por casualidad, le he jodido el chollo.

Dejo a Miguel instalado en el salón haciendo zapping y lo último que le oigo decir es «joder, hay parabólica, esto es el paraíso en la tierra, esta noche no me pierdo el fútbol». El bueno de Miguel, nunca cambiará, hago un gesto de negación y pongo los ojos en blanco; ¡cómo quiero a ese bruto!

Subo por las escaleras decoradas con una barandilla en madera tallada, tal parece un tronco de árbol que se retuerce. Los peldaños brillan como si fuese un espejo, casi diría que me estoy viendo mis partes nobles. Cuando llego a la planta de las habitaciones, paseo por cada una de ellas, me sorprende que nada haya cambiado, veo pequeños detalles como los enchufes que ahora son modernos, o cuadros que no recordaba, sin embargo, tienen pinta de llevar muchos años en esas paredes. Por fin, llego a mi antigua habitación, pero al intentar abrir la puerta la encuentro cerrada a cal y canto. Busco el manajo de llaves que llevo en el bolso y voy probando, para mi desgracia, ninguna encaja.

Pienso en ir a buscar al guardés para que me la facilite, entonces, recuerdo que mi tarjeta de crédito hace milagros con las puertas, si no que se lo pregunten a Cate. Aún recuerdo cuando estuvimos trabajando en un hotel de Salo. Habíamos acabado la jornada y teníamos nuestras pertenencias dentro de la habitación de un compañero que nos dejaba cambiarnos en ella, pero tal parecía que el pájaro se había ido de picos pardos. No me lo pensé y probé con mi tarjeta y, *voilà*, se abrió la puerta y se hizo la luz.

Como buena cabezona que soy, intento abrir la puerta. En principio se resiste, empero yo soy mucho más fuerte que la dichosa puertecita, me convengo mentalmente para darme ánimos. Tras varios intentos y viendo que la tarjeta se va a romper, decido darme por vencida, sin embargo, cuando

intento sacar la tarjeta la cerradura se desbloquea, increíble pero cierto.

Beso mi tarjeta y la devuelvo al bolso, sé que la voy a necesitar más veces en esta casa, es demasiado grande y hay muy pocas llaves en el llavero que me han proporcionado. Empujo la puerta y ante mí se muestra la gran cristalera de colores y flores que nunca abandonó mis sueños. Veo mi cama con dosel con su colcha de color rosa y mis peluches encima de esta. De proto, me doy cuenta de que alguien me observa, me empiezo a incomodar y volteo para mirar, ahí está Cate con una sonrisa de oreja a oreja y con un gramófono en los brazos.

—¿De dónde has sacado esa preciosidad? —le pregunto con curiosidad.

—Hay un trastero en la planta de arriba.

—¿Has subido a la tercera planta?

—Ya te digo, no tiene nada que ver con el resto de la casa, está descuidada y huele a moho.

Recordé, que cuando era niña no subía nunca a la tercera planta, siempre me dijeron que las niñas buenas tenían que portarse bien y no subir más arriba de la segunda. Aquello ahora me parece absurdo, pero con tres años creía que si intentaba subir estaba haciendo algo muy malo. Aún recuerdo el día que decidí aventurarme y cruzar el límite. Habían puesto una de esas barreras de seguridad para niños, cuando intentaba abrirla me pilló el guardés y me miró con cara de querer matarme. Corrí escaleras abajo buscando a mi abuela, pero cuando la encontré estaba en su cama.

—¿Yaya, qué te pasa?, ¿estás malita?

—No, mi vida, estoy cansada, eso es todo. Anda, vente aquí conmigo.

Días después no despertó y nadie contestó mis preguntas de niña.

Miro a Cate y decido que quiero ver que hay en la dichosa tercera planta, total si voy a vivir en esta casa tengo que conocer todos los rincones.

Subimos las dos por las escaleras, la barrera para niños ya no existe, y ahí estamos, sin guardés que nos vigile de chafardeo en la planta prohibida. Las paredes están llenas de humedad y el ambiente no tiene nada que ver con el resto de la casa, es de todo, menos acogedor. Miro al techo y veo que hay señales de reparaciones por goteras. Me da a mí que voy a tener que invertir mucho dinero en esta planta, porque paso de vivir en un sitio que me da escalofríos y este lugar me los está dando.

Caminamos por el pasadizo, todas las puertas están cerradas menos una.

—Es aquí donde he entrado —señala Cate dando saltitos.

Entro en la estancia y es del todo claustrofóbica, hay trastos por doquier y muchas telarañas. Está todo oscuro y Cate acciona un viejo interruptor, se enciende una bombilla en el techo que mucho no alumbra, pero menos da una piedra.

Hay muchas cajas de madera y cartón apiladas, una de ellas me llama la atención. Esa caja la conozco pero no sé de qué.

Intento abrirla, pero el cierre está oxidado. Le doy unos golpes y consigo mi propósito. Hay vestidos, ese tacto, me es muy familiar. De pronto, una imagen del pasado invade mi mente; recuerdo a mi madre que me sostiene en sus brazos y yo intento tirarle del lazo que lleva atado a la nuca.

—No cariño, que se me va a ver hasta el alma —susurró mi madre entre risas.

Tomo el vestido entre mis manos y me lo llevo a la nariz; huele todavía a ella, quizás sean imaginaciones mías pero noto su olor y me emociono tanto que rompo a llorar.

—Tranquila, Briana, si llego a saber que te iba sentar así entrar en este sitio no te digo nada, ahora me siento mal.

—No te preocupes, Cat, este vestido era de mi madre y todavía huele a ella.

Bajo el vestido hay varias cajitas, una de ellas, la más grande, contiene fotos, lo sé porque de pequeña mi abuela me las enseñaba, voy sacando todo lo que contiene la antigua caja, y me emociono al reconocer objetos de mi niñez, objetos, de mi familia biológica. Entonces lo veo, es el diario de mi madre, la veía escribir todas las tardes y le tiraba de la falda para que me hiciera caso a mí y no a su cuaderno. ¡Cuánto daría ahora por verla escribir! Cojo el cuaderno y lo aprieto contra mi pecho, lo abro y acaricio una página, me siento feliz y más cercana a mi madre tan solo por rozar con mis dedos su bonita caligrafía.

Cate y yo volvemos al salón con Miguel, necesito intimidad y estoy viendo que no va a ser posible. Por suerte, Cate se amodorra en el sofá y se queda dormida, Miguel sigue pegado a la tele, ahora es el momento.

Salgo al jardín trasero pasando por la cocina. Hay una mesa blanca preciosa y unas sillitas a juego, me siento en una de ellas a leer el cuaderno.

15 de agosto de 1984

Hola diario,

Me llamo María y hoy es mi cumpleaños. Han hecho una fiesta en mi

casa para celebrarlo. He recibido muchos regalos, pero el más especial es este cuaderno donde tengo pensado escribir todos los días. Normalmente, no tengo mucho que decir, hace unos meses que salí de la escuela y no sé qué demonios estudiar. La verdad, es que no tengo nada claro a dónde va mi vida. No me puedo quejar, mis padres me adoran, tengo muchos amigos y vivo en una casa de ensueño, sin embargo, me falta algo y no sé qué es. Por hoy ya he hablado mucho, no soy chica de muchas palabras y menos si son escritas, no se me da muy bien escribir, como puedes apreciar.

20 de agosto de 1984

Hola diario,

Intento cumplir con mi propósito de escribir cada día, pero me es del todo imposible, soy demasiado perezosa. Mis padres me han matriculado en un instituto para hacer Formación Profesional, quieren que al menos estudie algo que me pueda servir, me han matriculado en administrativo, odio las oficinas y los papeles, no sé cómo acabará esto y me siento fatal, necesito más tiempo, estoy demasiado perdida como para saber qué quiero hacer con mi futuro. En fin, no soy feliz.

12 de septiembre de 1984

A estas alturas ya te puedo llamar querido diario aunque casi no te cuenta nada, pues bien, empezamos de nuevo.

Querido diario:

Hoy empecé las clases, no tenía ningunas ganas de levantarme pero mi madre me obligó. Nos han tenido toda la mañana de aquí para allá y parece que la gente de mi clase es maja. No soporto a la profesora y tiene cara de perro, que conste.

31 de diciembre de 1984

Diario, me he enamorado, se llama; bueno, mejor no te digo como se llama, no quiero que esto caiga en manos de alguien indiscreto y tengamos problemas, a partir de ahora le llamaré J.C.

6 de enero de 1985

J.C me ama, hoy me lo dijo. Me llevó con su moto a un sitio precioso, nos besamos durante horas y estuvimos a punto de pasarnos de la raya como diría mi madre, pero algo me detuvo, supongo que me da miedo perder mi virginidad.

2 de febrero de 1985

Estoy perdiendo a J.C. ella lo ha embrujado. Ahora J.C. niega haber

tenido nada conmigo, dice que todo es fruto de mis fantasías, pero yo sé que no tiene razón, lo nuestro es único e inquebrantable. Ella no se va a salir con la suya, J.C. es mío y soy capaz de lo que sea por arrancarlo de sus brazos.

—Briana, ¿dónde estás? —La voz de Cate me devuelve a la realidad, ahora que la cosa estaba tomando un tono de lo más desconcertante.

—¡Estoy aquí Cat, en la terraza! —exclamo.

—¡Ven un momento, tienes que ver esto!

Me fastidia que me interrumpa en este momento, seguro que es una tontería y yo lo que quiero ahora es seguir leyendo el diario de mi madre, sus palabras me habían descolocado y su caligrafía, en principio bonita y ordenada, se había vuelto caótica.

—¡Ya voy! —gruño con fastidio para que Cate note que no tengo ningunas ganas de levantarme de donde estoy.

Cuando llego al vestíbulo me encuentro a Cate delante de la puerta de la entrada, Miguel está a su lado y me mira con cara de circunstancias.

Me acerco a donde están ellos y me aterrorizo al ver lo que miran. En el suelo hay un gallo muerto, tiene una soga atada al cuello, lo han arrastrado por las escaleras y ha dejado un rastro de gusanos vivos a su paso.

—¿Dios, quién ha hecho algo así? —pregunto a la espera de que salga el autor, me intento convencer de que esto es obra de unos chiquillos para quitarle hierro al asunto.

El guardés, al vernos ahí reunidos con esas caras, se acerca profiriendo insultos. Nos invita a entrar en la casa mientras él limpia semejante horror y según él, va en busca de los culpables porque tiene una ligera idea de quiénes han podido ser. Le pregunto, pero me dice que no le dé importancia, que los pondrá en su sitio. No responde a mi pregunta, me ha dado largas y me parece de lo más sospechoso.

CAPÍTULO 4

El guardés sale de su casa después de haber recogido el gallo de la entrada de Casa Galdiu y haberse dado una ducha. Tiene la certeza de que algo tan horrible solo ha podido ser obra de una persona, empero, no puede ser; hace mucho tiempo que quedó fuera de juego. Lo que tiene claro es que esta situación ya la ha vivido hace muchos años, y que no depara nada bueno, esto es una señal, y no ha de ser ignorada.

El tiempo amenaza tormenta, la humedad le cala los huesos; se pregunta el porqué de seguir trabajando para los Galdiu después de tantos años y situaciones surrealistas vividas junto a ellos. Piensa que además de ser el guardés de la finca, es el guardián de los secretos de cada uno de los miembros de la familia. Se siente cansado, sus fuerzas flaquean cada día un poco más, el hombre fuerte del pasado ya solo es una sombra de lo que fue.

De pronto, comienza a llover tan fuerte que decide volver a su cabaña a por un paraguas. Los truenos y los relámpagos no ayudan, demasiados recuerdos. Cuando consigue llegar al almacén decide guarecerse de la lluvia allí.

Entra, enciende la pequeña bombilla que hay en la entrada enroscándola un poco más y se lleva el susto de su vida al encontrar una cara conocida.

—¿Usted? —pregunta extrañado.

Un fuerte dolor punzante es lo último que siente antes de caer al frío suelo de piedra del almacén.

—Creo que he oído como un grito —dice Cate preocupada—, venía de esos cobertizos de ahí.

—Será la tormenta Cat. —La intenta tranquilizar Miguel.

—Perdonad, pero con lo de la gallina esa me he quedado muerta.

—Era un gallo, que conste —aclara Miguel intentando chincar a Cate para distraerla.

—Gallo o gallina, qué más da, mientras no sea un nido de «gusiluces».

Los tres nos reímos, Cate es así, no hay más, pero tengo que esforzarme para que mis amigos no se den cuenta de lo asustada que estoy.

Tras una cena increíble que nos prepara nuestro chef preferido, Miguel, y ver un rato un programa catalogado como telebasura, decidimos irnos a dormir.

—Déjame dormir contigo, porfa, porfa, porfa —suplica Cate persiguiéndome por toda la casa, le digo un par de veces que no, meterse en la cama con ella es acabar durmiendo en el suelo, no he visto persona que se mueva más que mi amiga. Pero me hace chantaje emocional y al final tengo que decirle que sí; en parte, yo tampoco quiero dormir sola, lo del gallo me ha descolocado demasiado.

Miguel, se acuesta en la habitación de invitados, no parece tenerle miedo a ningún bicho con plumas vivo o muerto, incluso bromea con las plumas de su edredón y con cuantas pobres gallinas habrán desplumado para fabricarlo.

Estoy tan cansada que me duermo enseguida, sin embargo, en un momento de la noche me levanto porque oigo unos golpes que vienen del otro lado del pasillo, que me parece más largo que nunca, camino con torpeza y noto que el suelo se hunde a mi paso, cada vez se hunde más y noto como unas manos me agarran las piernas, me quieren llevar hacia el interior del suelo que se ha vuelto como un estanque de arenas movedizas, me siento angustiada, no encuentro a qué agarrarme, oigo a Cate llamarme pero no puedo moverme, mi cuerpo se hunde cada vez más hasta que no consigo ver nada, no puedo respirar.

—¡¡Briana!! —Cate me está zarandeando—, despierta.

Me despierto sudada y muy desconcertada, Cate llora porque dice que yo gritaba mucho y no respiraba bien, le doy un abrazo para tranquilizarla, aunque lo que necesito es que me abracen a mí, he tenido una pesadilla horrible, el jodido gallo me ha trastornado.

Despierto cuando una fuerte luz entra por mi ventana, juraría que había corrido las cortinas y cerrado las antiguas persianas de madera.

Desayuno con Cate y Miguel en la terraza, los ánimos ya están más calmados y el ambiente es agradable y distendido. Recordamos batallitas de cuando éramos pequeños y disfrutamos de un sol más propio de septiembre que de finales de noviembre.

Más tarde, acompaño a mis amigos a sus respectivas casas con mi coche.

Vuelvo a Casa Galdiu solo pensando en seguir con la lectura del diario de mi madre.

Cuando aparco el coche me extraña no encontrarme al guardés mirándome con cara de pocos amigos, a decir verdad, desde lo del gallo no lo he vuelto a ver, imagino que estará en cualquier rincón aguardando para meterme la bronca de turno. Entro en la casa, cojo el cuaderno y me dirijo a la terraza para seguir con mi lectura.

De pronto, me siento observada, percibo una presencia detrás de mí que se acerca cada vez más, me estremezco y el corazón se me dispara, me giro bruscamente hacia atrás y ahí no hay nadie. Me río de mí misma, creo que me estoy sugestionando. Decido no darle más importancia al asunto y me sumerjo en la lectura.

20 de marzo de 1985

La odio, Diario, la odio a muerte, J.C. solo tiene ojos para ella; se presenta en casa, se queda a cenar, se sientan juntos en la mesa, miro a J.C., incluso paseo la lengua por mis labios para que recuerde lo que le gusta de mí, bien sabe él lo que soy capaz de hacer, ya me ha probado y sabe de la pasión desenfrenada que siento por él. Aún recuerdo esa noche mágica. Se quedó a dormir en Casa Galdiu, entré en su habitación de madrugada y me metí en la cama con él completamente desnuda. Me hizo suya de manera feroz, parece que la sustancia que le metí en la copa de vino que se tomó en la cena hizo su efecto. Por suerte, nadie se percató de mis intenciones; eso sí, me miraron de manera extraña cuando insistí en poner yo la mesa, ¿Pero quién iba a sospechar de mí?, soy una buena chica a ojos de toda mi familia.

Solo te puedo decir una cosa diario, me encantó follármelo. Me excitó el dolor de mi primera vez, aún necesitaba más y más dolor, no sé qué me pasa, me fascina que me hagan daño. Le pedí que me pegara, que me azotara con todas sus fuerzas, él estaba fuera de sí y eso me encantaba. Dejé que me mordiera todo el cuerpo, y le pedí que me insultara; absolutamente divino, voy a repetir, sea como sea repetiré, aunque tenga que volver a drogarlo.

—¿Pero qué narices? —me pregunto a mí misma en voz alta.

Estoy horrorizada, ¿cómo dice estas cosas mi madre?, intento pensar en que era una cría y a lo mejor estaba fantaseando, no obstante, hay algo que no me cuadra, no recuerdo a mí madre como una persona a la que le gustara el dolor. Mi imagen de ella, es la de una mujer dulce y buena, no la de una morbosa a la que le excita que la sodomicen. Quién sabe, quizás en la cama

era así, tampoco puedo juzgarla porque le gustara el sexo extremo, pero, lo de drogar a un chico para que se ponga burro con ella, me parece de lo más extraño, a decir verdad, creo que estaba algo chiflada, y me apena pensar así de mi progenitora, mi idea de ella era otra, tendré que seguir leyendo su diario en otro momento para aclararlo todo, hoy, ya estoy saturada.

CAPÍTULO 5

Conduzco por La Costa, del sol de la mañana ya no sé nada, ahora solo hay nubes y viento, parece que va a volver a llover; voy rápido, demasiado rápido diría yo, estoy en la ciudad y no debería pasar de cincuenta, pero voy a ochenta y cinco. Un coche se acerca cada vez más a mí, es un Seat de color gris metalizado, no le doy importancia. Doy la última calada a mi cigarro y lo tiro por la ventanilla. De pronto, al coche se le encienden unas luces azules en la parte delantera parecidas a las de *El coche fantástico*. Deduzco que es la policía de incógnito y que necesita pasar delante de mí por alguna urgencia, aminoro la velocidad hasta pararme apartándome gradualmente para dejarle paso al coche sin pensar que tanta lucecita va por mí.

El vehículo camuflado se para detrás del mío y un chico vestido de paisano se acerca y me pide que baje la ventanilla.

—Documentación —dice el chico enseñándome una placa de policía.

La busco en la guantera y se la doy.

—¿Iba usted un poco rápido, no?

—Lo siento, me he despistado y...

—Ya, se ha despistado y ha tirado una colilla encendida a la vía pública.

—No me he dado cuenta, lo siento.

—Pues, la tengo que multar.

Caigo en la cuenta de que me quedan muy pocos puntos, mi conducción, digamos que es un poco enérgica, ¡qué vamos a hacerle! Me voy a quedar sin carné de conducir y yo sin coche no puedo estar; ahora que vivo en el culo del mundo, menos.

—¿Cuántos puntos me van a quitar?

—Los suficientes para que deje de ser una imprudente —contesta con sequedad.

Seguidamente, me mira a los ojos y pregunta:

—¿Le pasa a usted algo?

—No pasa nada, está todo bien.

—Parece que ha llorado, tiene la cara manchada de rímel y los ojos rojos.

—Me ilumina la cara con la linterna, cosa que no entiendo, todavía no ha anochecido aunque haga muy mal tiempo.

—Lo siento, pero eso a usted no le incumbe —replico airada.

—Lo sé, pero indicarle que si ha tenido cualquier problema con alguien, en comisaría podemos ayudarla.

Me da a mí que me acaba de tomar por una víctima de violencia de género.

—No pasa nada, de verdad.

—Eso espero, de todas maneras aquí tiene su documentación y la multa, tiene quince días para pagarla con el descuento, buenas tardes.

No me pasa inadvertido el atractivo del policía, sin embargo, solo quiero acabar con él, me ha endiñado una multa de doscientos cincuenta euros, no puedo decir que por el morro, porque la he liado y sé que podría haberme puesto mucho más, no obstante, al leer el papel amarillo veo que solo me ha multado por arrojar a la vía el cigarro, por lo que no se ha portado tan mal.

Entro en Casa Galdiu, he pasado por un Kebab y he encargado comida para llevar; no tengo ganas de cocinar. Me siento en el salón y enciendo la televisión. Están emitiendo un programa de cambios de imagen, me río con las burradas que le dicen los estilistas a según quien y tras engullir el *dürum*, me tumbo y me quedo dormida en el sofá.

De madrugada, me despierto y la tele está encendida. El programa que se emite, se llama nieve y me descoloca, ya que desde el apagón analógico no he vuelto a ver esa pantalla y menos en una tele moderna, de pronto, me siento en la película *Poltergeist*, solo que estoy algo crecida para ser una niña, y tampoco soy rubia.

Por si acaso, apago la televisión con el mando a distancia, no sea que empiece a oír, Briana, ven, acércate —léase con voz susurrante y tenebrosa—, definitivamente, soy una paranoica. Voy al lavabo y cuando regreso al salón la televisión vuelve a estar encendida. La apago de nuevo y salgo a la terraza con mi paquete de tabaco y una manta. Me siento en un balancín precioso y me fumo tres cigarros seguidos mientras me pregunto qué narices hago sola en este caserón.

Después de pasarme un buen rato en la terraza entro en casa y me voy

directa a mi habitación, por suerte, me duermo rápido y de nuevo por la mañana vuelve a despertarme el sol al amanecer. Pienso que voy a tener que hablar con el guardés, que a parte de estar desaparecido, no me extrañaría nada que estuviera entrando en mi habitación a hurtadillas para hacerme putadas, la cara con la que me mira no me gusta nada.

Me levanto, me ducho y me visto, bajo las escaleras de dos en dos con la intención de hacerme algo para desayunar, pero oigo ruido en la cocina.

—¡Holaaa, holaaa! —vocifero, sin embargo, nadie responde—, ¿quién anda ahí?

El sonido de cacharros en la cocina para en seco y oigo unos pasos.

—¡Respóndame o llamo a la policía! —grito en un último intento de que la persona, cosa o extraterrestre que está en la cocina dé la cara.

—¡Ah, hola usted debe ser Briana, la nieta del señor Galdiu!

Y sale de la cocina una señora de mediana edad, vestida de negro y con la piel más blanca que he visto en la vida. Es alta y lleva un moño a lo «me ha lamido una vaca». Llama la atención la cantidad de maquillaje de su cara, las cejas pintadas y los labios demasiado rojos.

En el cuello lleva una cinta negra con un camafeo, la tía me da «yuyu» nada más verla, es como si fuera miembro de *La familia Monster*.

—Soy Tina, la asistenta, no he venido antes porque estaba en mi país cuidando de mi anciana madre —aclarar la mujer.

—No sabía que tuviera asistenta, ¿lleva mucho tiempo trabajando para los Galdiu?

—Muchos años, niña, muchos años —responde con un tono lastimero y con un ligero acento que no sé identificar.

—¿De dónde es usted?

—Soy de Rumanía.

No tiene pinta de rumana y su acento es de lo más variopinto, no obstante, si trabaja en la casa hace tiempo y le hace falta el dinero no voy a ser yo quien la despida, eso sí, me voy a dar más de un susto con semejante «personaja» pululando por la casa, de todas formas, necesito una asistenta, si no para mantener esto limpio me voy a tener que pasar todo el día con la cofia puesta.

—¿Qué horario hace, Tina?

—Yo soy interna en la casa.

Encima va a vivir conmigo, con esto no contaba, yo quiero vivir sola,

tranquila, paso porque venga una asistenta de vez en cuando pero no por convivir únicamente con ella, encima me da un mal rollo increíble.

—Pues verá, Tina, yo preferiría un servicio por horas, usted puede trabajar aquí ocho horas, luego podrá irse a su casa —le digo a ver si cuela.

—Yo no tengo familia aquí, no tengo otra casa que esta, llevo muchos años al servicio del señor Galdiu, vivo en el ala de las habitaciones de servicio.

No me queda de otra que aceptar, no la voy a dejar en la calle, pero tengo que revisar el sueldo de esta mujer, si le da para un piso para ella sola prefiero que se vaya, lo siento, no me encuentro cómoda, ¿y si quiero andar en pelotas por la casa?, ¿y si me traigo un «churri» un día que ligue —si es que ligo, porque últimamente estoy a dos velas—; y nos ponemos cómodos delante de la chimenea?, no, tengo que buscar una solución para esto.

CAPÍTULO 6

Después de mi encontronazo con la extraña Tina, desayuno un cortado y un trozo de pastel que ha hecho ella. La verdad, es que tiene buena mano para la repostería a juzgar por este pastel, espero que también la tenga para la cocina, ya, que yo soy algo negada para ese tema.

Decido salir de compras y Tina me pregunta si vendré a comer, le contesto que no lo sé, pues tengo la intención de hacer muchas compras y quizás coma en el centro comercial, en un vegetariano en el que nunca he estado y tengo curiosidad, hoy tengo ganas de comer hojas, que últimamente me alimento fatal.

Paso una mañana de lo más divertida en el centro comercial, eso de comprar ropa sin mirar el precio no lo había hecho jamás, pero ahora soy rica, sí, tengo más dinero del que puedo gastar. No obstante, tengo que ir con ojo, si gasto en exceso puedo quedarme sin nada, por ello, mejor tener los pies en la tierra como dice Miguel y que no se me vaya la cabeza viendo ceros en mi cuenta bancaria.

Cuando vuelvo a casa lo hago a lo *Pretty woman*, solo que no tengo a Richard Gere que me acompañe y le diga a las dependientas de la tienda que me hagan la pelota, pero no me ha hecho falta hombre alguno, hoy he saciado mi hambre de ropa para una buena temporada. Entro en la casa haciendo mi imitación de Julia Roberts con las bolsas de papel y el modelito que me he llevado puesto en una tienda super exclusiva en la que nunca había entrado más que a deprimirme. Cuando le he dicho a la dependienta que me lo llevaba puesto se ha quedado con cara de póker, se pensaba que me iba a hacer un simpa, hasta que ha visto mi tarjeta *Golden-Pay* con la insignia de la familia Galdiu. De algo me tenía que servir que mi abuelo tuviera una entidad bancaria propia, aunque fuese un borracho y un mal bicho.

Creo que el dinero me está cegando y me lo reprocho a mí misma mentalmente, también imagino al bueno de Miguel dándome la lata con sus

sermones y no puedo evitar partirme de la risa sola en el salón.

—Hola señorita —me dice una voz a mi espalda, es Tina con su raro acento, le tengo que decir que me tutee, no me siento cómoda con el «señorita», yo siempre he sido Briana, a secas.

—Buenas, Tina, ¿qué tal por aquí?, ¿ha dado señales de vida el guardés? —pregunto esto por decir algo, no se me ocurre otra cosa, pero sí que quiero saber qué ha sido del cascarrabias del guardés.

—¡Ah!, sí, ha venido hace un rato, curiosamente ha recogido sus cosas y me ha dicho que le diga que no quiere trabajar para usted, que le ingrese la nómina y lo que le quede de liquidación a su número de cuenta y que le envíe los papeles a su apartado de correos, me lo ha traído apuntado en este papel, tenga.

Me quedo a cuadros, será que lo del gallo le ha afectado más de lo que pareció en su momento, pero de ahí a despedirse y de la manera que lo ha hecho, menudo personaje, la verdad.

Pienso en que tengo que buscar un nuevo guardés que se ocupe del jardín y del mantenimiento y reparaciones de la casa como hacía el señor Vázquez. Me da una pereza horrible, sin embargo, pongo varios anuncios en diversas webs de búsqueda de empleo y no tardan en apedrearme a llamadas.

Entrevisto a muchas personas, pero no encuentro lo que busco. Necesito alguien con carácter, fuerza y que sea un manitas, a poder ser que esté «buenorro»; esto último es broma, pero si puede ser, por pedir, que no quede.

El quinto día entrevisto a Fernando, un andaluz la mar de «salao» y dispuesto para trabajar. Tiene cuarenta y cinco años, y es padre de familia numerosa; la verdad, es que el señor me parece un encanto.

Tina lo mira con recelo; no le parece bien que haya contratado a alguien, se le ve en la cara, pero tanto me da. No me gusta Tina por muy bien que cocine, hay algo en ella que me choca.

Por la noche decido seguir con la lectura del diario de mi madre, me dejó muy mal sabor de boca lo último que leí y quiero saber cómo acabó su historia con el tal J.C.

14 de abril de 1985

Ella se me ha enfrentado, dice que me he inventado lo de J.C., que él jamás se ha acostado conmigo, pero no es verdad, tengo pruebas y ella las ha visto. Le arranqué bellos púbicos y los pegué en un papel, le escribí unas líneas en él y se lo dejé en su mesa de noche. Dicen que esos pelos son míos,

están todos en mi contra, no aceptan mi relación con J.C. porque lo quieren para ella, pero no será para otra si no es para mí, eso seguro, soy capaz de lo que sea.

18 de abril de 1985

Hoy J.C. ha firmado su sentencia de muerte y ella no será feliz jamás.

Estoy absolutamente horrorizada con las cosas que dice mi madre, era una loca, tantos años soñando con sus brazos, con sus caricias de cuando era tan pequeña; guardando en el interior de mi corazón esos tiernos recuerdos de ella, y resulta que era una desquiciada. De pronto, me doy cuenta que las siguientes páginas están arrancadas y se nota demasiado, alguien ha tocado el cuaderno, antes no faltaban páginas y ahora han arrancado bastantes. Miro más adelante y veo que en la parte final faltan un buen puñado de páginas también, se ve claramente como han sido arrancadas. Aquí solo somos dos y yo no he sido, por ello, le pregunto a Tina si sabe algo.

—¿Cómo dice, señorita?, yo no sé nada de ningún cuaderno; es más no lo había visto en toda mi vida. —Tina se echa a llorar desconsoladamente.

—Disculpe, Tina, no ha sido mi intención ofenderla.

Ella se retira a seguir con sus labores y yo estoy de lo más desconcertada. Guardo el cuaderno en la caja fuerte que hay en el salón y le asigno una combinación que solo sé yo.

Mil preguntas sobre mi madre se agolpan en mi mente, me gustaría saber con quién puedo hablar que la haya conocido, pero tengo tan poca información sobre ella que no sé por dónde empezar; y esa chica a la que hace referencia en el diario y a quien se refiere como «ella», no sé quién puede ser, está claro, que es de la familia, quizás una hermana, pero, que yo sepa, mi madre era hija única, por lo que estoy de lo más desconcertada.

Decido subir nuevamente a la tercera planta a ver qué más encuentro en la habitación de los trastos, pienso en las fotos que quizás por la emoción de encontrar el diario de mi madre no me he parado a mirar; recuerdo cada una de ellas aunque haya pasado tanto tiempo. Entro en el habitáculo y veo la caja olvidada encima de un pequeño taburete.

Abro la cajita y me siento a mirar las fotografías. Ahí están, fotos de mi madre cuando era pequeña, de varias edades, hasta la adolescencia. Hay una en la que mis abuelos tienen a mi madre en brazos cuando era bebé; hay otras de familiares y una de la boda de mis abuelos que también está en el cuartito de costura en un marco. Abajo del todo hay una foto de toda la familia en lo

que parece un día de campo. Están mis abuelos, mi madre y otra pareja con una chiquilla más o menos de la edad de mi madre a su lado. En segundo plano, hay una niña que parece ser de alguna de las otras familias que se ven en el campo ese día comiendo, está de espaldas a la cámara y se ve algo movida. Entre las fotografías, encuentro una esquela, alguien ha borrado el nombre de la persona fallecida, que extraño, pienso para mí. Solo sé que murió el uno de enero de 1986, tengo que saber quién murió de mi familia en esa época, si es que esta esquela pertenece a alguien de mi sangre, claro.

Por la fecha, no pudo ser ni mi abuela ni mi madre, eso seguro, ¿y si es mi padre?, me pregunto. Todo es un mar de incógnitas y de alguna manera tengo que desvelarlas.

—Señorita, tiene visita.

La voz de Tina me saca de mis fabulaciones y paranoias varias. No sé cómo me ha encontrado. Cuando salgo del cuartito me escruta con su mirada penetrante y me dice que hay un agente de policía en el salón.

Mi sorpresa es mayúscula, cuando bajo las escaleras y a quien me encuentro esperándome sosteniendo una taza de té que Tina le ha preparado, es al poli □ponemultas□ del otro día.

—Hola, ¿qué he hecho ahora? —le pregunto en tono de acojone total.

—De momento en el tema tráfico ya tuvo usted bastante el otro día, ahora vengo a interesarme por el señor Vázquez. Su hija no sabe nada de él desde hace ya varios días y está muy preocupada.

—Pues mi asistente lo vio la semana pasada, dice que estuvo aquí y que ya no deseaba seguir trabajando para mí. Incluso ya he contratado a otro guardés.

—¿Ha venido a por su liquidación?

—Que va, me dijo Tina que él había dado instrucciones para que se le enviara a su apartado de correos, mire, lo tengo aquí, disculpe un segundo.

Busco el papel que me dio Tina y no lo encuentro, ya no está en su sitio.

—Tina, ¿ha visto usted el papel con el apartado de correos que le dio Vázquez? —le pregunto extrañada por no hallarlo en su sitio.

—No, Señorita, desde que se lo di no lo he vuelto a ver.

Entonces me percató de que no he ido a buscar la documentación de Vázquez a la gestoría por lo que todavía no se la he enviado.

—Pues, no sé si voy a poder ayudarle, he perdido el papel con el apartado de correos y todavía no le había enviado la documentación —digo pareciendo

la sospechosa *number one*.

No sé por qué razón, siempre que veo a un policía, automáticamente, me siento culpable, la sospechosa, la asesina, etc. etc... aunque no haya roto un plato, es igual, soy culpable, culpable y culpable.

El policía me nota nerviosa y me hace varias preguntas, luego me ruega que le informe si me acuerdo de algún detalle adicional; me indica que debo llamarlo a la comisaría de La Costa, su nombre es, Aitor Bravo.

CAPÍTULO 7

Días después de la visita de Aitor Bravo me entero por los informativos de que han encontrado muerto al Señor Vázquez en la playa. Al parecer, se cayó al agua mientras pescaba cerca del faro y se golpeó contra una roca en la cabeza. El cuerpo ha aparecido en la playa del Lagarto, estaba cerca de la orilla entre unas rocas. Unos niños lo han encontrado. ¡Madre mía!, pienso para mí, que mala suerte ha tenido el pobre hombre.

Llamo a la hija de Vázquez para darle el pésame y preguntarle por la hora del entierro.

—Buenas tardes, soy Briana Galdiu. ¿Es usted la hija del Señor Vázquez?

—No, soy su sobrina, mi prima está muy afectada y no puede atender a nadie en estos momentos, no se preocupe, yo le diré que ha llamado; dígame.

—No sé muy bien qué decir en estas situaciones, solo puedo transmitirles mi pesar por lo de su tío, y si necesitan algo, aquí me tienen. También quería saber la hora del entierro.

—Muchas gracias, le trasladaré sus palabras a mi prima, y con respecto al entierro, por el momento están a la espera de la autopsia, no sabemos cuándo podremos enterrar a mi tío. —Y seguidamente se echa a llorar desconsoladamente.

Le intento dar ánimos, pero la sobrina de Vázquez se disculpa y me dice que necesita estar con su prima.

Llaman a la puerta y Tina no aparece por ninguna parte, por lo que abro yo misma, total, lo he hecho siempre, lo raro es que abran la puerta por mí, pero a lo bueno una pronto se acostumbra.

Es Aitor Bravo, que quiere hacerme unas preguntas. Me pongo colorada y me siento automáticamente culpable para variar. Aitor se ríe y parece leerme el pensamiento.

—¿Se puede saber por qué cuando me ve pone esa cara de «he sido yo, llévame detenida»?

—Joder, ¿tanto se me nota?

—Pues sí, la verdad, pero sepa usted que los verdaderos culpables siempre se intentan convencer de su inocencia al igual que usted se quiere imponer a sí misma su culpabilidad, por lo que no creo que usted haya hecho nada que no sea tirar colillas por la ventanilla del coche, y estoy seguro de que lo ha vuelto a hacer.

Perfecto, ahora estoy roja como un tomate, pero no se me había ocurrido la reflexión que ha hecho el tal Aitor, parece un tipo listo, otra cosa es que a veces opine que es un imbécil de categoría.

—Bueno, al grano. —Cambio de tema radical por parte del poli—. Dígame lo último que recuerde sobre lo que pasó el día que desapareció el Sr. Vázquez.

—¿Y eso? —pregunto a lo «vieja del visillo».

Aitor suspira y pone los ojos en blanco.

—¿Qué recuerda?

—Pues, el último día que vi al Señor Vázquez, alguien nos había dejado un gallo muerto con una cuerda atada al cuello y estaba plagadito de gusanos.

—¿Y cómo que no me lo dijo antes?

—No creí que tuviera algo que ver con su desaparición, simplemente no lo relacioné.

—¿Pero a usted no le parece raro que le dejen semejante regalito en la puerta?, ¿no ha pensado que alguien puede tener algo en su contra? —pregunta Aitor como si lo hiciera a una niña pequeña, y ahora mismo es así como me siento, una cría muy pequeña y desvalida.

—La verdad, pensé en todo momento que habría sido una chiquillada de los críos de por aquí.

—Yo no lo tomaría en broma, alguien no quiere que usted esté aquí, no es la primera vez que me encuentro con situaciones parecidas y prácticamente un noventa y cinco por ciento de los casos es alguien que va a hacer daño.

—Me está acojonando —digo con voz temblorosa y a punto de llorar, no, por favor, delante de este personaje no quiero llorar.

—No era mi intención, pero sí que le pido que esté atenta a lo que ocurra a su alrededor y vaya con cuidado, ya ha muerto una persona.

—Pero, ¿ha sido un accidente, no?

—Por el momento no le puedo decir nada más de lo que ya le he informado, que pase un buen día.

Aitor se da media vuelta y se va por donde ha venido, dejándome muerta de miedo, a decir verdad, tiembla hasta el último rincón de mi cuerpo.

CAPÍTULO 8

Después de la visita de Aitor no quiero quedarme sola, bueno, sola no estoy, está Tina, pero no puedo dormir con ella. Llamo a Cate para que se venga a dormir conmigo, no le digo lo que ha pasado, si no, seguro que se busca una excusa para no venir, primero quiero tenerla acorralada, después, seguro que no me abandona.

Mientras espero a Cate en el salón me tomo una tila que me ha hecho Tina sin pedírsela, la verdad, es de agradecer, porque la necesitaba.

A las ocho de la tarde suena el timbre.

—¡Tina, ya abro yo! —exclamo, pero ella ya está en la puerta abriendo a Cate.

—¡Hola tía! —me saluda Cate pletórica y añade—, tengo mucho que contarte, has estado tan desaparecida que me han pasado muchas cosas.

—No jodas que...

—¡¡Sí!!, mi novio americano buenorro estará aquí la semana que viene para pasar conmigo dos semanas, dos semanas tía para hacer el guarrete en mi apartamento.

Nos reímos las dos, me alegro por ella, sé que Cate y Bruce se quieren de verdad aun habiendo tanta distancia entre ellos, además, es imposible no querer a Cate.

—Yo tengo que decirte algo —expongo tanteando el terreno—, te he pedido que vinieras porque ha pasado una cosilla.

—Lo sabía, sabía que me llamabas por acojone, venga, suéltalo mala amiga.

—Verás, el guardés ha muerto, pero por accidente. Desapareció justo después de lo del gallo. Se ve que se fue a pescar al faro o algo así y se cayó al agua, apareció en la playa del Lagarto.

—Con que una cosilla... Ya, entonces, ¿por qué estás acojonada?

Le cuento lo que me ha explicado Aitor y también lo pongo a caer de un

burro, porque para hacerle un traje a alguien soy única, me relaja despotricar, que le vamos a hacer, soy humana.

Cate, ahora está tan cagada como yo, por lo que, por la noche, después de irnos a dormir muy tarde y con unos cuantos tequilas circulando por nuestro organismo para perder el miedo, dormimos las dos con la cabeza tapada y dando vueltas a causa de la borrachera.

De pronto, oigo un reloj marcar la hora, que extraño, cuando me instalé los paré todos, me dan miedo esos viejos relojes de pared. Son las cuatro de la mañana y creo que después del susto que me he dado con el dichoso reloj no sé si seré capaz de volver a dormirme. Me doy la vuelta buscando a Cate y mi sorpresa es que no está en la cama, cosa que me parece de lo más raro, no la veo pululando por este caserón a estas horas y con lo miedica que es.

Cuando me dispongo a bajarme de la cama e ir a buscar a Cate algo me paraliza y no puedo moverme. Lo estoy viendo todo, mi habitación, los muebles, todo tal y como es, pero no puedo articular músculo alguno. Repentinamente, oigo lo que parece un enjambre de moscas que vienen hacia mí. El corazón me va a mil por hora, sigo sin poderme mover, tengo mucho miedo y siento que me falta el aire. Intento llamar a Cate, pero no puedo siquiera articular palabra, entonces es cuando algo o alguien enrosca la sábana en mis pies y empieza a tirar hacia arriba, no veo a nadie solo la sábana subiendo y noto como mi cuerpo se eleva. Estoy aterrorizada e intento moverme y gritar con todas mis fuerzas.

—¡¡Briana!!, tranquila, ya está, ya ha pasado.

La voz de Cate y su imagen es lo mejor que he visto esta noche, me abrazo a ella llorando como una niña.

A la mañana siguiente busco en internet lo que ha sido mi mala experiencia nocturna, parálisis del sueño.

Encuentro explicaciones científicas con bastante sentido y otras en plan paranormal, como lo he pasado tan mal, me cuesta creer hoy la explicación científica, me la paso por el forro y empiezo a sugestionarme con que puede ser el espíritu de alguien que quiere atormentarme. Cate me quita la idea de la cabeza, de sobras sabe que no es la primera vez que padezco la parálisis del sueño. Sin embargo, nunca me había pasado de esta manera tan terrorífica.

Cate se tiene que ir a trabajar, por lo que me quedo sola bastante pronto. Decido seguir leyendo el diario de mi madre, pero cuando intento abrir la caja fuerte, no funciona la combinación que puse. Llamo a Tina y le pregunto sí

sabe algo de que la caja fuerte dé problemas con las claves. Ella, como siempre se ofende y me dice que ella no sabe nada.

Me parece raro lo que está pasando con el diario, primero faltan páginas y ahora no puedo abrir la caja fuerte. Llamo al número de teléfono que aparece en el frontal de la caja, es decir, llamo al servicio técnico.

Cuando aparece el operario, después de pasarse un rato trasteando y de hacer varias llamadas consigue abrirla, mi sorpresa es que ya no está el diario y yo me quiero morir, es imposible que no esté.

En esta casa está pasando algo raro, y tengo que averiguar quién me está puteando. Pienso que Tina es la única persona que hay en casa a parte de mí misma, pero, ¿qué problema podría tener ella conmigo?, si soy la persona que paga su sueldo. Además, cuando lo del gallo ella estaba fuera de España, por lo que no puede ser.

Subo de nuevo a la tercera planta, a la habitación de los trastos. Me pego un buen rato revolviendo entre las cajas, busco información sobre todas las personas que han vivido en esta casa, mi episodio de parálisis de la noche pasada me ha alterado demasiado, y ahora veo fantasmas por todas partes.

Solo encuentro trastos viejos, sobre todo pequeños electrodomésticos obsoletos que voy a tener que tirar tarde o temprano. Cuando ya casi he abandonado mi propósito, veo la punta de una fotografía asomando debajo de una caja en el suelo. Tiro de ella y veo la imagen de un chico moreno bastante bien parecido. Su cara me es familiar y detrás hay una dedicatoria.

«Espero que nuestro amor sea para siempre y por siempre, lo ves, sé escribir cosas románticas aunque sea algo patán a veces.

Te quiero,

Tuyo, José Cifuentes, para servirte siempre».

Me caigo de culo con la foto en la mano, necesito que alguien me aclare esto ahora mismo y solo pueden ser dos personas que me van a tener que dar una buena explicación.

CAPÍTULO 9

—Hola cariño, que sorpresa, ya pensábamos que no te acordarías más de nosotros —me saluda mi madre muy cariñosa.

Yo que soy a veces peor que un toro saliendo del chiquero le planto la fotografía en los morros y ni corta ni perezosa le digo.

—¿Me vais a decir la verdad de una puñetera vez?

Sofi, mi madre, se queda blanca como el papel y se lleva las manos a la cara, llora desconsolada, pero ahora mismo me da igual, quiero explicaciones.

—Pero, Briana, ¿qué le has hecho a tu madre? —pregunta mi padre que acaba de entrar en casa.

—Déjalo Javier, no me ha hecho nada, tenemos que hablar con ella, ya es mayor, tiene que saberlo.

—Pero...

—¡Ni pero ni nada, quiero la verdad, ya! —exijo en tono macarra.

—Verás, Briana —empieza a decir Sofi—, nosotros no somos tus padres adoptivos, me explico, sí que te adoptamos, pero en realidad somos tus abuelos paternos. El chico de la foto, es mi hijo José, tu padre.

Se me erizan todos los vellos del cuerpo, es mi padre, y Sofi y Javier mis abuelos, con razón la gente siempre sacaba parecidos; yo pensaba que era por lo típico, las personas dicen cosas para quedar bien y meten la pata, pero no, mis padres son mis abuelos y yo no puedo creerlo.

Les pregunto por mi madre, me contestan que mi padre murió en un accidente con su moto y jamás supieron de su supuesta novia ni de que estuviera embarazada; que nunca les avisaron de mi nacimiento, que me pusieron los apellidos de mi madre en principio, Galdiu Puig, y luego ellos tuvieron que luchar para poderme poner el Cifuentes; aunque solo pudieron conseguir que estuviera en segundo lugar.

Yo me he quedado en estado de shock y les pregunto.

—¿Entonces, no conocisteis a mi madre?

—Solo sabemos que era la hija de Galdiu, y lo supimos bastante tiempo después de la muerte de tu padre. Él era muy discreto y todavía no nos la

había presentado, es más, nunca nos habló de ella.

»Un día, un señor que decía ser el guardés de Casa Galdiu se presentó aquí y nos habló de ti y del estado en el que te encontrabas viviendo junto a tu abuelo que pasaba todo el día borracho. Nos contó que tú estabas mal atendida por él, vivíais en un piso en la calle Real como ya sabes. Un día, el Señor Vázquez se presentó allí para hablar con tu abuelo y te vio llorando, sucia y descalza; tu abuelo te estaba gritando, solo tenías cuatro años. Ante tal situación, nosotros hablamos con los servicios sociales, pero siendo tu abuelo quien era no hicieron nada; tuvo que echarte de casa de malas maneras para que al final nos dejaran hacernos cargo de ti.

Ante sus explicaciones, no puedo más que llorar, no entiendo nada, es como si mi vida fuese una farsa; no aguanto más, necesito respirar y salgo de casa corriendo. Mis padres me llaman pero no les hago caso. Está lloviendo y me subo a mi coche.

Conduzco a demasiada velocidad por la sinuosa carretera de La Costa, voy tan rápido que no veo nada y me despisto, lo último que veo es una señal de tráfico que limita la velocidad a ochenta.

—Mira Aitor, se está despertando —oigo hablar a un chico que lleva un uniforme de policía.

—¿Qué me ha pasado? —pregunto a Aitor que me está mirando fijamente.

—Pues lo que tenía que pasarte cualquier día de estos, te chocaste contra una señal, ibas a cien al menos por un tramo señalizado a ochenta —dice Aitor enfadado y añade—, has tenido muchísima suerte, el airbag ha cumplido con su cometido, pero el coche ha quedado como un acordeón.

—No sea burro, jefe —dice un chico bastante joven que también lleva uniforme.

—Martínez, haz el favor de callarte, anda.

—Joder, mi coche. —Lo siento, pero saber que me he quedado sin mi coche me sienta peor que el dolor que tengo en todo el cuerpo.

—No creo que sea un problema, es más, te prefiero fuera de la carretera, eres un peligro para ti misma.

Rompo a llorar a la vez que me acuerdo de lo que me han contado mis padres, odio a Aitor, es un gilipollas de categoría, quisiera decirle cuatro cosas por tener de todo menos tacto, pero solo puedo llorar.

La expresión de Aitor cambia de forma radical, se siente mal, lo veo en su

cara. Me mira como disculpándose pero no dice una palabra, por el contrario, sale de la habitación y tarda un buen rato en volver.

Mis padres y mis amigos se encargan de cuidarme en los tres días que paso en el hospital. Aitor viene cada día a verme un rato. Ha dejado de decirme burradas y por el contrario intenta animarme, «¡qué tío más raro!», pienso.

CAPÍTULO 10

El día que recibo el alta del hospital mis padres vienen a buscarme y me llevan a Casa Galdiu, no sin antes insistir para que me quede con ellos en su casa. Lo agradezco, pero necesito estar sola y terminar de asumir que ya no son mis padres aunque siempre se hayan portado como tal, aun siendo mis abuelos, para mí siempre serán papá y mamá.

Mis padres me dejan instalada en el salón y Tina me trae una infusión calentita que me apetece más que nunca.

Me entra una morriña increíble y me quedo dormida en el sofá. Cuando despierto, toda la casa está oscura. Llamo a Tina pero no me responde, agito la campanilla que me ha dejado por si necesito algo, sin embargo, nadie aparece. Me duele demasiado el cuerpo, pero tengo que levantarme, al menos para encender la luz, esto da miedo tan oscuro. Intento dar un paso y me caigo al suelo, me fallan las piernas. Hago esfuerzos en vano por levantarme; no puedo, y la angustia se apodera de mí, llamo a Tina a gritos pero sigue sin responderme. Entonces noto como el suelo se hunde y una sombra se acerca hacia mí. Es una mujer con el pelo largo y negro. Sonríe y me muestra un atizador de chimenea lleno de sangre, viene hacia mí, el miedo más absoluto se apodera de todo mi ser y no puedo hacer nada más que gritar hasta perder la voz.

—¡¡Señorrita Briana!! —Tina me despierta con su raro acento y lo primero que veo es su cara blanca como el papel, me fijo en la cantidad de maquillaje que tiene en el rostro, del todo exagerado, parece que lleve una máscara.

Respiro tranquila cuando me doy cuenta de que todo ha sido una pesadilla, últimamente tengo muchas y son demasiado terroríficas.

Esa noche cenó un caldo que me prepara Tina y me voy a la cama pronto. No tengo pesadillas, en cambio, sí un dolor de tripa increíble, debe ser cosa del airbag, me ha dejado el pecho completamente morado y me duelen todos

los huesos.

Al día siguiente, Aitor viene a verme y me pregunta por Tina en un momento que esta desaparece.

—Pues llegó de Rumanía cuando yo llevaba un par de días aquí más o menos, al parecer, trabajaba para mi abuelo, mantuvo la casa limpia todo el tiempo que estuvo cerrada, al menos cuando yo llegué esto parecía un palacio, ¿por qué lo preguntas?

—Nada, mera rutina, no te molesto más que tienes que descansar.

La actitud de este chico ha cambiado al cien por cien para conmigo, ahora parece un gatito que ronronea a mi alrededor.

—No te preocupes, no molestas, esto está tan apartado y es tan solitario que agradezco toda visita.

—Esto, quería disculparme por mi comportamiento del otro día, me sale la vena de poli malo y no puedo contenerme. —Me sorprende que Aitor se esté disculpando, me siento poderosa.

—No te preocupes, no pasa nada, lloré porque estaba aturdida por el golpe, soy una chica fuerte —digo esto medio en broma, aunque no me lo creo ni yo. No quiero contarle nada de mi vida a este poli tan «malo». Sonrío y le doy las gracias por todo.

CAPÍTULO 11

AITOR

Aitor sale de casa de Briana, hay algo que le resulta familiar en la asistenta de esta, pero no sabe identificar el qué. Se sube en su coche y se dirige a comisaría. Una vez allí, hace unas llamadas y un rato después recibe un informe por e-mail. El nombre completo de Tina, la asistenta, es Constantina Lupei, cuarenta y cinco años, viuda de Dan Lupei que murió en 1997 por un infarto. Él tenía sesenta años. Tiene un hijo, Daniel Lupei, que nació en 1997, pocos meses antes de que muriera su marido. Solo hay datos de ella desde la fecha en que se casó, anteriormente, no hay nada, al menos en Rumanía, no le pueden facilitar el nombre de soltera de Constantina, alegan un fallo técnico.

No contento con este resultado, Aitor, tozudo hasta límites insospechados llama a Martínez a su despacho.

—Dígame, jefe.

—¿Todavía tienes eso a lo que llamas tu coche? —le pregunta Aitor con su habitual sarcasmo.

—Sí jefe, ¿pero, por qué me ha llamado solo para preguntarme esto?

—Esta noche te vienes conmigo, iremos a vigilar Casa Galdiu con tu coche.

—¿Con mi coche? —pregunta extrañado Martínez.

—Sí, me explico, Briana conoce el coche que llevamos de incógnito, el primer día que la multé yo conducía ese coche, es más, lo he llevado varias veces y ha estado aparcado enfrente de la casa, Tina, la asistenta, lo ha visto también, y esa es a la que quiero vigilar.

—Cuente con mi tartana, y conmigo, por supuesto.

Martínez está más contento que un niño con zapatos nuevos, solo le falta dar saltitos, aunque se le ve el amago de querer hacerlo. Nunca había ido a vigilar a alguien con Bravo y ahora se siente importante, aunque sabe de

sobras que va con su jefe solo porque a este le interesa su coche.

Esa misma noche, y después de llevar cuatro horas en los alrededores de Casa Galdiu sin que pase nada importante, Martínez está ya aburrido de la vigilancia.

—¿No tenías tantas ganas de vigilar a alguien? —pregunta Aitor muerto de la risa.

—Sí jefe, pero yo pensaba que era más emocionante.

Aitor pone los ojos en blanco, «chiquillos», piensa para él, «cada día los sueltan más pronto de la academia».

—Martínez, espérese aquí, voy a acercarme a la casa. —Aitor reza para que la verja esté abierta como en las otras ocasiones en las que ha visitado Casa Galdiu.

Sale del coche y se dirige a la casa, en efecto la verja está abierta. Camina con cuidado para no ser descubierto por ninguna de las dos mujeres.

Cuando llega al salón ve a Briana tumbada en el sofá dormida, sigue bordeando la casa y llega a la parte trasera donde está la terraza. Ahí hay una parte de la casa más sobria y que parece haber sido construida a posteriori, ya que es un pequeño edificio de línea sencilla, nada que ver con la opulencia del resto de la casa. Pasa con cuidado delante de las ventanas que hay a su paso, todas están con las persianas cerradas a excepción de la última que las tiene subidas y hay luz en la estancia. Aitor se aposta contra la pared y, poco a poco, busca un buen ángulo de visión de la habitación. Pronto ve a una mujer con el pelo lacio y suelto, que está delante del tocador quitándose aparentemente el maquillaje de la cara. No puede distinguir bien la identidad de la mujer ya que hay un visillo que le dificulta la visión. Pero no hay duda de que solo puede ser la asistenta.

La mujer se levanta y deja caer su camión quedando totalmente desnuda. Aitor piensa para sí mismo que si es Tina y tiene ese impresionante cuerpo, lo disimula muy bien. Ella se pasea por la habitación, el pelo le tapa gran parte de su cara, Aitor no consigue reconocerla. De pronto, la desconocida agarra una fusta con tiras de cuero y ni corta ni perezosa se azota a sí misma gritando enloquecida.

Aitor no puede creer lo que está viendo, ella se azota cada vez más fuerte y parece disfrutar con el dolor, pero su espalda queda totalmente marcada. Luego se tumba en la cama y coge lo que a Aitor le parece un vibrador gigante con pinchos. Ella se lo introduce en la vagina y gritando unas

iniciales lo mete y lo saca fuertemente, pero parece que necesita más. Repite violentamente J.C. una y otra vez, también habla como si estuviera manteniendo relaciones con el tal J.C.

Cuando se cansa del vibrador, se va hacia la mesa de noche y enciende una vela. A continuación se echa la cera caliente por el cuerpo. Intenta infringirse dolor pero parece que nada le es suficiente. Se levanta y se pone histérica, se tira del pelo y se abofetea sola, incluso se clava las uñas. En un arrebato de histeria máxima, ella se dirige de nuevo a la mesa de noche y coge de un cajón un cuchillo con el que se corta en varias partes del cuerpo dejando manar la sangre y restregándosela como si de crema corporal se tratara. La mujer está fuera de sí, pero poco a poco se va calmando, sobre todo cuando empieza a lamerse las heridas de los brazos.

Aitor, no da crédito a todo lo que ha visto, tiene que saber quién es, y por qué está en casa de Briana.

Se acerca más para verle la cara, pero pisa una pequeña rama que cruje y la mujer mira inmediatamente hacia la ventana. Aitor consigue esconderse y ella se asoma. No hay duda, es ella.

Por esa noche Aitor da por finalizada la vigilancia en Casa Galdiu, no obstante, a la mañana siguiente se presenta de nuevo en la casa con la excusa de visitar a Briana.

Ella le recibe con expresión cansada y le comenta que no se encuentra bien desde que volvió del hospital, que tiene debilidad y mucho dolor de estómago. Su cara está blanca como un papel.

—¿No crees que deberías ir al médico? —pregunta Aitor con preocupación.

—Pues la verdad, es que me parece muy raro que en lugar de mejorar esté empeorando.

—Puedo acompañarte si quieres.

—No te preocupes, mañana viene mi madre y ella me llevará a mi médico de toda la vida.

—De acuerdo, pero no lo dejes, estás muy pálida.

Tina, entra en el salón con una bandeja que contiene una tetera y dos tazas.

—Les he preparado una infusión —anuncia en su raro acento.

Aitor la mira a los ojos y recuerda el momento en que ella lo descubrió, dirigió su mirada hacia la ventana de la misma manera, fija, perdida y

penetrante.

Ahora ya sabe el porqué de tanto maquillaje, tiene que esconder las heridas que se infringe.

—¿De dónde es usted, Tina? —pregunta Aitor interesado.

—De un pueblo de Rumanía, soy de Bran.

—¡Del pueblo de Drácula! —exclama Aitor sorprendido.

—Su castillo inspiró la novela, pero Bran es un pueblo precioso que no tiene nada que ver con vampiros —añade Tina en un tono algo molesto.

«Con razón le va tanto la sangre», piensa Aitor.

Tras despedirse de Briana, sale de Casa Galdiu y se dirige a la comisaría.

Se pone en contacto con la policía de Bran y pide informes de Tina. Los necesita con urgencia y así se lo hace saber a los agentes rumanos, en menos de una hora obtiene la información solicitada en su correo electrónico.

Tina llegó al pueblo en el año 1995. Su nombre de soltera era Constantina Petrus, nació en 1969 y vivió algunos años en España, al parecer estuvo internada en un psiquiátrico de Barlona entre 1989 y 1995.

Aitor conduce por la autopista, se dirige al psiquiátrico donde estuvo internada Tina. No le gusta esa mujer, y después de lo que presenció la noche anterior no se fía ni un pelo. De pronto, suena su móvil y la voz de López llena todo el habitáculo del coche.

Señor Bravo, han llegado los resultados de la autopsia del señor Antonio Vázquez. Sería conveniente que viniera, hay algo que tiene que ver.

—¿No me lo puedes decir por teléfono?, estoy en la autopista, me dirijo a Barlona, al psiquiátrico donde estuvo la asistenta de Briana —se excusa y añade—, adelántame lo más importante.

—Se confirman nuestras sospechas, no fue un accidente.

CAPÍTULO 12

Me paso el día en el sofá, desde el accidente me encuentro cada día peor de salud, tengo un dolor de estómago que va a más y me siento muy débil. Creo que me sienta peor comer, por eso estoy desganada y aunque Tina se deshace en atenciones y no deja que pase hambre yo no tengo ganas de probar bocado.

Mi madre acaba de llegar para llevarme al médico, cuando me ve pone el grito en el cielo.

—Pero, ¿qué te ha pasado?, cuando saliste del hospital no estabas así, ¿por qué no me has dicho nada de tu verdadero estado? —me dice con preocupación, creo que nunca voy a poder llamarla abuela.

—Mamá, pensé que era consecuencia del accidente, pero estoy empezando a dudar, llevo dos días vomitando todo lo que como, me encuentro verdaderamente mal.

De pronto, todo me da vueltas, la vista se me oscurece y ya no recuerdo nada más.

Me despierto en la ambulancia, mi madre está a mi lado y vamos a toda pastilla. Veo borroso y me estoy volviendo a marear, fundido a negro y la próxima vez que abro los ojos estoy en urgencias y están intentando reanimarme. Me veo a mi misma tumbada en una camilla de hospital y hay mucha gente rodeándome, todos van de verde y no sé qué me están haciendo.

Despierto y mis padres están mirándome fijamente y sonríen. Al otro lado localizo a Aitor Bravo con cara de preocupado y mis dos mejores amigos Cate y Miguel están también en la habitación.

Me explican que he permanecido en la UCI una semana y todos han estado muy pendientes de mi evolución. Ayer me trajeron a la habitación porque según me cuentan ya estoy fuera de peligro, sin embargo, he estado a punto de palmarla. Me estremezco cuando me lo dicen, yo quiero vivir

muchos años, al menos cien; siempre he tenido claro que sería la típica abuela que sale en la tele celebrando su cumpleaños porque es la más mayor de su pueblo y está divina de la muerte.

Noto raro a Aitor, está intranquilo y creo que quiere decirme algo, pero hay mucha gente en la habitación y no piensan marcharse. Mi madre me dice que él ha estado todas las noches conmigo, que solo se ha movido de mi lado para ir a trabajar. No podía entrar en la habitación ya que yo estaba en la UCI, no obstante, él estaba ahí. Mi madre no sabe cómo agradecersele. Todos miran a Aitor y éste se sonroja, no me lo puedo creer, el poli malo se ha puesto como un tomate.

Cuando todos se marchan, Aitor, se sienta cerca de mí y me dice que tiene que hablar conmigo pero que no quiere inquietarme más de lo necesario.

—Mira, Briana, no me he movido de tu lado por una sencilla razón, estás en peligro. Lo del señor Vázquez no fue un accidente, alguien se ensañó con él antes de tirarlo al agua. En principio, y dado su estado de descomposición se atribuyeron sus marcas en la piel a golpes con las rocas; sin embargo no fue así, presuntamente, lo golpearon hasta la muerte con un objeto largo y punzante, lo más probable es que fuera con un atizador de chimenea.

—Y, ¿eso que tiene que ver conmigo?, lamento lo del señor Vázquez, pero, no creo que nadie quiera hacerme nada, ¿no?

—Pues, tras los análisis que te han practicado estos días, y que he pedido expresamente que no les dijeran nada a tus padres hasta hablar contigo, tu diagnóstico fue envenenamiento por cianuro.

—¿Cómo?, madre mía, no puede ser verdad. —Estoy de lo más preocupada, no sé quién ha podido hacerme esto.

—¿Se te ocurre alguien que pueda tener algo en tu contra?

—Pues, la verdad, enemigos no tengo, suelo ser bastante pacífica; no obstante, hay dos personas a las que no les gustó nada que yo heredara Casa Galdiu y prácticamente todo el patrimonio de mis abuelos —digo recordando a mis dos tíos—. El hermano de mí abuelo y la arpía de su mujer.

—¿Crees que su disgusto contigo puede llevarles a intentar envenenarte? —pregunta Aitor algo incrédulo.

—A ver, solo los he visto una vez en la lectura del testamento de mi abuelo y se fueron muy cabreados, pero, no puedo decirlo con seguridad.

—Bueno, yo los tengo que interrogar, a ellos y a tu asistenta.

—¿A Tina?, ¿por?

—Pues porque has ingerido el cianuro, y la persona que prepara tus comidas es ella.

—No entiendo qué motivos tendría ella para intentar matarme, vamos.

—Eso es lo que quiero saber yo también. Por cierto, tengo que decirte algo que puede que no te sienta muy bien —dice Aitor incómodo tras carraspear mientras se pasea por la estancia nervioso.

—He vigilado tu casa, me explico, desde el principio vi algo raro en tu asistente, su acento, mira que conozco rumanos, pero es que tiene un acento raro, muy raro para haber nacido en Rumanía. Luego, esa exageración de maquillaje, es como si quisiera ocultar algo y es la última persona que asegura que vio al guardés con vida, y eso que te dije de que el señor Vázquez ya no deseaba seguir trabajando para ti y que le enviaras los papeles, lo siento pero no hay por donde cogerlo.

—No sé, estoy confundida ahora mismo, pero Tina se ha portado desde que la conozco de una manera ejemplar conmigo.

Entonces empiezo a recordar situaciones. La misteriosa desaparición del diario de mi madre, la falta de páginas previa, que cuando fui a echar mano a la nota que supuestamente dejó Vázquez para mí —para enseñársela a Aitor —, esta no estaba en su sitio y me trae infusiones que yo no le pido, mierda, ¡será hija de puta!

Se lo explico a Aitor y se enfada conmigo porque no se lo he dicho antes, pero yo qué sabía, no pensé en ningún momento que a nadie se le ocurriera envenenarme.

—Hay más, cuando estuve vigilando tu casa la vi en su habitación sin maquillaje y como su madre la trajo al mundo.

Lo miro con cara de, ¿te has vuelto *voyeur*?

—No es lo que crees, malpensada, como no me fiaba de ella, quería saber el porqué de mi antipatía hacía esa mujer.

—Espíandola en su habitación mientras se cambia de ropa, no sé yo —digo a la vez que hago una mueca en forma de sonrisa cargada de sarcasmo.

—No se estaba cambiando, créeme.

—¿Pues entonces, qué hacía?

—Nada, solo estaba teniendo un encuentro sexual de lo más variopinto con ella misma.

—¡¡Me cago en la leche!! —exclamo con ímpetu y luego pregunto—

¿Tina?, ¿la Tina que viste de negro a lo señorita Rottenmeier?, no me lo puedo creer.

—Pues imagina como me quedé yo cuando la vi masturbándose a la vez que gritaba como una loca e intentaba por todos los medios infringirse dolor, incluso llegó a cortarse con un chuchillo por varias partes de su cuerpo, entonces entendí el motivo de su estrafalario maquillaje, tapa así sus heridas, si te fijas, la poca piel que se le ve la lleva maquillada con un producto blanco que a saber qué es, pero parece un payaso la mujer. Eso sí, yo la vi sin maquillar, su piel es morena y se conserva bastante bien para la edad que debe tener, incluso te diría que es una mujer atractiva.

—¡¡Dios mio!! , no me lo puedo creer, pero, ¿el hecho de que le guste el sado no quiere decir que ella sea una loca no?, aunque eso de cortarse con el cuchillo, no tiene nada que ver con el sado, vamos, o a saber, la gente me sorprende un poquito más cada día.

La verdad, es que todo esto me está superando y yo me acabo de despertar de varios días inconsciente, sé que Aitor no lo está haciendo con mala intención, pero la cabeza me va a estallar.

—Joder, todo esto me supera —lloriqueo.

—Lo siento, Briana, he callado demasiado y el resultado ha sido el que ves, casi te pierdo, bueno, casi te perdemos todos.

Y ese casi te pierdo, me toca el corazoncito porque a estas alturas siento algo por el bruto de Aitor Bravo. No es que sea el hombre más guapo de la tierra, es un chico atractivo, con su pelo negro, su barba de tres días y su altanería que no soporto, por cierto, en cambio, se ruboriza cuando alguien se da cuenta de sus sentimientos, no se ha movido de mi lado mientras he estado ingresada, podría haber hecho venir a cualquier otro policía si es que era para protegerme, pero ha sido él quien ha estado conmigo.

Lo sé, no sé qué hago fantaseando con retozar con Aitor cuando tengo una asistenta que obtiene placer haciéndose cortes por doquier y que encima es sospechosa de haberme envenenado. En fin.

—Aitor, estás rojo como un tomate —le digo partiéndome de risa.

—Hace demasiado calor aquí —carraspea— en fin, tu asistenta estuvo ingresada en un psiquiátrico de Barlona hasta 1995. Intenté ir, pero me llamaron diciéndome los resultados de la autopsia de Vázquez y tuve que volver a comisaría. Por ello, salgo para allí mañana a primera hora sin falta.

—Yo quiero ir también —digo viniéndome arriba.

—Sí, claro, ¿a ver si la loca vas a ser tú? —ya vuelve con su tonito gracioso cabrón.

—No bromeo, voy a ir contigo aunque sea en el maletero de tu coche.

—Que no, Briana, no insistas.

—Es a mí a quien quieren matar, quiero ir, o me vas a dejar aquí a merced de la asistente psicótica.

—Eres una arpía, no, no y más no, ni una palabra más, ¿entendido? —vocifera mientras me señala con su dedo acusador.

CAPÍTULO 13

Aitor no sabe con quién está hablando, no consigo dormir en toda la noche y tengo pesadillas en las que Tina me intenta asfixiar con una almohada. A las seis de la mañana, me levanto de la cama, busco mi ropa en el armario y me cambio. Por suerte, mi madre me ha traído una muda limpia, ella siempre anticipándose a todo.

Me fugo del hospital, nadie se percata, podría pasar perfectamente por la acompañante de algún enfermo. Me miro en el espejo del ascensor y estoy hecha un desastre, pero me da igual, tengo que conseguir meterme de polizón en el coche de Aitor.

Una vez en la calle pido un taxi que me lleva a la comisaría de La Costa, estoy segura de que Aitor pasará por allí antes de irse a Barlona, al menos, eso espero.

Cuando llego a mi destino no sé cómo lo voy a hacer, pero tengo que colarme en el parking de la policía, como me pillen me voy directa al calabozo.

Paso la verja sin problemas hasta que me desvío hacia la entrada del parking, es ahí cuando una pareja de policías me sale al paso. Estoy débil y no puedo hacer gran cosa y mis intentos por escabullirme no funcionan.

Los policías consiguen darme alcance y al sujetarme me hacen daño. Estoy a punto de protagonizar un berrinche de arpía cuando una voz conocida y repelente hace que los dos brutos que me tienen sujeta me suelten con no demasiada delicadeza. Momento que yo aprovecho para correr a duras penas y esconderme entre dos coches.

—Tranquilos, me ocupo yo.

—Pero jefe...

La presencia de Aitor me tranquiliza a la vez que me acojona, me va a encerrar seguro.

—¡¡Briana, déjate de tonterías y sal de ahí!! —vocifera Aitor, está más

enfadado de lo que pensaba.

—Te pongas como te pongas voy a ir contigo, joder, ¿pero por qué no quieres que vaya? —me sorprende a mí misma con mi actitud infantil, pero es que quiero saber a quién tengo en casa de primera mano.

—Te has escapado del hospital, me han llamado hace un rato, sabía que vendrías aquí, ayer despertaste después de una semana —me sermonea —, ¿te acuerdas de que has estado a punto de morir?

—Me encuentro bien, Aitor, pero todo esto me tiene confundida, nunca nadie había intentado acabar con mi vida, y no quiero separarme de ti, al menos hasta que todo esto se aclare.

Salgo poco a poco de mi escondite, estoy llorando y parece que he ablandado el corazoncito de Aitor.

—Vale, tú ganas, pero solo observa, nada de tonterías o te esposo, ¿entendido?

Asiento con la cabeza y le doy las gracias.

—Debería detenerte. —Aitor me da la espalda y camina hacia el coche con aire de superioridad y yo le hago un corte de manga por la espalda.

Nos ponemos en camino, Aitor conduce rápido y durante el viaje solo mira a la carretera, apenas me habla. Me siento incómoda, tengo frío y creo que necesito una buena ración de mimos. Aitor parece un témpano de hielo, de verdad, este hombre me desconcierta, me habla de esta manera y luego resulta que me entero de que se preocupa por mí y mis padres están encantados con él, yo solo quiero matarlo. En el buen sentido de la palabra claro, en broma, no tengo por costumbre ser una psicópata ni nada por el estilo.

Por suerte, me duermo y dejo de pasar frío porque Aitor pone la calefacción, no me atrevía a pedírselo, no obstante, ha tenido el detalle, menos mal, empezaba a pensar que era un desalmado.

Cuando despierto hemos entrado en Barlona y Aitor se está riendo. Me dice que ronco como una cerda, venga ya, yo no ronco, este tío, con perdón, es gilipollas.

—¿Tienes hambre? —Vaya, parece que se le ha pasado el mal humor.

—Pues a decir verdad todavía noto molestias en el estómago, y ayer me dieron una papilla insípida; de buena gana me comería una hamburguesa gigante, pero no tengo ni idea de lo que puedo comer y lo que no después de que me hayan jodido viva —digo mientras me encojo de hombros.

—Si es que no deberías haber salido del hospital sin que te dieran el alta.

—Yo me encuentro bien, y además me muero por fumarme un cigarrito, ¿tienes uno?

—Sí, pero te lo tendrás que fumar cuando paremos, no quiero que me huela el coche a cabra. Haremos una cosa, pararemos en una cafetería que conozco a tomar un café. Tú puedes tomarte una manzanilla, no creo que te haga daño ¿no?

—No tengo ni idea.

Aitor pone los ojos en blanco, y me da su teléfono para que busque por internet que puede comer una persona después de un envenenamiento que le ha dejado el estómago K.O.

No encuentro nada en concreto solo síntomas y consecuencias del envenenamiento. Tampoco tengo la suficiente paciencia para pasar el rato mirando lo que me podría haber ocurrido.

Al final decido arriesgarme con la manzanilla y parece que me sienta bien. Me fumo un cigarro fuera de la cafetería mientras Aitor habla por teléfono con sus compañeros para darles instrucciones.

El cigarro me sienta fatal, me mareo y todo me da vueltas, solo a mí se me ocurre después de tantos días sin humos y sin consciencia.

Aitor y yo nos ponemos nuevamente en camino hacia el psiquiátrico.

—Mira, ese es el psiquiátrico —indica Aitor señalando un edificio enorme que parece tener más años que mi casa, tiene un aspecto bastante tétrico, no me gustaría acabar en un sitio como este.

Aparcamos el coche y nos dirigimos a la recepción. Si el edificio es tétrico, más lo es el interior. Parece que hemos retrocedido un siglo a juzgar por la decoración de este lugar.

Las paredes están forradas de madera a media altura y el resto está pintado de verde hospital, o verde colegio, bueno, yo me entiendo. La recepción es de madera oscura, y el mostrador de mármol negro con vetas blancas.

Nos atiende una mujer enorme y con bigote. Automáticamente me acuerdo de la frase de Estela Reynolds y le digo por lo bajini a Aitor.

—Con un solo pelo de su bigote se puede cerrar el pan de molde. —Y después de decir eso no puedo evitar que se me escape la risa.

La mujer me mira con cara de pocos amigos y Aitor, aunque me mira y me hace señas para que me calle, está a punto de partirse de la risa también.

La mujer del bigote prominente llama por teléfono para localizar a la directora y luego nos da indicaciones para ir a su despacho.

La directora es una señora bastante mayor y agradable, sin embargo, al preguntarle por Constantina Petrus, cambia radicalmente su semblante.

—Constantina, sí la recuerdo, estuvo internada varios años.

—¿Me podría decir por qué estuvo ingresada aquí? —le pregunta Aitor.

—Los diagnósticos de los pacientes son confidenciales, ¿trae usted una orden? —La directora está algo nerviosa y parece desconfiar.

—Mire, necesito su colaboración, Constantina Petrus puede estar implicada en un crimen, por eso la estamos investigando, le ruego que colabore, de lo contrario puede usted incurrir en obstrucción a la justicia.

—Está bien —dice la mujer dando su brazo a torcer y luego añade—. Constantina, fue internada aquí por acoso. Se enamoró de su profesor del instituto pero él no la correspondió, por lo que Tina le hizo la vida imposible. Llegó a entrar en su casa y amenazarlo con un cuchillo a él y a su familia, incluidos dos niños pequeños a los que mantuvo retenidos en una habitación hasta que la policía pudo reducirla. Pretendía matarlos y suicidarse luego para hacerle daño al pobre hombre.

—Tengo entendido que le dieron ustedes el alta en 1995, ¿cree usted que estaba preparada para reinsertarse en la sociedad?

—Pues, a decir verdad, yo en aquella época solo era una cuidadora, entonces, el director era el Señor Quílez. No obstante, si el equipo psiquiátrico dio su visto bueno, fue por algo.

—Hábleme de la estancia de Constantina en sus instalaciones.

La mujer suspira y empieza a relatar.

Constantina era una mujer extraña. Muy pálida de piel y con aspecto casi fantasmal. Llegó aquí una mañana de invierno. Me acordaré siempre que lloraba de forma desconsolada. Pasó algún tiempo sin pronunciar palabra y sin relacionarse con sus compañeras, así estuvo hasta que apareció Juana. Ella era una chica a la que su familia había encerrado por motivos desconocidos para nosotros, muy pocas personas sabían su verdadera identidad. Siempre pensé que era alguien importante y por eso había tanto mutismo.

Constantina y Juana, se hicieron grandes amigas, pasaban todo el tiempo que podían la una con la otra e incluso, como tenían un comportamiento ejemplar, las pusimos juntas en una habitación. Ese fue nuestro peor error.

—¿Por? —pregunto yo intrigada y Aitor me fulmina con la mirada.

—Porque no sabíamos hasta dónde llegaba su amistad, y cuando lo averiguamos nos quedamos horrorizados. Aun así, el Señor Quílez no las quiso separar. Mire, yo necesito que me asegure que no me va a traer ningún tipo de consecuencias lo que voy a contarles.

—Puede hablar tranquila, no se preocupe.

Dios mío, que intriga, yo estoy que reviento, que explique ya esta mujer lo que ha pasado, y encima Aitor no para de hacerme gestos para que me esté quieta.

—Bueno, voy a ello, espero que mi testimonio pueda servir de ayuda.

CAPÍTULO 14

TINA Y JUANA

Juana se pasea por la habitación desnuda, mira a Tina con deseo, esta está atada a la cama con las sábanas, piensa en que puede utilizar para hacerla sangrar, necesita beber su esencia.

Julio ha quedado en reunirse con ellas en cuanto todo el mundo se haya dormido. «El cambio de habitación ha sido un acierto», piensa Juana, ahora podrán dar rienda suelta a sus instintos y gritar todo lo que quieran, nadie los oirá.

—¿Qué vas a hacerme ahora? —lloriquea Tina desde la cama.

—Quiero hacerte sangrar, pero no se me ocurre con qué, puedo morderte, sé que te gusta, pero quiero un cuchillo, necesito cortar tu piel, necesito saborear tu sangre.

Tina se retuerce en la cama, le encanta que Juana le haga daño, sería capaz de morir en sus brazos, se está dando cuenta de que es el amor de su vida, le da lo que ella quiere, le encanta lo que ella le ofrece, el placer por medio del dolor.

Juana se está poniendo nerviosa, sin embargo, la cara se le ilumina cuando Julio entra en la habitación con una caja donde está segura que lleva artilugios de lo más placenteros.

Julio se desnuda, y seguidamente abre la caja que tiene cerrada con llave. Saca en primer lugar un collar con pinchos y una cadena, también varios cuchillos. Juana desata a Tina y le pone el collar, tira fuerte de la cadena haciéndola caer de la cama. Tina da un alarido.

Julio la abofetea y le da una patada en el estómago. Luego Juana la sujeta por los brazos mientras Julio la penetra fuertemente.

Julio y Juana utilizan toda clase de utensilios que puedan causar dolor con

Tina, la azotan, la muerden, le hacen cortes, la violan repetidamente hasta hacer suplicar a Tina por su vida.

Tina se deja hacer aunque no lo está pasando bien, está demasiado enamorada de Juana para negarle nada, quiere decirles que paren, pero tiene miedo de hacerlo y perder a Juana para siempre.

—Julio, dame el cuchillo —ordena Juana.

Este se lo da y le pide a Juana que sujete bien a Tina, quiere penetrarla por detrás. Juana le hace un gesto para que tenga paciencia, pues tiene otros planes. Agarra el cuchillo y comienza a cortar la piel de Tina, luego lame las heridas y besa a Julio.

La sangre empieza a manar fuertemente y Juana se excita cada vez más. De pronto, se aleja de Tina y Julio, coge un cuchillo de grandes dimensiones y se hace varios cortes en los brazos, se acerca a Tina y le da a beber su sangre, seguidamente hace lo mismo con Julio.

Tina se desmaya; Julio y Juana dan por finalizada su sesión de tortura a Tina. Luego Julio hace venir a Berta. Es la única persona que sabe de su macabro secreto, Julio la tiene amenazada, perderá su empleo si se va de la lengua. Ella es consciente de que aunque le parece horrible todo lo que sabe del director del psiquiátrico, no puede perder su empleo. Viuda y madre de dos hijos pequeños, tiene miedo de quedarse sin trabajo a parte de las represalias que pueda tomar Julio si ella revela lo que sabe.

Berta limpia toda la sangre esparcida por la habitación, cambia las sábanas y cura las heridas de las dos mujeres. Nadie puede saber de las prácticas que se llevan a cabo en esa habitación, por ello, Julio dio órdenes expresas de que solo podían ser atendidas por Berta.

Cuando Berta sale de la habitación se dirige al lavabo más próximo a vomitar mientras llora desconsoladamente. No puede más.

El tiempo pasa y Tina está cada día más débil, apenas puede andar por las heridas cada vez más aparatosas que Juana y Julio le ocasionan con sus prácticas depravadas.

A Berta se le rompe el corazón cuando la ve tan mal y un día mientras la cura, Tina se sincera.

—Necesito ayuda, Berta, quiero mucho a Juana, no puedo vivir sin ella, pero un día me va a matar, siento que no voy a poder aguantar mucho más.

Berta la mira sin saber muy bien qué decirle, tiene miedo, es probable es que esté vigilada mediante cámaras y micrófono. Julio es un paranoico y no

se fía ni de su sombra.

Le hace señales a Tina para que se calle, sabe que esa confesión le puede traer problemas.

En las siguientes semanas el estado de Tina empeora, los encuentros entre ella, Juana y Julio se han vuelto más violentos. Por otra parte, se siente mal, tiene un dolor de estómago muy fuerte que no se le pasa con las medicinas que le administran. También sufre de cefaleas, vómitos y confusión. Su piel blanca como la leche se ve ahora amarotada y sus ojeras son enormes.

Berta se siente muy mal, no sabe qué hacer y una tarde se presenta en el despacho de Julio.

—Tiene que alejar a Tina de Juana, y usted tiene que parar de participar en esta locura, Tina se está muriendo.

—Lo que pase dentro de esa habitación no es problema suyo, le pago bien por su silencio y si se va de la lengua sabe lo que pasará, ¿verdad?, a mí me cuesta poco llamar a los servicios sociales y decirles que se presenten en su casa, sus hijos están solos y que edades tienen, ¿eh? Puedo hacer que se los quiten, usted misma.

—Es usted lo peor, es inhumano, pero el tiempo pone a cada uno en su lugar.

—¿Quieres ser la sustituta de Tina?, apuesto a que te gustaría, sí, tienes cara de zorra.

Julio se levanta de su sillón y se dirige a Berta, le tira de la coleta y se acerca a su cuello, lo muerde, se acerca más a su oreja y le susurra.

—Si hablas te abro en canal y te cuelgo boca abajo para que te desangres mientras Juana juega contigo, tú decides.

Berta se levanta y sale corriendo hacia la puerta del despacho.

—Yo no voy a hablar, joder, pero haga algo, esa mujer se muere.

A la semana siguiente, informan a Berta del alta inminente de Tina y que ha de ir a su habitación a llevarle los papeles y a ayudarla a arreglarse, ya, que esta no tiene fuerzas para ello.

Cuando entra en la habitación se encuentra a Juana vestida con la ropa de Tina y con la cara, el escote y las manos maquillados de blanco.

—¿Dónde está Tina? —pregunta.

—Berta, yo soy Tina.

—Sí Berta, ella es Tina, ¿acaso no lo sabes?

—¿Y Juana? —Pregunta Berta temiéndose lo peor.

—Juana no existe, ni para usted ni para nadie en esta institución, solo usted la ha visto, es producto de su imaginación.

—Pero...

—Pero nada, si sigue hablando de personas que no existen y nunca han existido tendré que encerrarla.

Berta, horrorizada, sale despavorida de la habitación, corre por los pasillos hasta que se encuentra de cara a la hermana Teresa.

—Hermana, por favor, ayúdeme, Tina ha desaparecido, Juana ha tomado su lugar y ahora ella y el Señor Quílez me quieren hacer creer que Juana no existe, tiene que ayudarme, a Tina le ha pasado algo, estaba muy mal.

—Tranquilícese Berta, ¿quién es Juana?

—Sabe perfectamente quién es ella, no se haga la nueva, ¿o es que está usted también metida en el ajo?

Lo próximo que oye Berta es a la hermana Teresa pedir socorro y alguien la agarra por detrás por ambos brazos, nota un pinchazo y luego; la nada.

Berta despierta en una habitación con una camisa de fuerza, el Señor Quílez está junto a ella.

—Te dije que no debías hablar, ¿ves?, estás mejor calladita.

—¡¡Eres un cabrón!! —grita Berta fuera de sí.

—Tienes la llave de la puerta de esta habitación en tus manos, tú decides, salir y hacer como si nada hubiera pasado, o quedarte y que nadie te crea, que te quiten a tus hijos y te tomen por loca. Es más, si te callas lo suficiente, haré lo posible porque te quedes de directora, como bien sabes, estoy pendiente de un traslado. Ganarías más dinero y tus hijos no pasarían necesidad. Solo tienes que hacer como si no hubieras visto nada, si alguien te pregunta, Tina se ha ido y de Juana, jamás has oído hablar.

CAPÍTULO 15

Como ven, no es una historia que se pueda contar sin tener consecuencias, me vendí, compraron mi silencio y no me quedó de otra que callar. En mi defensa, puedo decir que fue por mis hijos, si hubiera sido por mí, habría ido a la policía de inmediato. Sin embargo, no hay día en el que no recuerde a Tina y lo que fue de ella.

Semanas más tarde encontraron un cuerpo calcinado en los restos de lo que parecía un refugio de montaña. Se dijo que el cuerpo pertenecía a Juana, pero no puedo afirmar nada. Solo sé que la tal Juana debía tener alguien importante como apoyo, vamos, creo que provenía de familia adinerada. Solo Quílez sabía quién era y destruyó su expediente con seguridad, lo busqué por activa y por pasiva pero nunca lo hallé. Yo sabía perfectamente que Juana estaba viva.

Yo estoy segura de que la persona que se fue de aquí en lugar de Tina era ella, y si ustedes están aquí es porque esa mujer ha hecho algo grave, ¿no es así?

—Por el momento estamos investigando, no podemos desvelar según qué datos, una cosa, ¿tiene usted alguna foto de Tina o de Juana? —pregunta Aitor a la directora con interés.

—De Juana, lamentablemente no hay ninguna, ya les digo que todo lo concerniente a ella fue puro secreto, ni siquiera estoy segura de que Juana fuera su verdadero nombre. En cambio, de Tina..., esperen un momento.

La directora llama por teléfono y solicita el expediente de Tina Petrus, al principio, parece que le ponen pegas por ser antiguo pero en unos minutos entra una chica joven que porta una vieja carpeta.

Berta la abre y se lleva las manos a la cabeza.

—¡¡Esta no es Tina, ni tampoco Juana, no sé quién es, pero Tina desde luego no!! —exclama horrorizada.

En el camino de vuelta a Tarla le hago el tercer grado a Aitor, creo que me oculta algo, pero no sé exactamente el qué, lo que está claro es que sabe más de lo que dice y tengo que averiguarlo. No consigo mucho, la verdad; cuando Aitor se cierra en banda no hay quien le haga soltar prenda. Hay veces que lo odio a muerte, otras, por una extraña razón, me dan ganas de hacer cosas subidas de tono con él. Hay gente que tiene un ángel en un hombro y un diablo en otro, yo cuando estoy junto a este hombre tengo un angelito pequeñito y cuatro diablos diciéndome a gritos que lo meta en mi cama. Sin embargo, por alguna extraña razón que desconozco, gana el angelito pequeño y me mantengo en mi sitio, bueno, no desconozco la razón, solo es que hace unos días me intentaron envenenar, se sospecha que mi asistenta no es quien dice ser y en lugar de una mujer con pinta de la Señorita Rottenmeier y tres kilos de maquillaje blanco en la cara, es una psicópata con afición al vampirismo y al sexo sangriento. Creo que es una razón de peso para que a una se le vaya la lívido a hacer puñetas, por muy buenorro que esté el rancio de Aitor.

Aunque bromeo mentalmente, en realidad estoy horrorizada por lo que nos ha contado Berta. No sé qué voy a hacer cuando llegue a casa, si estará la supuesta Tina o habrá salido por patas. Le pregunto a Aitor por mi suerte.

—Aitor, esto, yo tengo que ir a mi casa.

—¿Y? —pregunta con sarcasmo, como lo odio a veces.

—Tina-Juana, o Juana-Tina la que sea que me está esperando en mi casa con una tacita de veneno humeante.

—Ya, yo duermo esta noche en tu casa, necesito que hagas como si no supieras nada, es importante que la vampira no sepa nada.

—¿Ahora le llamas la vampira?

—Tina tiene que ser en realidad la tal Juana, pero no sé quién puede ser ella en realidad y sus motivos para intentar envenenarte.

—Sabes una cosa, las prácticas sexuales que han comentado, si se le pueden llamar prácticas sexuales, claro, me suenan de algo, no te lo he dicho antes por...

—Ya estamos —me interrumpe Aitor y añade—, siempre haces lo mismo, me sueltas detalles cruciales para la investigación así como el que te explica que se le ha olvidado comprar patatas en el supermercado.

—Joder, tío, no es tan fácil, se trata de mi madre. Verás, cuando me trasladé a Casa Galdiu, encontré el diario de mi madre en un trastero. Leí

varias páginas que me helaron la sangre. Luego, un día me lo encontré con varias páginas arrancadas y lo guardé en la caja fuerte. Cuando la abrí para cogerlo, ya no estaba.

—¿Qué leíste en ese diario? —me pregunta Aitor con muy malas pulgas.

—En principio todo parecía normal, una adolescente con sus típicos problemas; luego, todo cambió.

—¿En qué sentido? —Me está interrogando y no me gusta su tono prepotente.

—En que, al parecer, se enamoró de un tal J.C. y se le fue la pinza. Deduzco que el tal J.C. era mi padre José Cifuentes, pero hay algo que no me cuadra, mi madre hablaba de otra persona que era la que de verdad era novia de mi padre, la otra chica debía vivir con ella en la casa, sin embargo, no sé qué tipo de parentesco la unía a mi madre. El tal J.C. no le hacía caso y ella describía encuentros sexuales con él. Encuentros sexuales en los que ella necesitaba que le hicieran daño físico. Luego hablaba de que los demás no la creían, que ella había estado con el tal J.C., pero le decían que todo era fantasía suya.

—J.C., J.C., me suena y no sé de qué. ¿Cómo se llamaba tu madre?

—María Galdiu Puig.

CAPÍTULO 16

AITOR Y BRIANA

Aitor conduce por la autopista dirección Tarla junto a Briana. Ha de averiguar quién era su madre en vida. Esta le había dicho que murió cuando ella era muy pequeña, que la recordaba buena y dulce, pero que se había desconcertado mucho con su diario. Estaba decidido, esa noche dormiría con Briana en Casa Galdiu, tenía que estar cerca de la asistenta y procurar por todos los medios que ella no se percatase de sus sospechas.

Aitor decide parar en un área de servicio.

Briana sale del coche a fumarse un cigarro, mientras él llama a comisaría y pide informes sobre María Galdiu.

Cuelga el teléfono y pasea nervioso de un lado hacia otro. Briana lo observa y él cruza la mirada con ella. En estos momentos no está para ligoteo, pero se dice a sí mismo que cuando todo esto acabe le pedirá una cita en toda regla y sin sarcasmos ni máscaras.

Su móvil suena y cuando lo coge oye la voz estridente de Martínez al otro lado.

—Jefe, esta mujer no tiene ningún antecedente policial, pero está muerta hace ya muchos años, tenemos una denuncia por desaparición en 1990 y luego encontraron el cuerpo en unos matorrales en los alrededores de su casa.

»El cadáver tenía una soga atada al cuello, cuando la hallaron, estaba en avanzado estado de descomposición. No encontraron nada, ni huellas, ni testigos, ni indicios, nada, por lo que nunca se aclaró quién fue el asesino de esta chica. ¿Le envió el informe por e-mail?

—Sí Martínez, envíemelo.

Aitor recuerda las palabras de Briana.

«Pues, el último día que vi al Señor Vázquez, alguien nos había dejado un gallo muerto con una cuerda atada al cuello y estaba plagadito de

gusanos».

«Tiene que ser la misma persona», piensa Aitor, y se le ocurre que quizás Juana sea María Galdiu, la madre de Briana, pero si murió hace tantos años, sería imposible. «Hay algo que falta, una pieza que hace incompleto este puzle».

Aitor continua absorto en sus cavilaciones. Hasta que la voz de Briana lo devuelve a la realidad.

—¡¡Empanao!! —le grita desde fuera del coche—, abre que me estoy muriendo de frío.

Aitor no se ha dado cuenta de que se ha encerrado en el coche, una vieja costumbre que no ha conseguido quitarse desde que un delincuente resentido abrió la puerta de su vehículo y le asestó una puñalada en el hombro, si no hubiera sido por sus rápidos reflejos hoy no estaría vivo, el Cojo, así le llamaban, quería apuñalarle en el cuello.

—Perdona —se disculpa a la vez que le abre la puerta a Briana.

Esta se acomoda en el asiento del acompañante y le pide a Aitor que ponga la calefacción.

—Esto, Briana, creo que interrogaré a tus tíos, tengo varias dudas que pienso que quizás ellos me podrían aclarar.

—Yo también quiero ir, no me dejes al margen ahora, al fin y al cabo se trata de mi familia.

—Ya estamos otra vez, lo normal sería que te quedaras en casa de tu madre, hasta que esta noche vayamos los dos a tu casa, a que Tina nos prepare una de sus famosas infusiones con veneno del bueno a los dos.

—No tiene gracia, que lo sepas, además, yo no quiero quedarme a esperar nada, quiero saber quién ha intentado enviarme al otro barrio y sus motivos.

—Está bien, pero que sepas que este no es el procedimiento habitual, y que puedo tener problemas, por lo que te ruego que te limites a escuchar y a hacer lo que yo te diga.

—Sí, pesado, de verdad, no sé ni por qué te aguanto.

—¿Te has parado a pensar que la que se ha colado en comisaría esta mañana has sido tú?, soy yo el que te estoy aguantando a ti, y la cansina eres tú, y lo sabes.

Briana pone los ojos en blanco y niega con la cabeza.

—Mira, necesito que tus tíos me aclaren quién es la otra chica que menciona tu madre en su diario.

CAPÍTULO 17

Cuando Aitor y yo llegamos a Tarla nos dirigimos a casa de mis tíos. Yo no sé su dirección, sin embargo, intuyo que pueden estar en el piso de la Calle Real. Tenemos suerte, y sí se encuentran en el domicilio, primero son algo reacios a abrir y Aitor se pone en plan poli malo.

Nos abre la puerta la arpía de Francesca, está en bata y su pelo es una maraña, como si se acabara de levantar de la cama. Mi tío ha salido un momento, según ella. Francesca parece estar enferma.

—Tengo la gripe —dice con una voz casi gutural.

En ese momento mi tío entra por la puerta.

—¿Tú eres la nieta de mi hermano, no?

—Sí, la misma.

—Hemos venido a hacerles unas preguntas —interrumpe Aitor.

—¿Sobre qué? —pregunta mi tío con desconfianza.

—¿Qué pueden decirme de María Galdiu Puig?

—La María era una buena chica, no se merecía ese final.

—¿Quiénes vivían en Casa Galdiu cuando ella murió?

—Pues, sus padres, ella y el servicio.

—¿Quiénes eran los criados?

—Vázquez, el guardés; Micaela, la asistente; y su hija que ayudaba en la cocina mayoritariamente.

—¿Cómo se llamaba su hija?

—No lo recuerdo, era una chica extraña, siempre aparecía en el lugar más inesperado.

Antonio se pone nervioso y se disculpa invitándonos a que nos vayamos, ya que su mujer se encuentra mal y no para de llamarlo desde la habitación.

Cuando vamos a salir del piso, a Aitor le llama la atención una fotografía grupal que hay colgada en la pared del vestíbulo junto a otras más de la familia.

—Joder, Briana, esa de ahí es mi abuela, ¿qué narices? —espeta Aitor con los ojos como platos.

—Pues está junto a la mía en la foto.

Cuando subimos al coche y nos ponemos en marcha, Aitor apenas me habla, y contesta a mis preguntas con monosílabos, de pronto, sin comerlo ni beberlo me suelta una de sus frescas.

—Ahora sí, Briana, te voy a dejar en casa de tus padres, tengo que hablar con mi abuela, y no me pidas que te lleve a conocer a mi familia, o pensaré que lo único que quieres es que te pida compromiso o algo peor.

—De verdad que llegas a ser borde, ¿qué te hace pensar que quiero que me pidas compromiso? —Y lo digo con toda la altanería de que hago gala cada vez que un gilipollas abre la boca.

—¡¡Párame aquí!! —grito ante el estupor de Aitor— ¡¡O paras o me bajo, tú mismo!!

—Venga ya, déjate de tonterías.

Me ha jodido tanto su comentario que quiero perderlo de vista, abro la puerta del coche y Aitor se acojona demasiado como para seguir circulando a semejante velocidad.

Aminorara la velocidad y yo cuando veo la posibilidad me bajo de un salto. Tengo suerte y consigo no hacerme mucho daño después de hacer un poco la croqueta por el suelo.

Corro hacia una calle peatonal y Aitor se apea del coche y me persigue.

Estoy débil y pronto consigue alcanzarme, me coge por detrás por debajo de los hombros y me eleva. Yo me quedo como una tonta moviendo los pies en el aire. Me baja y me gira hacia él con brutalidad.

—¡¡Eres un gilipollas de mierda, te crees el ombligo del mundo y no eres más que el puto culo!! —vocifero con todas mis fuerzas y añadido —, ¿Qué te hace pensar que yo quiero que me presentes a tú familia, y que quiero que me pidas matrimonio o qué sé yo?

La verdad es que no sé porque me han dolido tanto sus palabras, bueno sí que lo sé, me he sentido violenta; violenta, porque en cierto modo quiero algo más que palabras con Aitor, pero no soporto que vean mis intenciones y menos que me vacilen.

—Yo solo...

—¡¡Tú solo eres un gilipollas y punto!!

—¡¡Vale, tienes razón, soy un gilipollas, un borde, un cansino, un capullo

y todo lo que te gusta decirme, pero solo lo soy porque no conozco otra manera de comportarme a tu lado, porque no soy capaz de decirte que me gustas y que me encantaría besar tus labios, porque no he nacido para decir cosas bonitas y al contrario, la cago, la cago mucho, pero solo sé que me perturbas, que haces que meta la pata y eso no me gusta, por eso te hablo así en lugar de decirte que me encantas y que lo único que me apetece ahora es esto!!

Y Aitor me besa en medio de una plaza llena de gente, y qué beso, oigo el aletear de las palomas a nuestro alrededor. Yo le devuelvo el beso porque es algo que deseaba desde la primera vez que lo vi, aunque me cayera tan mal.

Cuando conseguimos separarnos yo no sé a dónde mirar y Aitor se ha puesto rojo como un tomate.

—Y ahora, ¿me harás caso e irás a casa de tus padres a descansar?, ¿por favor?

—Está bien —digo con la boca pequeña y pensando triquiñuelas para no obedecer y hacer cabrear más a Aitor, que si por mi pataleta me ha besado así, a saber qué hará si lo llevo al límite.

CAPÍTULO 18

Aitor saluda a su abuela cariñosamente, con ella no tiene que ponerse esa coraza de hombre sin sentimientos que utiliza para su vida cotidiana, Estela sabe ver en su interior como nadie.

—Abuela, hoy he venido por trabajo.

—Vaya, yo que pensaba que venías a ver a esta vieja aburrida. —Estela hace ver que se lamenta.

—¿Qué sabes de los Galdiu y qué te une a ellos, o te unió en el pasado?

—Buff, los Galdiu... ¿Ha pasado algo con ellos?

—No puedo explicarte nada por el momento, pero necesito que me digas todo lo que sepas de la familia.

—Pues, yo sé más de los Puig, mi mejor amiga, que en paz descanse, estaba casada con Joan Galdiu, el empresario.

—¿Cuántos hijos tuvieron?

—Pues —carraspea y prosigue—, Briana tuvo dos niñas gemelas, pero una de ellas murió a las pocas horas de nacer; eran prematuras. La que vivió se llamaba María.

—¿Y la otra?, ¿cómo la llamaron?

—La nena que murió se llamaba Juana.

Aitor abre los ojos como platos y no puede creer lo que está oyendo, intenta disimular pero su abuela lo conoce demasiado bien. Puede ser casualidad, es un nombre muy común, pero, otra vez el nombre de Juana, la Juana que estuvo en un psiquiátrico, que al parecer mató a Tina y suplantó su identidad, pero si murió a las pocas horas de nacer, es del todo imposible.

—¿Qué te ocurre, Aitor?

—Abuela, ¿quién vivía en esa casa cuando María tenía unos quince años?

—Pues, ella con sus padres y el servicio.

—Tengo entendido que Micaela, la sirvienta, tenía una hija que también vivía en la casa, ¿la conociste?

—Sí, era una chica apocada, que no solía relacionarse con nadie de la casa, solo con su madre. Era algo escuálida y miedosa.

—¿Cuál era su nombre?

—Sonia, creo, pero es inútil que la busques, desapareció sin dejar rastro cuando María apareció muerta. De ahí que fuera una de las sospechosas de haberla matado.

Aitor no deja de darle vueltas a la cabeza a lo que le ha contado su abuela y a lo que ha hablado con la directora del psiquiátrico; algo falla y no sabe el qué, no obstante, de lo que está seguro, es que tiene que llevarse a Tina a comisaría para interrogarla.

—Martínez, voy de camino para allí, tienes que acompañarme a Casa Galdiu.

—Vale, jefe, espero fuera a que usted llegue.

Aitor ve a Martínez esperándole en el coche patrulla, aparca el suyo y se sienta en el asiento del copiloto.

—Vamos a por la vampira —dice Aitor con firmeza.

—Llevo ajos y una estaca por si acaso.

—No estamos para bromas.

—Si no es broma, mire.

—Por dios Martínez, ¿dónde va usted con eso?

Martínez lleva una ristra de ajos y una estaca de madera que se ha fabricado él mismo con un tronco que se ha encontrado en el patio trasero de comisaría.

—A esa mujer le va la sangre y le aseguro que de mí no se va a llevar una gota, mire, le he traído también ajos a usted, mejor que se lo cuelgue en el cuello.

—¡¡Martínez!! —exclama y añade—, déjese de chorradas y vamos a lo que vamos.

Aitor no puede evitar reírse, y Martínez se da cuenta, sonrío triunfal y Aitor lo fulmina con la mirada. Este se da por enterado, mira al frente y sigue conduciendo.

Tras llamar varias veces al timbre y no tener respuesta alguna e intentar abrir la verja que esta vez está cerrada, deciden trepar y colarse en la propiedad. Ambos rodean la casa pistola en mano, pero no parece haber nadie en ella. Están todas las luces apagadas y se dirigen a las habitaciones del

servicio. Allí tampoco parece haber nadie.

—Me da a mí que ha volado, jefe —susurra Martínez.

—Es bastante raro, ella no sabe de nuestras sospechas.

—Se lo debe imaginar ¿no?, por el veneno encontrado en la sangre de la chica.

—Nadie le ha dicho nada, aunque si se ha ido está claro que es porque es ella y nadie más que ella ha envenenado a Briana. Con esto se delata a sí misma.

—Entonces, ¿qué hacemos?

—Volvemos a comisaría, tenemos que dar orden de búsqueda y captura de Tina Lupei.

Aitor y Martínez se dirigen a la salida, pero al encaramarse nuevamente por la valla para saltarla, una linterna les alumbra y una voz con acento andaluz les grita.

—¡¡Alto ahí!!, esto es una propiedad privada.

Fernando, el guardés, escopeta en mano, les apunta moviendo el arma de un lado a otro nervioso.

—Somos de la policía, yo soy el inspector Bravo y él es mi ayudante Martínez, si deja de apuntarnos le enseño mi placa.

—Usted perdone, señor agente, no es la primera vez que me encuentro alguien ajeno dentro de una propiedad.

Fernando deja de apuntarles y Aitor le enseña la placa.

—¿Sabe algo de Tina, la sirvienta?

—Pues, hace varios días la vi salir a toda prisa, llevaba una pequeña maleta, la llamé pero ni siquiera se giró. La esperaba un coche negro, lo conducía un hombre con el pelo canoso y gafas de sol oscuras.

—¿Puede abrirme la casa? —pregunta Aitor al guardés pensando que ha cometido un fallo imperdonable al no pedirle las llaves a Briana.

—No sé yo si la señorita Briana...

—No se preocupe, sabe que he venido, no tendrá ningún inconveniente en que registre la casa, puede llamarla a casa de sus padres, ella misma le dirá que no hay ningún problema.

—En ese caso, acompáñenme y les abro, pero procuren dejarlo todo tal y como está, a la señorita Briana le gusta la casa bien ordenada.

Aitor y Martínez entran en el interior de Casa Galdiu, una a una, van inspeccionando las diferentes estancias de la casa. Hasta llegar a las

habitaciones de los sirvientes y más concretamente, a la que ocupaba Tina.

Ambos se apresuran a registrar cada rincón de la habitación, pocos segundos tarda Martínez en exclamar.

—¡¡Jefe, mire!!

—Martínez, por favor...

Martínez ha encontrado el consolador de Tina y juega a que es una espada laser.

—Limítese a recabar pruebas y no las toquetea. Guarde eso en una bolsa, por favor.

—¿Pero esto no lo tienen que hacer los de científica?

—Haga lo que le digo.

Aitor se lo piensa mejor y llama a comisaría para que los de científica acudan a la casa, si no tendrá problemas con el comisario, como siempre que quiere ir más allá de lo permitido.

Mientras sus compañeros acuden a la casa, ellos siguen registrando en busca de más pruebas. Aitor no tarda en encontrar un viejo cuaderno que abre y se guarda en el interior de la chaqueta; es el diario de la madre de Briana. Sabe que le puede servir para aclarar muchas cosas y prefiere que no se lo lleve la policía científica.

Martínez encuentra un frasco de cianuro en la mesita de noche de Tina. Aitor halla un cajón de la cómoda lleno de juguetes sexuales y donde hay también varios cuchillos de diferentes tamaños. Debajo de la cama hay una cuerda gruesa y un atizador de chimenea que parece estar manchado de sangre seca.

—No hay duda —señala y luego añade —, es ella.

CAPÍTULO 19

El teléfono suena y despierto de mi plácido sueño en el que Aitor me hacía tocar el cielo, no entiendo cómo puedo estar pensando de nuevo en tener sexo con él cuando hace unos días casi la palmo. Hay veces que me sorprende mi manera de ser, estoy preocupada, claro que lo estoy y totalmente acojonada con la situación. Sin embargo, por alguna razón, me siento segura sabiendo que tengo a Aitor cerca, aunque suene a topicazo el hecho de sentirse segura por tener un hombre a tu vera.

—¿Briana? —la increíble voz de Aitor me expulsa de mis ensoñaciones más eróticas para hacerse realidad en forma de llamada telefónica—, ¿cómo estás?

—Ahora ya más descansada y con ganas de volver a mi casa.

—Pues, creo que va a poder ser, pero, hay un pequeño problema.

—¿Tina?

—No, Tina se ha ido sin dejar rastro, se ha llevado lo imprescindible, pero se ha marchado.

—¿Entonces?

—Verás, Briana, estoy ahora mismo en tu casa, y la policía científica está también aquí, estamos en la habitación de Tina y tenemos que hablar.

—Pues, me visto y me acerco con el coche de mi padre.

—No te preocupes, Martínez va de camino a casa de tus padres, te pasa a recoger.

Cuando estoy a punto de colgar llaman a la puerta.

—Mamá, ya voy yo.

Abro la puerta con seguridad, pero en lugar de Martínez, hay un señor mayor vestido de negro y con gafas de sol.

—¿Briana Galdiu?

—Sí, soy yo, dígame.

El hombre se abalanza sobre mí y me tapa la boca con lo que parece ser

una gasa empapada en algo que me entra por la nariz y hace que todo se torne negro al instante.

Cuando despierto, veo dos caras borrosas observándome, cuando la niebla que cubre mi vista se desvanece identifico a Martínez, el ayudante de Aitor y a mi madre que llora desconsolada.

—¡Ay!, pero que susto me he llevado hija mía —se lamenta mi madre.

—¿Qué ha pasado? —balbuceo.

—Un individuo ha intentado secuestrarla —me explica Martínez nervioso—, suerte que he llegado a tiempo y lo he pillado con las manos en la masa. Aunque se ha escapado, ya he dado parte a comisaría y lo están buscando. He tenido que dispararle, pero la bala solo le ha rozado un brazo.

Martínez explica la situación como si fuese un niño pequeño relatando su serie de dibujos animados favorita.

—Muchas gracias, chico, no sabes cómo agradezco que hayas llegado a tiempo, si no a saber qué hubiera sido de mi niña.

Mi madre no deja de llorar, la miro y no puedo más que pensar que la adoro, sea mi madre, mi abuela, es igual, la quiero muchísimo.

Aitor entra como un huracán, Martínez lo ha llamado y ha venido todo lo rápido que le ha sido posible, me mira, se acerca a mí y me abraza.

—¿Estás bien? —pregunta con preocupación y con los ojos vidriosos, como si hubiera llorado—, no me perdonaría jamás que te hubieran hecho daño por no dejar que me acompañaras.

—Estoy bien, Aitor, solo un poco atolondrada.

Al día siguiente y escoltada, vuelvo a mi casa, voy a tener dos policías vigilando que nadie acceda a ella día y noche. Aitor se va a quedar conmigo y cuando no esté él, vendrá Martínez. No me gusta la situación y discuto nuevamente con Aitor. Yo quiero saber el porqué de todo lo que está pasando, quiero saber quién es Tina, y quiero saber por qué me intentaron secuestrar ayer. Hago examen de conciencia, de lo que han sido los últimos días y me doy cuenta de que desde que llegué a esta casa todo me ha ido de mal en peor; que he tenido tres fundidos a negro contando con el intento de secuestro de ayer, el envenenamiento con cianuro de la semana pasada y el accidente de la anterior, definitivamente, soy más fuerte de lo que creía. Soy una chica alocada muchas veces, que aunque me preocupo y soy consciente de las cosas, por alguna razón que desconozco, me disperso y soy capaz de pensar en cosas frívolas como retozar con Aitor, en lugar de intentar resolver

todo este entuerto. Sí, las intenciones no me faltan, pero siempre me quedo estancada cuando quiero llegar al final de algo. Empiezo con un gran arrebato que me lleva a tener accidentes como el día que me enteré que mis padres adoptivos son en realidad mis abuelos. En cambio, luego me desinflo y en lugar de ser constante, me entretengo con una mosca para demostrarle a todo el mundo que soy fuerte, que no me derrumbo y que no me importa, aunque todo sea una máscara, parece ser que Aitor no es el único que se camufla, me estoy dando cuenta de que no somos muy diferentes.

Aitor me da el diario de mi madre, tiene las páginas que estaban arrancadas en su interior, las arreglo un poco y me dispongo a seguir con la lectura del mismo con el fin de saber quién era en realidad mi progenitora. No obstante, decido esperar a llegar a casa, esta vez nadie me va a arrebatarme el cuaderno, no lo voy a perder de vista ni un segundo. Lo introduzco en mi bolso y siento como en su interior vibra mi móvil.

—¡Ey! ¿Qué tal estás? —Es Miguel intentando parecer despreocupado, disimula fatal.

—Pues volviendo a casa después de todos estos días y tú, ¿cómo lo llevas?

—Bien, estamos aquí, Cate, su novio y yo; nos estamos preguntando si te gustaría hacer de anfitriona en esa pedazo de casa que tienes, cocino yo, prometido.

—La verdad, suena bien, pero no tengo idea de si hay algo en la nevera.

—No pasa nada, estamos en el súper comprando para hacer una buena paella.

—¿Una paella?, ¿ahora?

—Sí, Bruce está deseando probarla, dice que nunca la ha comido.

Briana mira a Aitor, tapa el teléfono para no ser escuchada y le pregunta.

—¿La libertad vigilada incluye paellita con mis amigos?

—No hay problema, Martínez y yo estaremos fuera vigilando la casa.

—No me has entendido, me refiero a si quieres comer paella conmigo y mis dos mejores amigos.

—Pues, no soy muy sociable, pero, va, ¿por qué no?

—Me alegro de que aceptes, te gustarán mis amigos.

Esto último lo digo sin pensar, sobre todo me viene a la cabeza lo que dirá Miguel cuando sepa que Aitor y yo tenemos algo, un principio indefinido de lo que puede llegar a ser una relación, pero se nota a leguas que entre

nosotros dos saltan chispas.

Miguel siempre quiso ser algo más que un amigo para mí, sin embargo, yo siempre lo consideré como el hermano que nunca tuve. Es un buen chico, bien parecido y algo bruto, aunque entrañable. Pero jamás ha nacido en mí algo que no sea un gran cariño. No podría imaginarme besándolo, sería como hacerlo con mi hermano, sería del todo antinatural.

El día que cumplí dieciséis años, Miguel, estaba muy raro. Hicimos una fiesta en la parcela del Cerilla, sí, el mismo que cuando éramos pequeños no dejaba de fastidiar, se convirtió con el tiempo en uno más de la pandilla y alguien muy importante para mí, hasta que dos años después murió en un accidente de coche cuando volvía de una discoteca en su coche recién estrenado.

Miguel me cogió de la mano y me dijo que lo acompañara al jardín. Intrigada me fui con él y me indicó que me sentara en un banco de madera blanco. Él se sentó a mi lado; se le veía nervioso.

De pronto, me dio un pequeño paquetito alargado.

—Ábrelo, es mi regalo, espero que te guste —me dijo sin poder mirarme a la cara.

Deshice con cuidado el envoltorio y abrí la cajita alargada que parecía contener una joya.

En su interior había un colgante precioso con un corazón de plata y una pequeña hoja de papel con una dedicatoria en la que la letra torpe de Miguel no había podido ser disimulada.

«Este es mi corazón, te lo daré hoy y por todos los días de mi vida, ¿quieres ser mi novia?»

No supe cómo reaccionar, Miguel, mi mejor amigo quería ser mi novio. Yo no podía corresponderle, para mí era imposible mirar a Miguel de otra manera que no fuese la de hermano. Me armé de valor y le dije.

—Miguel, sabes que te quiero muchísimo, que eres mi mejor amigo, alguien que nunca me ha fallado, un incondicional y quiero que siga siendo así. Si tuviéramos una relación y esta fallara, perderíamos la amistad y yo prefiero que sigas siendo mi amigo por toda la vida, las relaciones van y vienen, pero los amigos son para siempre.

No sé de dónde saqué tanta madurez a mis dieciséis recién cumplidos, creo que soy de esas personas que van para atrás y cuanto más mayores más inmaduras.

Miguel me miró, no dijo nada, se levantó y se fue sin más, esa noche no volví a verlo en la fiesta.

Días más tarde, Cate, me dijo que Miguel le había contado que llegó a casa de su abuela de madrugada borracho como una cuba. Esta se había enfadado mucho con él y le había prohibido la entrada en su casa.

Pasó algún tiempo hasta que Miguel asumió que nunca seríamos nada. Incluso dejó de hablarme. Le di su espacio, respeté su silencio y un buen día vino a verme como había hecho desde que nos conocíamos y volvió a comportarse como mi mejor amigo; jamás volvimos a comentar el asunto.

Cuando Aitor y yo entramos en mi casa siento un desasosiego que no sé explicar, Aitor me mira y me pregunta por mi cambio de expresión.

—No sé Aitor, se respira algo extraño en esta casa hoy, quizás sea por los días que llevo fuera de aquí, no me hagas mucho caso.

—No te preocupes, ella no está, hemos registrado la casa de arriba abajo incluida la tercera planta.

—¡Buff!, tengo que plantearme el hacer reformas ahí arriba, un día de estos me encuentro sin paredes, están que se caen.

—Resulta extraño que tu familia la dejará abandonada, es espaciosa y tiene muchas posibilidades.

—No me digas que ahora te has vuelto decorador de interiores —digo burlándome de Aitor, él se ríe a carcajadas, cosa que me sorprende y me provoca a mí también la risa.

En esas estamos cuando llaman a la puerta, y corro a abrir porque tengo muchas ganas de ver a mis amigos.

—¡Locaaa!, ya te vale escaparte del hospital —me reprocha Cate fingiendo enfado.

—Si yo te contara —le respondo soltando un largo suspiro.

Miguel carraspea y me doy cuenta de inmediato que quiere que presente a mi invitado.

—Este es Aitor Bravo, inspector de policía y —tierra trágame que no sé cómo presentarlo, lo miro suplicando ayuda y él me sonrío de medio lado como diciéndome, «venga atrévete»—, nos estamos conociendo, bueno, es mi chico.

Y esto último lo digo cerrando los ojos porque me he embalado y creo haberla cagado mucho.

Aitor me mira y me guiña un ojo, parece que le ha gustado mi

presentación.

Sigo con las presentaciones y me doy cuenta desde un principio que Aitor y Miguel se miran como si en cualquier momento se fueran a abalanzar el uno sobre el otro, se retan con la mirada, se miden con la mente, es como si se comunicaran silenciosamente.

Cate, se da cuenta y agarra a Miguel por el brazo.

—Ven aquí cabezón que tenemos que poner la comida en la nevera y quiero que me enseñes a hacer esa pedazo de paella que te curras.

Cate se deja olvidado al pobre Bruce que parece fuera de lugar, Aitor le ofrece un trago que este acepta encantado, al menos alguien se va a llevar bien con mi enigmático chico. Los veo dirigirse a la terraza hablando de fórmula uno, tíos.

Me dirijo a la cocina con Cate y Miguel, les lanzo unas cervezas heladas que es lo único que tengo en la nevera del primer día que vinieron a cenar, no estoy yo muy alcohólica últimamente.

—No me gusta ese tío Briana —dice Miguel a bocajarro.

—Miguel, no lo conoces, te aseguro que es buena persona aunque tenga esa fachada de tonto del culo.

—No sé, yo creo que te mereces a alguien mejor.

—Ya estamos, dejáros de cháchara, tenemos que disfrutar esta noche, o sea que no quiero oír malos rollos, ¿entendido? —nos riñe Cate con los brazos apoyados en las caderas a lo ánfora.

Miguel y yo asentimos y chocamos las cervezas en señal de camaradería, después de eso todo es en apariencia buen rollo, pero solo en apariencia, Miguel mantiene una mirada sombría que dirige continuamente a Aitor durante la cena, este disfruta hablando con Bruce, con Cate y conmigo, pero la antipatía entre él y Miguel es mutua.

En un momento de la noche, Cate sorprende a Miguel mirando embobado a la nada y le hace una fotografía, cosa que irrita sobremanera a Miguel.

—¡No te he dicho mil veces que no me gustan las fotos, joder, Cate, dame eso!

Cate se ríe como una chiquilla que ha hecho una travesura y sale corriendo, Miguel va tras ella refunfuñando. Me encantan las chiquilladas de mis dos mejores amigos, no puedo parar de reír.

Cuando nos despedimos de mis amigos, Aitor me coge de la mano y me atrae hacia él, nos besamos apasionadamente y no podemos despegarnos, me

sube a la mesa y abro las piernas y lo rodeo con ellas, la temperatura sube y no podemos dejar de abrazarnos, de tocarnos y de besarnos. Aitor me coge en brazos y me lleva en esa postura hacia la habitación, una vez allí hacemos el amor como dos lobos hambrientos porque ya lo necesitábamos y cuando terminamos caemos rendidos el uno junto al otro en mi cama, nos quedamos dormidos abrazados.

Oigo golpes, vienen de la tercera planta, me levanto y miro hacia el lado de la cama que ocupa Aitor, pero no está. Su ausencia me hace sentir un enorme vacío. Los golpes se oyen cada vez más fuertes y más cerca, es como si alguien viniese hacia la habitación que ocupó, tengo miedo y frío, mucho frío. Veo la pistola de Aitor en mi mesa de noche, me resulta extraño que se la haya dejado ahí, cuando nos dormimos no estaba. Me preocupo, algo está pasando, agarro la pistola, aunque no sé cómo funciona, si me encuentro a alguien dentro de mi casa conseguiré intimidarlo. Salgo de la habitación intentando no hacer ruido. Recorro el pasillo en dirección a la escalera, me alumbra una luz intensa que viene de la tercera planta. Tiemblo, de frío y de miedo. Oigo una voz.

«No dejes que te atrape».

La voz es como un susurro que viene del cuartito de los trastos, parece la voz de una mujer, y se oye lejana y débil.

Me estremezco y no puedo articular palabra, el corazón me va a mil por hora.

«Se aprovecha de los sentimientos, de la debilidad del cuerpo y del alma».

Estoy justo en la entrada y llevo el arma a lo policía de las pelis. Me planto delante de la puerta apuntando al gramófono que encontró Cate el día que llegué a esta casa.

El aparato no tiene disco, sin embargo, por alguna extraña fuerza sobrenatural, la voz del más allá sale del artilugio de las narices y ahora se escucha más fuerte.

«¡;No te enamores!!»

Sentencia, y a continuación el gramófono emite un pitido que me obliga a taparme los oídos para poder mitigar el dolor que me produce.

—¡Briana, Briana, despierta! —Abro los ojos y veo la atractiva cara de Aitor mirándome con preocupación, pero yo no puedo mover ni un músculo

de mi cuerpo, tampoco puedo emitir sonido alguno.

—¡Briana, me estás asustando, reacciona! —Aitor sigue intentando que vuelva al mundo real, pero no puedo. Siento mucha ansiedad, miedo, pánico, horror y todo lo negativo que se pueda llegar a sentir, quiero gritar, gritar para poder desprenderme de esta gran losa en la que se ha convertido mi cuerpo.

Mi miedo se dispara de mil maneras distintas cuando veo una sombra detrás de Aitor, una sombra que se acerca hacia él y que no parece querer su amistad, por el contrario, intenta atraparlo.

No puedo más, quiero avisar a Aitor y mi angustia es tan absolutamente incapacitante que una lágrima resbala por mi mejilla, la sombra negra traspasa el cuerpo de Aitor, y ahora, viene hacia mí.

CAPÍTULO 20

Despierto empapada en sudor y llorando a mares, Aitor está a mi lado, preocupado.

—¿Qué te ha pasado, Briana?, me has asustado, no reaccionabas y no hacías más que repetir que se había metido dentro de ti.

Decido mentirle porque yo soy así de gilipollas, no se me ocurre otra razón.

—No pasa nada, una pesadilla de la que me ha costado despertar, pero era una tontería y ya ni siquiera me acuerdo. —Sí, lo sé, me acuerdo perfectamente, pero mejor dejarlo estar, total, no he mentido al decir que es solo una pesadilla sin importancia.

—¿Quieres un café?

—Sí, por favor, necesito despejarme.

Aitor se levanta a hacerme el café y al girarse para salir de la habitación veo que tiene toda la espalda llena de arañazos.

—Aitor, esto..., ¿qué te ha pasado en la espalda?

—Briana, no te hagas la tonta.

—No sé a qué te refieres.

—Pues, a que anoche, se nos fue un poquito de las manos, y a decir verdad, necesito hablar contigo, porque yo, no sé cómo decírtelo...

—Decirme el qué, habla.

—Me querías morder, me arañaste como si quisieras hacerme daño, decías que no eras Briana, que a partir de ahora mandabas tú, y que yo tenía que obedecerte.

—¿Cómo?, no me acuerdo de nada de eso, sé que estábamos los dos bastante excitados y tal, pero, de ahí a volverme una dominatrix hay un abismo; estás de coña, ¿verdad?

Y Aitor asiente sin convicción, solo porque me quede más tranquila, sin

embargo, ahora mismo no entiendo nada.

Suena el teléfono y Aitor sale de la habitación, es de la comisaría, un par de minutos después entra como una exhalación y me informa de que tiene que irse con urgencia, según él, no me puede decir nada.

Estupendo, ahora me quedo aquí con la loca de Tina dando vueltas por ahí y sin vigilancia, perfecto, yo no me quedo aquí, hay demasiadas incógnitas que tengo que desvelar y lo primero que necesito es retomar mi vida normal, para ello necesito cuatro ruedas.

Me meto en internet y rápido consigo un coche de alquiler que me dejan en la puerta de mi casa, increíble, pero cierto. Claro, después de llamar al servicio de atención al cliente y decirles quién soy. No me gusta aprovecharme de mis apellidos pero hay veces que viene de fábula.

He alquilado un coche discreto, un Seat Ibiza negro con un buen motor. Me subo al cacharrito, arranco y me dirijo a la carretera de La Costa, primero necesito dar un paseo para pensar; pensar en por qué Aitor tiene toda la espalda arañada de malas maneras y en por qué tuve esa especie de parálisis del sueño tan absolutamente escalofriante. Aunque durante toda mi vida he vivido episodios de este tipo, jamás han sido tan inquietantes como en las últimas semanas.

Me siento rara, es como si mi yo interno hubiera menguado, como si necesitara salir de mi propia piel, es algo que no puedo explicar. Me empiezo a sentir mal, muy mal, detengo el coche, me bajo con celeridad, y vomito algo negro y espeso, me duele mucho el estómago, es como si miles de cuchillos me rompieran por dentro. Una voz martillea mi cabeza, la voz me dice que me largue de aquí, que sobro, que Briana murió y que ahora soy Juana.

CAPÍTULO 21

Aitor se dirige a un viejo almacén del polígono de La Costa, allí está el comisario y los de la científica, a parte de Martínez y López que lo ha llamado avisándole de lo sucedido. Martínez lo pone al día.

—Jefe, nos ha llamado un guarda jurado, al parecer, lleva muerta unas cuatro horas; la han encontrado de esta guisa.

López señala el cadáver de la mujer que yace inerte en el suelo, tumbada boca arriba, con las manos juntas y un rosario entre ellas.

Aitor mira el cadáver y se da cuenta al instante de que sabe de quién se trata.

—La conozco, es Constantina Lupei sin maquillaje. —Aitor se acerca al cadáver de Tina y observa el líquido negro que asoma por la boca de la mujer —. ¿Alguien me puede decir que es esto? —pregunta señalando el líquido.

—Los compañeros de científica lo analizarán, no sabemos qué puede ser, parece chapapote.

Aitor no quiere llamar a Briana, claro que le gustó la noche de pasión vivida con ella, pero la primera parte, en la que Briana era Briana, luego entró en una especie de trance, para transformarse en otra persona, fue un segundo, como si alguien activase un clic, Briana era otra; otra que quería dominarlo, que quería dañarlo y que había tenido que mentir para no decirle que le había dicho al oído que iba a matarlo, que ella no era Briana, sino alguien superior, que iba a acabar con él, pero primero quería disfrutar.

Aitor no entendía nada, la persona que tenía delante carecía de la limpia mirada de la mujer que amaba, de Briana, la chica alocada, inocente e inquieta que le había cautivado. Esta de ahora era altiva, mezquina y viciosa. Algo no andaba bien en Briana y lo vio desde un principio, aunque quiso hacer como si no existieran sus sospechas. «¿Quién es ella?», se pregunta y se responde a sí mismo «una chica cerca de la treintena, de la que prácticamente no sabe nada, ni siquiera conoce que tenga profesión alguna,

solo que vive de lo que ha heredado, le gusta comprar ropa y estrellar coches». Aitor se siente mal al pensar así de ella, sin embargo, a simple vista, es lo que se puede ver, aunque sabe de sobra que Briana es mucho más que todo eso, sabe que por encima de todo la ama, tanto que le duele la piel solo de pensarlo y de sospechar que algo huele raro en su casa, y por desgracia, en su cabeza.

Se forma un gran revuelo alrededor del cadáver, han encontrado entre su ropa una cartera, en su interior hay un D.N.I. antiguo. La sorpresa de Aitor es mayúscula cuando lee el nombre en el documento, María Galdiu Puig; la madre muerta de Briana.

CAPÍTULO 22

BRIANA VS SU MENTE

Briana despierta con un gran dolor de cabeza, se halla en el comedor de Casa Galdiu, de pronto, recuerda un sueño en el que recorría la carretera de La Costa con un coche negro, luego todo se desdibuja y no puede seguir recordando. Ha perdido la noción del tiempo y no sabe cuánto ha dormido. Se asoma a la ventana y se da cuenta de que está amaneciendo, lo último que recuerda es que Aitor se fue tras una llamada de trabajo y desde entonces no ha vuelto a tener noticias suyas, ni una sola llamada, ni un mensaje, nada.

Se levanta y se dirige al cuarto de baño, se refresca un poco y al mirarse al espejo se da cuenta de que tiene la cara completamente maquillada de lo que parece una pasta blanca. Se enjabona la cara, pero la especie de pasta pegajosa se resiste y no se la puede quitar. La angustia se apodera de ella y de pronto, siente náuseas. Intenta llegar al inodoro pero le flaquean las piernas y cae de rodillas.

A su mente acuden pensamientos fugaces; la carretera, el coche, la avenida de los pubs, un coche plateado y un hombre. El hombre la besa y ella le desabrocha el cinturón y mete la mano en el interior de sus pantalones.

—¡No, no, no! —exclama—, es solo un sueño.

Briana se mete en la ducha y deja que el agua caliente caiga sobre ella causándole una sensación reconfortante.

Cuando sale de la ducha oye su móvil vibrar, es un mensaje de un tal Juanjo.

«Me lo pasé genial ayer por la noche, eres una pantera, cuando quieras repetimos».

—¡Me cago en la puta!, no puede ser.

Briana corre hacia la entrada principal y sale de casa, se dirige hacia la cochera y ahí lo ve, el Seat Ibiza negro.

CAPÍTULO 23

No puedo creer lo que he hecho, al parecer estuve en los pubs, conocí a alguien que se llama Juanjo y del que no recuerdo nada más que el botón de sus pantalones y mi mano hurgando en su bragueta. Bueno, también que tenía un coche plateado. No me encuentro bien y tengo agujetas por todo el cuerpo. Me siento como en una gran resaca y no puedo recordar aunque estoy haciendo grandes esfuerzos para saber qué hice anoche.

El móvil vuelve a sonar, es otro nuevo mensaje.

¿Te has vuelto tímida, Juana?

—¡Joder, joder, joder! —exclamo y siento la ansiedad apoderarse de mí, no sé qué ha pasado conmigo en las últimas horas a parte de haber tenido cierto encuentro sexual del que solo recuerdo el principio y de tal manera que no sé distinguir si es un sueño o la más dura realidad.

Pienso en llamar a Aitor, pero no me atrevo ni siquiera a hablarle, menos aún a mirarle a la cara después de lo que se supone que hice anoche. Necesito aclarar mi mente, me dirijo a la cocina, me hago un café y fumo un cigarro tras otro intentando rebuscar en esa masa confusa que es ahora mi cerebro, sin embargo, solo tengo flashes de lo que no puedo asegurar que sea cierto.

Sin más dilación, me visto y salgo a conducir, puede que me ayude a despejarme. Me subo al Ibiza, que está lleno de una porquería pegajosa negra. Entonces, me acuerdo de que me encontraba mal y vomité algo que no tenía muy buen aspecto.

Conduzco por la sinuosa carretera de La Costa con las ventanillas del coche totalmente abiertas, quizás el aire que entra gélido al habitáculo me aclare las ideas, o me haga pillar una pulmonía, una de dos, más bien, será lo segundo con toda probabilidad, no obstante, ahora mismo, tanto me da. Mi vida se ha vuelto un infierno desde que mi abuelo murió y heredé todo lo suyo, mi vida ya no es vida desde que entré en esa casa.

Mi móvil vibra, es Aitor, ignoro la llamada, pero vuelve a insistir una y

otra vez, hago de tripas corazón y atiendo la llamada, mejor que no sepa que estoy conduciendo mientras hablo con él.

—Briana, necesito hablar contigo urgentemente, pero no por aquí, mejor en persona.

—¿Qué ha pasado ahora? —respondo preocupada—, ¿has encontrado a Tina?

De pronto, un silencio sepulcral.

—¿Aitor?

—¿Puedes venir a comisaría? —pregunta nervioso—, si no puedes mando a alguien a recogerte, pero necesito que nos veamos allí, es importante.

—No te preocupes, voy a comisaría en taxi —miento.

Aitor me espera en su despacho, cuando entro no está solo, una mujer de mediana edad, morena, alta y bastante atractiva está a su lado.

—Briana, esta es Ana Lieza, es la hija de la antigua directora del psiquiátrico de La Costa.

La mujer me da la mano, le respondo con el apretón de manos menos firme de la historia; tampoco articulo palabra, ahora mismo estoy en estado de shock.

—Siéntate Briana, tenemos mucho de qué hablar.

—Verás Briana, esta mañana han encontrado el cadáver de una mujer en la zona industrial, en principio pensé, bueno, estuve seguro de que era Tina, sin su habitual maquillaje, y sí, era ella.

—¿En principio estuviste seguro?, ¿a qué te refieres con eso?

—Espera...déjame terminar.

Tina está muerta y ya no me podrá hacer nada, sin embargo, por alguna razón desconocida, siento que algo no va bien.

—En principio estuve seguro, pero, luego cuando los de la científica inspeccionaron el cadáver, encontraron en un bolsillo un D.N.I. antiguo.

—Entiendo, y ¿a quién pertenecía, Aitor?, lo siento pero estoy muy nerviosa.

Aitor da la vuelta al monitor del ordenador y me enseña en pantalla el D.N.I de María Galdiu, mi madre.

No puedo asumir esto, no puede ser que Tina Lupei, esa mujer que se encargaba de cuidarme con una devoción que en su momento me pareció demasiada para ser solo una sirvienta que me acababa de conocer, fuese mi

madre, mi madre que yo creía muerta desde que era una niña y de la que prácticamente no recuerdo nada. Miro su foto en la pantalla y veo el gran parecido que tenía conmigo cuando era joven, el D.N.I. es de antes de que yo naciera y de pronto recuerdo el primer día que vi a la supuesta Tina, y el rechazo que me produjo su presencia en la casa. Sin poder controlarlas, las lágrimas corretean por mi cara y caen en mis pantalones dejando pequeñas manchitas, eso es mi vida, un cúmulo de manchitas que no terminan de dejarme ver quién soy realmente.

—Briana, aún hay más, sé que todo esto no es plato de buen gusto para ti, pero Ana tiene que explicarte algo que debes saber.

—Aitor, no sé si estoy... —sollozo y las palabras no acaban de salir de mi boca, no puedo hablar, siento una fuerte presión en el pecho, pero hago de tripas corazón y le digo a Ana que me diga lo que tenga que decirme, total, ya que puede ser peor que la segunda muerte de mi madre.

Ana Lieza suspira y empieza a hablar.

—Siento su pérdida, Briana, lo que tengo que contarle quizás sea añadir sal a sus heridas, no obstante, su madre así lo deseaba.

»Tendré que empezar por el principio de todo. En enero de 1987 ingresó en el psiquiátrico una chica joven que había sufrido una crisis nerviosa por la muerte de su pareja y había intentado suicidarse. Se llamaba María y era como ya imaginas, tu madre, espero que no te moleste que te tutee pero me siento más cómoda. Teniendo en cuenta de quién era hija, a mi madre, sus superiores le pidieron máxima discreción, ya que el Señor Galdiu quería proteger la identidad de su hija y su ingreso en un psiquiátrico por todos los medios que estuvieran a su alcance. Se sabía su nombre pero no quién era, en la institución era simplemente María.

»María llegó una noche gritando y pidiendo que la dejaran salir de ahí, que tenía que matar a una tal Juana, que ella había asesinado a su amor y que quería vengar su muerte.

—Juana... —repito en voz baja y abro los ojos como platos, miro a Aitor y este me hace un gesto para que deje que Ana siga con su historia.

—La sedaron y durmió toda la noche. Al día siguiente despertó tranquila, con expresión de triunfo y no hacía más que reírse. Mi madre la llamó por su nombre «María», pero ella no le contestaba, se limitaba a reírse a carcajadas.

»Le hicieron pruebas, la observaron durante días; las pruebas médicas no aclaraban nada, todo salía normal. Sin embargo, el comportamiento de tu

madre, cambiaba por momentos. A veces era una dulce niña y otras una mujer altiva y provocativa que quería ser el centro de atención continuamente. El diagnóstico fue trastorno de personalidad múltiple. La tal Juana a la que ella decía que quería matar la noche que ingresó, no era otra que ella misma, cuando tenía la crisis, decía llamarse Juana y hasta escribía con la mano contraria, no sé si sabes que tu madre era zurda; en cambio, cuando decía ser Juana escribía con la derecha. En uno de sus periodos de lucidez, María me confesó que ella nació junto a otra niña, su gemela, que murió justo al nacer o poco después. Esa niña se llamaba Juana. Cuando María llevaba un par de meses ingresada dejó de tener delirios y parecía estar totalmente curada. Pero tenía vómitos todas las mañanas y un hambre feroz, por lo que le hicieron un test de embarazo que dio positivo.

»Le dieron el alta y durante el resto del embarazo Juana no volvió a molestarla. Luego Naciste tú, Briana, y María escribía habitualmente a mi madre explicándole lo guapa que eras y lo mucho que te quería. Todo parecía ir bien hasta que tres años después y sin esperarlo, Juana volvió e intentó matarte mientras dormías. Una chica que trabajaba en Casa Galdiu, creo que se llamaba Sonia, lo impidió, se puso en medio y recibió varias puñaladas por parte de tu madre, perdón, por parte de la tal Juana.

—No puedo seguir escuchando, no puedo —balbuceo entre gemidos entrecortados, no puedo contenerme más y rompo a llorar desconsolada.

—Tengo que contarte toda la historia, tu madre así lo quería.

—Pero, ¿por qué no me dijo quién era?, ¿por qué me lo ocultó e intentó envenenarme?

—Por favor, déjame terminar y lo comprenderás.

Asiento con la cabeza resignada.

—Tu abuelo no quería escándalos, era capaz de pasar por encima de la ley para evitarlos, además tenía mucha influencia, nadie le tosía. Silenció el crimen ocurrido en la casa que hoy habitas. Para todo el mundo la que murió ese día fue María y no la pobre Sonia, que no era otra que la hija de Micaela, vuestra antigua sirvienta. Tu abuelo con la ayuda de Vázquez, el guardés, vertieron ácido sobre la cara de Sonia desfigurándola, le pusieron la ropa de María y abandonaron el cadáver en las cercanías de la casa. Días después encontraron a la pobre chica en avanzado estado de descomposición.

El mismo día del incidente ingresaron a María en un psiquiátrico de Barlona.

—Todo esto me está superando, puto cabrón, puto cabrón.

En ese momento odio a mi abuelo más que nunca. El día que murió me dije a mí misma que lo perdonaba, pero hoy después de oír todo esto mi rencor hacia él ha aflorado de nuevo para no marcharse jamás.

—Tu madre acudió a mí hace unas semanas, buscaba a mi madre, pero por desgracia murió el año pasado. Estaba desesperada y me confió su historia y esta carta.

Ana me da un sobre blanco con las palabra:

«Para mi niña, para que sepas que te quiero y que nunca te quise hacer daño».

No puedo parar de llorar y decido que abriré el sobre en la intimidad. Mi cabeza funciona a la velocidad de la luz, intentando recomponer el puzle de mi vida, sin embargo, son tan difusas las piezas aun cuando hoy acaban de encajar unas cuantas cruciales para completar el rompe cabezas, que no sé muy bien que pasos seguir.

De pronto, suena el teléfono, Aitor está tan paralizado por la historia que acaba de escuchar, que tarda más de la cuenta en descolgarlo.

—Sí, voy enseguida.

Son las últimas palabras que dice antes de salir como alma que lleva el diablo sin despedirse de mí, ni de Ana. Tan solo nos mira y se va.

CAPÍTULO 24

Aitor Bravo no es de los que se despiden a la francesa, pero le acaban de comunicar la muerte de un chico en circunstancias comprometidas y le han informado de que el sujeto en cuestión portaba en su mano el D.N.I de una chica frívola, alocada, apasionada y complicada que él piensa que conoce muy bien, o no. Se pregunta los motivos, sin embargo, no sabe qué responderse, no se fía de ella y eso lo sabe desde el momento en que la vio por primera vez. En cambio, no pudo evitar enamorarse, no pudo eludir su tela de araña, porque el cadáver de un tío hallado en el parking de una discoteca con signos de haber tenido relaciones sexuales con una desconocida, puede hacer que alguien normal piense que ella es una asesina, pero le cuesta creer que lo sea. Difusa, esa es la palabra, ella es difusa, es como una niebla en plena noche, te atrapa con su inofensiva presencia que en realidad esconde algo oscuro.

Sumido en sus reflexiones, conduce haciendo cábalas y cuestionándose si ella tiene algo que ver con todas las muertes de las últimas semanas. Se pregunta si todo no habrá sido urdido por una mente enferma como la de su madre, se pregunta, si Briana se ha reído en su cara y lo ha seducido para correr una cortina de humo.

Gente alrededor del cadáver y Aitor sin poder concentrarse. Alguien le explica que el chico se llamaba Juanjo Aguirre, que lo han encontrado con el pantalón bajado y el pene arrancado como si lo hubieran hecho de un mordisco letal. El cadáver se haya en un charco de sangre y de una sustancia negra pegajosa que ya ha visto antes. Al agente que le está informando lo conoce perfectamente pero su mente nublada por los hechos hace que vea su cara borrosa y oiga su voz como si viniera del mismísimo infierno. Aitor siente un sudor frío, se está mareando y piensa para sí mismo que en cualquier momento desfallecerá, cuando el agente le muestra el móvil del sujeto, donde hay mensajes dirigidos al móvil de ella, pero la llama Juana. De

pronto, un pequeño fundido a negro, y la más absoluta claridad y firmeza afloran desde lo más hondo de su ser cuando dice, «vamos a detenerla».

Un coche patrulla para delante de Casa Galdiu, Aitor Bravo y Martínez salen de él con semblante serio y sin pronunciar palabra alguna. Aitor llama a la puerta y Briana la abre con un sobre blanco que todavía no ha abierto y con la cara congestionada por las lágrimas.

Martínez le lee sus derechos, el sobre cae al suelo. Briana abre los ojos como platos y mira a Aitor, este le devuelve una gélida mirada de desconfianza. Briana no opone resistencia y pide que no le pongan las esposas, que no hace falta. Los tres se suben al coche y se dirigen a comisaría.

CAPÍTULO 25

Aitor me ha detenido, todavía no sé por qué; pero lo ha hecho. Aquí estoy, en una sala como las de las películas, con su ventanita de cristal detrás de la cual, seguramente está él observándome. No lo veo, pero noto su gélida mirada atravesándome. Estoy mal, muy mal, por lo que me ha contado Ana Lieza, por la segunda muerte de mi madre, por todo lo que ha pasado en estas últimas semanas y porque Aitor me ha detenido por alguna razón desconocida.

Se abre la puerta y entra Aitor.

—Bueno, parece que ayer usted tuvo una noche movidita, ¿o me equivoco?

—Primero, ¿se puede saber por qué me has detenido? segundo, ¿por qué me estás llamando de usted? tercero, ¿a qué viene todo esto?

—No está usted en disposición para hablar así a las autoridades.

—¿Pero qué coño...?

—¿Dónde estaba usted ayer por la noche?

—Esto, Aitor, yo, no sé lo que pasó, si te refieres a que estuve con ese chico, no sé cómo lo habrás sabido pero es que no me acuerdo de nada, creo que me enrollé con él, pero no lo tengo claro.

—¡Ah!, claro, estuviste ayer con un tío, te enrollaste con él y le arrancaste el pene, luego lo mataste haciéndole tragar una sustancia que está por todo el interior del coche que llevabas, pero no te acuerdas de nada, ¿no?

—¿Pero qué estás diciendo, Aitor?, ¡¿qué cojones estás diciendo?!

—¡¡QUÉ ERES UNA ASESINA, QUE NO ES LA PRIMERA VEZ QUE LO HACES, QUE TE CARGASTE AL GUARDÉS Y LUEGO A TU MADRE, SIN SABER QUE LO ERA, CLARO, QUE FINGISTE UN ENVENENAMIENTO QUE NUNCA SE PRODUJO, QUE ME SEDUCISTE PARA LIARME Y QUE NO TE RELACIONARA CON LOS CRÍMENES, PERO NO PUEDE HABER SIDO OTRA PERSONA, SOLO

TÚ, TÚ CON TU CARA DE NIÑA BUENA Y TU MÁSCARA DE CHICA INOCENTE, PERO BAJO ESA FACHADA NO SE ESCONDE OTRA COSA QUE UNA LOCA DE MIERDA, UNA MENTE RETORCIDA!!

—Aitor, no entiendo nada, créeme yo no he matado a esas personas, sería incapaz de matar una mosca joder, tienes que creerme.

—¡¡Y UNA MIERDA!!, ¡MIRA, MIRA ESTAS FOTOS, MIRA COMO HAS DEJADO A TU ÚLTIMA PRESA!

Aitor me tira unas fotografías en las que se ve al chico de la otra noche en un charco de sangre. Me entran arcadas y la ansiedad se apodera de mí, no puedo respirar. López y Martínez entran en la sala e intentan convencer a Aitor para que la abandone, pero este se resiste y sigue gritando. Yo suplico, pero él continúa increpándome con acusaciones, la gran mayoría infundadas por la rabia que le ha producido saberse supuestamente «engañado» por mí.

López me acompaña a una pequeña celda en el sótano de la comisaría.

—López yo, yo no he hecho todo eso que dice Aitor, yo, no me acuerdo de lo que pasó anoche, sé que estuve con ese chico, pero me sentía rara, como si estuviera bajo el efecto de alguna sustancia. Me acuerdo de que tuve algo con él, pero no de lo que me están acusando.

—Perdone Briana, pero es que yo soy un mandado, lo siento, pero no puedo hacer nada.

—Lo sé, pero, joder, ¿tú me crees capaz de haber matado a ese chico?

—No puedo hacer nada, lo siento.

López evita mirarme a la cara y me va a encerrar en este frío lugar, tengo que aclarar todo este entuerto, tengo que salir de aquí.

—López...

—Dígame.

—Esto, necesito ir al lavabo.

—Ahí dentro tiene usted un váter.

—López, que necesito privacidad, que no me voy a escapar, de verdad, confíe en mí.

López pone cara de circunstancias, pero por raro que parezca, lo convenzo. Me acompaña a los aseos de los polis.

Cuando entro, localizo una ventana que por suerte, está abierta; solo tengo que subirme al lavabo para alcanzarla y poder salir a la calle. Abro el grifo para tener a López entretenido pensando que me estoy lavando la cara. Me encaramo a la ventana y salgo a un patio trasero de un salto. Corro por el

patio y subo por la verja, soy la leche trepando. Consigo salir a la calle y corro sin mirar atrás.

No tengo móvil, ni dinero, ni siquiera una chaqueta para cubrirme del frío. Solo tengo unas piernas bien largas para correr cual gacela, y eso es lo que hago bajo la lluvia que ni siquiera parece mojarme, más bien resbala por mi piel, como si estuviera cubierta de aceite. Aitor ha sido injusto, yo no he hecho nada, lo sé, lo siento; no recuerdo lo ocurrido, mi última imagen son mis manos en el interior de la bragueta de ese tío, pero yo no soy capaz de matar a una mosca y menos aún de arrancarle la polla a nadie. De pronto, empiezo a dudar de mí misma y pienso que a lo mejor si lo he hecho y Aitor tiene razón. Ese mensaje que me envió el tal Juanjo, me llamaba Juana, ¿y si tengo el mismo trastorno que mi madre? Aitor ya me dijo que una vez actué de manera extraña, haciéndole daño al hacer el amor. Tengo que averiguar quién cojones soy.

Un coche se acerca y aminora la velocidad cuando llega a mi altura, no quiero mirar porque sé de sobras que tiene que ser Aitor intentando darme caza, solo a mí se me ocurriría huir por la carretera.

—¡¡Briana!! —grita una voz familiar que me hace suspirar aliviada.

—Miguel, ¿qué haces aquí?

—¡Sube, corre, no hay tiempo; los he visto salir con los coches y tardarán menos de un minuto, sube, no pierdas tiempo!

Me subo al coche de Miguel, no sé cómo me ha encontrado ni por qué sabe que me persigue la policía, sin embargo, ahora mismo subirme a su coche es un alivio, Miguel siempre está ahí cuando me hace falta, es como mi eterno salvador, mi paño de lágrimas, mi amigo de verdad.

Tengo mucho frío y la ropa empapada, Miguel pone la calefacción y me dice que me va a llevar a un lugar seguro.

—Pasa a los asientos de atrás y cúbrete con esta manta, seguro que a estas horas habrá controles y te estará buscando más de una patrulla.

Hago lo que me dice e intento relajarme, de alguna manera me siento segura, solo espero no meter a mi amigo en líos por cubrirme.

Tras un trayecto de veinte minutos que a mí me parece una hora, Miguel para el coche.

—¿Dónde estamos?

Es una cabaña que perteneció a mi padre, suelo venir aquí cuando necesito estar solo.

—No sabía que la tuvieras.

—Hay muchas cosas de mí que no sabes, en realidad, esta casa siempre ha sido mi lugar de retiro, ninguna de mis amistades sabe de su existencia, bueno, ahora tú sabes mi secreto, pero sé que me lo guardarás.

—No sé yo, parece un buen lugar para hacer una fiesta de pijamas con Cate.

Miguel sonrío y me invita a pasar a su misteriosa cabaña campestre.

La casa es de madera, está algo deteriorada, pero es bonita, y el paraje donde está ubicada es espectacular. El día no puede ser peor, llueve a mares y hace una humedad de la hostia, pero no se puede negar la evidencia, me encanta el lugar.

El interior de la casa se compone de un espacio abierto con un salón comedor con muebles rústicos y una cocina americana, de momento no necesito ver más, bueno sí, necesito un poco de privacidad para cambiarme de ropa, Miguel me trae un chándal limpio y seco; sé que dentro cabrán tres Brianas al menos, pero es ropa seca y si no me cambio acabaré pillando una pulmonía.

Miguel, me conduce a una pequeña habitación y me deja a solas.

Me cambio de ropa e intento salir del habitáculo para reunirme con mi amigo, pero la puerta está atrancada.

—¡Miguel!, me he quedado encerrada.

Silencio

—¡Miguel, ábreme la puerta, no puedo salir!

Silencio

—Miguel, no tiene gracia.

CAPÍTULO 26

Cuando Aitor se da cuenta de la escapada de Briana, llama a todas las unidades para que la busquen, él se sube con López en el coche patrulla, previa bronca al susodicho y se dirigen a la carretera de La Costa a toda pastilla. Aitor está muy enfadado, otra vez esa niñata se ha burlado de él, pero esta vez no se escapa, se va a pasar toda su vida chupando barrotos, lo tiene muy claro. Intenta ser objetivo y profesional, pero es superior a él, se siente engañado, estafado, se pregunta el porqué de su falta de olfato para distinguir a una farsante criminal desde el principio, siempre había pensado que tenía intuición para discernir a las malas personas de las buenas, pero esta vez su instinto ha fallado; Briana le ha fallado en todos los sentidos.

Suena el teléfono, es el forense, Juanjo lleva más de quince horas muerto y el mensaje que le escribió a Briana es de esa misma mañana; imposible, según los cálculos del forense, el chico pudo morir a eso de las doce de la noche. Aitor empieza a pensar en la posibilidad de haberse equivocado pero la rabia le ciega.

—Jefe, yo no pienso que ella lo haya matado.

—López, el hecho de que ella tenga esa cara de no haber roto un plato no quiere decir que sea inocente.

—Lo siento, jefe, pero esta vez discrepo, tengo un pálpito, además, lo que le acaban de comunicar prueba que alguien envió un mensaje al móvil de Briana por la mañana desde el móvil de ese chico, y el móvil estaba junto al cadáver. El tal Juanjo, no pudo enviárselo ya que a esa hora estaba muerto.

Aitor para el coche y mira a López con rabia.

—Creo que debería ser objetivo antes de cortarle la cabeza a esa pobre chica.

Aitor permanece en silencio y sin mediar palabra arranca el coche y da la vuelta, se dirige a comisaría.

Una vez allí, inspecciona las fotografías, examina el informe de sus

compañeros y las apreciaciones del forense. Toma las fotografías y las clava en el panel de corcho de su despacho.

Lee, mira, da vueltas por la estancia. Coge un rotulador y escribe en la pizarra que utiliza cuando busca respuestas en sus propios garabatos.

Intenta hacer un perfil del posible asesino a duras penas, está tan cabreado con Briana, que solo la ve a ella portando un cuchillo oxidado y mal afilado. Según el informe, el arma con la que el asesino ha seccionado el pene de Juanjo parece ser un cuchillo con esas características. No lo tiene claro, se devana los sesos por intentar ser objetivo y dejar su ataque de cuernos, porque en el fondo, es eso lo que le pasa, se siente engañado, no soporta la idea de que ella se la haya pegado con otro tío. Cree que no debería pensar en eso cuando sobre ella pesa la sospecha de que ha cometido al menos un asesinato que se pueda probar, sin embargo, él la ha acusado de todos los crímenes de las últimas semanas en un arrebato de cólera. De pronto, se siente poco profesional y decide que tiene que empezar por el principio de todo, la clave, esa maldita casa que parece tener vida propia, en cada una de sus florituras, en cada una de las baldosas que cubren su recargado suelo, en cada centímetro de madera tallada, esas paredes parecen respirar, respiran una sustancia negra como el chapapote que todavía no se ha podido determinar qué narices es y que está volviendo locos a los del laboratorio.

Aitor Bravo agarra su cazadora de cuero y sale de su despacho dando un portazo.

—López, acompáñeme.

—Martínez, quiero que me tenga al tanto de lo que vayan informando los de la científica y que me llame en cuanto sepa algo, quiero saber qué demonios es esa sustancia negra de los cojones.

Aitor y López se suben al coche patrulla y se dirigen a Casa Galdiu. Una vez allí, el guardés no quiere dejarles pasar; Aitor lo amenaza con detenerle por obstrucción a la justicia, el guardés le repite algo de una orden, pero Aitor lo ignora, en verdad no quiere escucharlo, finge para sus adentros no entender lo que le está diciendo el hombre. Obliga a Fernando a abrir la puerta de la casa, este sigue insistiendo en que lo que están haciendo no está bien, pero al final la abre.

En el suelo está el sobre que portaba Briana en el momento de su detención, el sobre que le dio Ana Lieza, la carta de su madre muerta. Se da cuenta de que ni siquiera la ha abierto, pues no le ha dado tiempo para ello.

Siente una punzada de mal estar, va a abrir una carta que no va dirigida a él, y que es privada, pero tiene que hacerlo, quizás la carta arroje un poco de luz a toda la oscuridad que se cierne en torno a Briana.

«Morirás a manos de quien crees que te estima, esa será mi venganza, jamás debiste nacer. ¿Te has creído la triste historia de tu madre? Pues yo te voy a abrir los ojos, tu madre era una zorra como tú, nos vemos en el infierno».

Aitor deja caer la carta, siente que por momentos se complica el caso, se pregunta por qué la supuesta madre de Briana ha escrito algo así; se siente extrañamente culpable por unos segundos, pensando incluso que María se puede referir a él con eso de que morirá a manos de quien cree que la estima, no olvidemos que la mujer era una enferma mental. Quizás en su paranoia escribió esa especie de despedida macabra con su personalidad de Juana, pero, ha de haber alguien más, ya que él solo ha procurado el bien para Briana, sí, a veces ha sido tosco con ella, incluso injusto, pero jamás ha deseado mal alguno para ella, más bien al contrario, incluso creyéndola culpable, en lo más hondo de su interior no quería verla sufrir. El dolor, el dolor de sentirse herido le había nublado la mente.

Se estaba dando cuenta de que esa carta tenía que ser una pista crucial, pero no lograba pensar claramente en ese momento. Intentó repasar lo ocurrido durante las últimas semanas; el conocerla a ella, sus momentos, sus encuentros y desencuentros, la gente de su alrededor, sus padres adoptivos, la familia de su madre que ella apenas conoce, sus amigos, a quien quiere como hermanos Cate y Miguel. Aitor siente de pronto un escalofrío que le recorre todo el cuerpo, ¿y si fuera él?

CAPÍTULO 27

Llevo un buen rato llamando a Miguel a gritos, pero no he recibido respuesta por su parte. Quizás le haya pasado algo, Miguel, a veces, es algo patoso y el terreno de fuera de la casa es muy abrupto. Espero que no le haya pasado nada, porque no hallo la manera de salir de aquí y no le voy a poder ayudar.

Sigo gritando y dando golpes a la puerta sin éxito. Al final opto por patearla, lo único que consigo es hacerme daño. Quizás por la ventana pueda salir de aquí, escapar por las ventanas se me da de miedo, a las pruebas me remito.

Intento sin éxito abrirla, pero está atrancada. Localizo un cenicero de alabastro en un pequeño mueble que hay en la habitación. Miguel me matará por cargarme el cristal, sin embargo, no me queda de otra. Consigo romperlo a la primera y con cuidado para no cortarme, salgo al exterior de la casa. No se ve un alma y el coche de Miguel no está. Hace un frío que pela y decido volver al interior. Para mi suerte, la puerta principal no está cerrada con llave, Miguel no debe andar lejos, quizás haya ido a por leña.

Aquí no hay televisión y en parte lo agradezco, puede que a estas horas mi cara esté en todos los informativos. En una mesa de centro hay un portátil. Algo tengo que hacer para no subirme por las paredes aquí en el culo del mundo y como no creo que Miguel se enfade por cotillearle el PC me pongo a ello.

Pongo en marcha el portátil y cuando carga el sistema operativo me encuentro como fondo de escritorio mi foto de perfil de Facebook; este Miguel nunca cambiará. Como buena chafardera que es una, abro la carpeta «mis documentos», esto no está bien, pienso para mí, pero no me puedo resistir y empiezo a abrir carpetas, no encuentro gran cosa, entonces pienso, Miguel seguro que tiene los archivos interesantes en el disco C, así si hay algún problema y tiene que reinstalar el sistema operativo no se le borrará la

información. Abro C y ahí me encuentro una carpeta que tiene mi nombre, que interesante. La curiosidad mató al gato, y esta gatita tiene demasiadas vidas gastadas ya, soy la reina del cotilleo y de las vidas infinitas. Entro en BRIANA y ahí localizo un gran número de carpetas con su fecha, la última es de ayer, hago doble clic en la carpeta, hay dos videos, reproduzco el primero que me encuentro, no tiene muy buena calidad, pero se ve un aparcamiento de coches que me es familiar y mi coche alquilado está ahí aparcado. De pronto, me veo a mí misma acercándome al coche, voy tambaleándome e intento entrar en el vehículo, caigo de rodillas y vomito algo. Hago un conato de ponerme en pie, pero me resbalo y vuelvo a caer. Aparece en el plano un chico que se acerca a mí e intenta ayudarme a levantarme. El chico me tumba en el capó de mi coche. La persona que lleva la cámara se va acercando hacia donde estamos el chico desconocido y yo, se nota, porque la imagen tiembla. De sopetón, el chico mira hacia la cámara y abre los ojos como platos, luego me mira y agarra mis manos, se las mete en su bragueta, yo lo miro como ida, él me besa y vuelve a mirar a cámara. Su expresión es de pavor. Yo miro a cámara también y me quedo petrificada, seguidamente me desmayo.

El cámara misterioso se acerca al chico, este retrocede, el cámara se acerca más, lleva un objeto en la mano, lo siguiente que se ve es algo que salpica a cámara y el chico cae al suelo. La mano del cámara muestra su trofeo, es el pene del chico, lo mete en una bolsa junto al instrumento que ha usado para seccionarlo y lo guarda en una mochila. Deduzco que quien ha grabado esto llevaba una cámara oculta, pues tiene los dos brazos libres para poder actuar, da la sensación que está en una chaqueta, se ve en algunos momentos lo que parece ser una cremallera que tapa parte del plano.

Lo siguiente que se ve es al asesino metiéndome en el maletero de mi coche y al chico intentando arrastrarse por el suelo, segundos después, deja de moverse. El asesino agarra mi bolso y saca mi D.N.I de la cartera, luego lo tira al lado del cadáver del chico.

El asesino se sube a mi coche y enciende un cigarro. La sangre se me hiela cuando veo el mechero que usa para hacerlo. Es un encendedor que Miguel siempre lleva consigo, no puede ser otro, el encendedor es metálico y tiene una calavera en llamas, no hay duda, es el de Miguel.

Dios mío, Miguel es el asesino del tal Juanjo, no puedo creérmelo y encima me ha traído a un sitio aislado que no conozco. Empiezo a darme cuenta de por qué me ha encerrado, él de sobras sabe lo que me gusta trastear

en ordenadores ajenos. Automáticamente, tomo una decisión, tengo que salir de la casa antes de que él vuelva. Pero entonces, caigo en la cuenta de que hay otra carpeta que se llama «GALDIU», no debería quedarme ni un minuto más en este lugar, pero la curiosidad y un escalofrío que me dice que algo va muy mal, recorren mi cuerpo. Abro la carpeta y me encuentro con al menos un centenar de videos, pincho en uno al azar, y no me puedo creer lo que veo, soy yo en la ducha, abro otro y me veo a mí misma durmiendo. No es una cámara fija esta vez, alguien está grabándome mientras duermo, se acerca cada vez más, no es un zoom, se está acercando, oigo la respiración acelerada del cámara, luego dirige el objetivo hacia la ventana y empieza a andar hacia ella, la imagen da tumbos, se ve una mano que abre la ventana, era él, era él desde un principio quien dejaba abierta la ventana de par en par cada noche.

Estoy en estado de shock, Miguel es mi amigo, ¿o no?, tengo que pensar rápido, esta es la prueba fehaciente de que yo no he hecho nada, un amigo no traiciona a otro, mucho menos lo entrega a la policía, pero en esta ocasión eso es lo de menos, porque mi supuesto amigo es un psicópata que me quiere echar a mí el muerto encima no sé por qué oscura razón. No me lo pienso más y cojo una mochila negra que hay justo al lado del sofá, meto el portátil dentro y salgo de la casa sin mirar atrás.

Corro por el bosque, ha oscurecido y no veo bien, me estoy arañando con las ramas que encuentro a mi paso, pero me da igual, necesito encontrar la carretera, tengo que pedir ayuda. Oigo el sonido de una moto cerca de mí, miro hacia atrás y me tropiezo, pero no me caigo, más me vale que eso no pase. Vuelvo a mirar y distingo unas luces que se van acercando. Quizás lo mejor sea esconderme, sin embargo, el instinto me hace correr y correr. Hay un tronco atravesado en el suelo, lo salto con tan mala suerte que me engancho un cordón de las zapatillas en una pequeña ramita y ahora sí, como si se tratase del asesino de *Scream*, me caigo de bruces al suelo embarrado por la lluvia de hace un rato. Me he hecho un corte en la rodilla, pero no me puedo permitir pararme a mirarlo, me levanto y a duras penas sigo corriendo. La moto me va a alcanzar, está demasiado cerca, cambio de dirección, se lo tengo que poner difícil, pero no conozco el sitio y voy perdida, de repente no oigo la moto ni veo la luz. Me paro para coger aire, un segundo, dos, tengo que seguir, creo que lo he despistado, no obstante, me parece muy raro que mi perseguidor haya desistido así, tan rápido y que la moto ya no esté en marcha me da muy mala espina. Sigo corriendo, hasta que siento un fuerte

golpe en la espalda y me caigo al suelo. El misterioso motorista se precipita sobre mí; tiene mucha fuerza, intento zafarme de su terrible abrazo, pero me falta el aliento. Pataleo con todas mis fuerzas y consigo soltar un brazo; aunque de poco me sirve, si alcanzara una piedra y se la estampara en la cabeza poco podría hacer, lleva un casco integral. El motorista vuelve a agarrarme el brazo y en un descuido deja libre mis piernas, no me queda de otra y le meto un rodillazo en todas sus partes nobles, el tipo se retuerce en el suelo y aprovecho para agarrar una rama en forma de bate que tiene todas las papeletas para ser la causante del agudo dolor de mi espalda. Le asesto varios golpes con el rústico e improvisado bate de beisbol, a mí quien me la hace me la paga. El motorista aúlla de dolor, pero no pronuncia ni una sola palabra, ni siquiera para insultarme. No suelto el bate, este se viene conmigo, lo tengo muy claro, me da muchísima rabia que en las películas la pedorra de turno suelte el arma que la puede salvar, por lo que salgo despavorida a lo Briana-Rambo campo a través. A pocos metros localizo la moto, y no me lo pienso, hace muchos años que no conduzco una, pero me subo a ella de un salto, arranco y conduzco con gran pericia buscando la carretera. De algo tiene que servirme ser una calamidad sobre ruedas.

Cuando consigo saber dónde estoy, busco el desvío hacia La Costa. Tengo que llevarle el portátil a Aitor, con el cabreo que llevo soy capaz de tirárselo en la cabeza y dejarlo inservible. Ya es de noche, estoy agotada, dolorida y muy pero que muy decepcionada; Miguel, mi amigo de la infancia, alguien que siempre estuvo cuando lo necesité. Miguel, el bruto; el gran cocinero, mi confidente, alguien que me ha visto muchas veces caer y que siempre ha estado ahí para tenderme una mano, es demasiado para mí, no puede ser él, es imposible.

CAPÍTULO 28

El hecho de que Aitor haya pensado en Miguel solo ha sido un palpito, una especie de corazonada sin base alguna. Vale que el tipo tenga algo raro que él no sabe explicar, pero cuando lo conoció no le gustó, es como si tras esa apariencia de «paso de todo, no me compliquéis» se escondiera algo más profundo, algo subyacente. Descarta la idea de inmediato, sabe que Miguel está secretamente enamorado de Briana, esas cosas se notan; por ello, le parece extraño que alguien —supuestamente enamorado— se dedique a hacer daño a la persona amada.

Vuelve a pensar en la nota que le había dejado «Juana» a Briana, del todo espeluznante y opuesto totalmente a todo lo que Ana Lieza había relatado ese mismo día. Se devana los sesos en entender todo lo acaecido en las últimas semanas, la muerte del guardés, el intento de envenenamiento de Briana, cuando todas las sospechas estaban enfocadas a Tina Lupei, esta desaparece y aparece muerta con su verdadera identidad, María Galdiu; supuestamente fallecida mucho tiempo atrás y resucitada de entre los muertos, para ser hallada en una nave del extrarradio, en un charco de una sustancia negra pegajosa que a sus compañeros de científica los trae por el camino de la amargura, porque desconocen su composición, simplemente no existe nada parecido; y finalmente, el asesinato —supuestamente a manos de Briana—, de ese chico con el que ella ha tenido algo más que palabras. Cómo hacer encajar las piezas de este puzle, es algo que le hace poner en duda sus capacidades como policía. Siempre había tenido una imagen aceptable de sí mismo como profesional, y se consideraba simplemente aceptable a sabiendas de todas las veces que había resuelto casos de lo más variopinto. Allí, donde había un enigma, Aitor Bravo sin casi pestañear lograba desentrañarlo, siempre fue así, hasta que un mal día, un degenerado violó y mató a su mujer. Aitor se volvió loco y no paró hasta dar con el malhechor.

Cuando lo tuvo delante, le metió la pistola en la boca, un segundo, dos,

tres. Alguien lo paró, alguien o algo; una voz que provenía de su interior le dijo, «no lo hagas, no merece la pena, si acabas ahora con su vida se irá de rositas. Que cumpla condena, que sepa lo que es un violador en la cárcel». No pudo matarlo, y se llevaron detenido al asesino de su mujer. A Aitor no le pasó nada, solo hubo un testigo; su compañero Fede, y lo encubrió. Nunca llegó a celebrarse el juicio, el violador entró en prisión preventiva y tres días después apareció muerto en su celda en circunstancias desconocidas, no pudieron determinar la causa de su muerte; al igual que ahora nadie puede dar con la composición de la sustancia que parece estar en todas partes desde que conoce a Briana.

Aitor llama a Martínez y le pide que busque todo lo relacionado con sustancias desconocidas en asesinatos producidos en los últimos años. Le indica que no limite la búsqueda a La Costa, que averigüe si ha pasado algo similar en algún otro lugar de la provincia.

Repentinamente, se siente observado, no sabe si es la maldita casa o pura autosugestión, es como si estuviera siendo observado continuamente. Comienza a pasear por el vestíbulo de Casa Galdiu y se dirige a las escaleras, nota una presencia tras de sí; por instinto lleva su mano a la pistola, la desenfunda y gira bruscamente con el corazón a mil por hora. No hay nadie. Un sudor frío recorre su frente, piensa para sí mismo que se está volviendo un paranoico.

Decide salir de la casa, se siente intranquilo, hay tanto silencio que asusta, hay veces que necesitamos el ruido, el movimiento, la televisión encendida, esas pequeñas cosas que te hacen sentir seguro en un lugar, pero el silencio es tan inquietante que hace volar nuestra imaginación, haciéndonos incluso oír crujidos y pequeños ruiditos causados en su mayoría por nuestra propia ansiedad. Justo antes de salir, Aitor dirige la mirada por última vez al vestíbulo de Casa Galdiu. En un pequeño aparador localiza el diario de María Galdiu, piensa que ha sido una torpeza y una falta de profesionalidad entregarle a Briana lo que puede ser una prueba crucial en el caso. Decide llevarse el diario, tiene el presentimiento de que ahí está la clave de todo.

Aitor se sube a su coche, sale de Casa Galdiu dirección a la carretera de La Costa, se dirige al desvío para incorporarse a la misma. Segundos después, Briana sale de la carretera de La Costa, se dirige a su casa.

CAPÍTULO 29

Estoy tan agotada que necesito reponer fuerzas, sé que es una imprudencia por mi parte ir a mi casa, pero no puedo más, pienso rápido, mi cabeza es una especie de olla a presión. En casa tengo bastante efectivo; a estas alturas no puedo utilizar mi tarjeta bancaria, me pillarían al instante. Tampoco puedo usar el Ibiza para huir.

Me dirijo a mi habitación, meto algo de ropa en una bolsa de deporte y cojo dinero que tengo en una caja metálica que hay en mi armario, suerte que siempre he tenido la manía de guardar pequeñas cantidades de dinero en sitios estratégicos. Esta vez, por suerte, tengo una buena cantidad, que me permitirá subsistir un tiempo sin pasar necesidad.

Busco el diario de mi madre, pero ya no está donde lo dejé; ha tenido que ser él, se lo ha llevado. Espero que sirva para aclarar todo este enredo. Miro el vestíbulo de Casa Galdiu, tan majestuoso, tan impresionante que asusta. Tengo la sensación de que nunca volveré a esta casa, hay algo que me invita a despedirme de ella, pero, no hay tiempo que perder, doy media vuelta y salgo de la casa sin mirar atrás.

Decido ir a una pensión en un pequeño pueblo de las afueras, hace muchos años que no voy, tantos como lleva muerto mi primer amor. Hasta hoy no había vuelto a pensar en él, hasta ahora mi mente había permanecido bloqueando recuerdos, dolor, miedo y qué sé yo. Mi interior está enmascarado al igual que mi exterior, pero tengo que ser fuerte, en esa pensión, donde pasé los mejores momentos de mi vida, nadie me pedirá mi identificación. De todas formas, voy indocumentada, mi D.N.I lo tiene Aitor. Y solo espero que los empleados de la pensión no me reconozcan, cosa que no me parece ahora mismo muy probable, estoy del todo irreconocible con esta pinta de indigente.

Entro al cobertizo y localizo un viejo casco integral. También hay una gorra que me guardo en la bolsa de deporte para parecer aún más patética y

que seguro no me reconozca nadie.

Conduzco hacía Berine con la motocicleta de mi agresor, no creo que haya denunciado el robo por la cuenta que le trae, quizás sea más segura que el Ibiza de alquiler. Cuando entro en el pueblo, aun siendo tan tarde, me doy cuenta de que allí el tiempo se ha parado, está todo como lo recordaba.

Dejo la moto en un pequeño aparcamiento para tal fin sin atar, no creo que nadie se la lleve y tampoco tengo nada con qué asegurarla contra los cacos nocturnos.

Entro en la recepción. La calefacción está puesta, cosa que agradezco porque he venido más de la mitad del camino con una lluvia fina y pesada que me ha calado hasta los huesos, mi profesor del colegio siempre decía que eso eran «calabobos», porque solo los bobos pensaban que no se mojarían con cuatro gotas.

La dueña de la pensión me mira desconfiada. La verdad que mi aspecto es deprimente. Llevo la sucia gorra que encontré en el cobertizo de mi casa, y el pelo tan empapado que se me ha pegado a la cara. Le pido habitación para esa noche y, previo pago, me da las llaves. Le pregunto si tiene wifi y me dice que sí. La señora me proporciona la contraseña —que no es otra que el nombre de la pensión—, y me subo a la habitación.

No puedo más y después de darme una ducha me tumbo en la cama, me quedo dormida a los pocos segundos.

CAPÍTULO 30

Llaman a la puerta insistentemente, ella abre con cautela, se lleva las manos a la cabeza y grita indignada cuando lo ve en el suelo cubierto de sangre.

Pide a la chica del servicio que la ayude mientras intenta reanimarlo sin mucho éxito porque él ha perdido completamente la consciencia.

Ambas lo llevan a la cama mientras ella profiere insultos, y promete vengarse de la persona que le ha causado semejante despropósito a su hijo.

CAPÍTULO 31

María estaba muy contenta, era la primera vez que la dejaban asistir a una fiesta de fin de año. Aunque fuese por la tarde y la llevara y trajera a casa el chófer de Casa Galdiu. A ojos de sus padres, María era una buena chica. Siempre había seguido las indicaciones de sus progenitores y había cumplido sus normas a rajatabla. Estaba cansada de ser una niña florero, eso sí. Su madre era muy estricta con ella, en cambio, su padre le consentía hasta el más retorcido de sus caprichos. María estaba con Sonia, la hija de su criada, Micaela, su única «amiga». Le había pedido a sus padres que la dejaran asistir con ella, no es que se llevaran a las mil maravillas, pero sabía que podía confiar en ella, que le guardaría todos sus secretos. Sonia era una chica tímida; era guapa, aunque algo escuálida y no muy sociable. María, en cambio, era una chica alta, morena, increíblemente guapa y con un pelo que era la envidia de todas las chicas del salón de baile esa tarde.

María y Sonia se hallaban en la barra bebiendo unos cócteles sin alcohol. La orquesta tocaba baladas románticas y ellas no bailaban con nadie. María miraba fijamente a una pareja, el chico alto y moreno, la chica rubia y notablemente más baja de estatura que el chico. Sonia se percató enseguida de lo que María pretendía.

—María, que no está solo, hay muchos chicos por aquí, ¿por qué fastidiarle la fiesta a esa pobre chica?

—Sonia, no soy solo yo, él también me está mirando. Te apuesto lo que quieras a que antes de que acabe la noche se me acerca.

—Déjalo, de verdad, no sé por qué siempre tienes que desear lo que no es tuyo.

—Mira, niñata, estás aquí porque me das pena, o sea que no andes fastidiándome.

—Yo creo más bien que estoy aquí porque nadie quiere tu amistad.

—¿Y la tuya sí? —pregunta María con sarcasmo.

—Pues la verdad, es que no tengo muchos amigos, pero los que tengo son sinceros y me aceptan como soy, aquí la que te está haciendo un favor soy yo, no lo olvides. —Después de decir esto, Sonia se dirigió a la terraza. Disfrutó de la vista y de la brisa de la playa de La Costa.

Pensó para sí misma que algún día saldría de esa casa y se libraría de la losa de tener que cargar cada dos por tres con la hija de los jefes de su madre. Si seguía en ese lugar acabaría siendo una sirvienta como Micaela. Tenía claro que quería algo más, que le gustaría estudiar derecho y dedicarse en sus ratos libres a dibujar, su gran pasión.

Suspiró y de pronto oyó tras de sí a dos personas discutir, eran la pareja del salón. La chica le reprochaba al chico que estuviera todo el rato mirando a María. El chico lo negaba todo, y la chica tras darle una bofetada se dirigió al salón para posteriormente perderse entre la multitud.

El chico se apoyó en la barandilla de piedra de la gran terraza y se encendió un cigarro.

Al percatarse de la presencia de Sonia le ofreció uno a ella. Esta lo rechazó educadamente.

—Haces bien en no fumar —le dijo el chico y luego añadió—, se está bien aquí, ahí dentro hay mucho jaleo.

—Pues sí, yo he salido buscando un poco de paz.

—¿Tú estabas con una chica morena con el pelo largo y negro no?

—Sí, he venido con María.

—¡Ah!, se llama María, bonito nombre y bonita chica.

Sonia miró al horizonte e intentó quitarse de encima al desconocido, se sintió molesta, por lo que a sus posteriores preguntas todas sobre María, respondió con monosílabos.

—Me llamo José, pero todos me llaman J.C. ¿Y tú?

—Sonia.

—También es muy bonito.

Sonia puso cara de circunstancias y se excusó diciéndole a José que iba a saludar a unos amigos.

Cuando María vio salir a Sonia de la terraza y divisó el perfil del chico recortando el horizonte se cruzó con ella sin mirarla a la cara y se dirigió a la terraza.

Cuando entró en la terraza fingió caerse al suelo. José corrió a auxiliarla y la cogió en brazos.

—¡Ay!, lo siento, que patosa soy, muchas gracias, te debo una, me llamo... Juana Galdiu.

José pensó para sí que Sonia lo había engañado diciéndole que ella se llamaba María.

—Me han dicho que te llamas María.

—Ah, no, María es mi hermana gemela; yo soy Juana, la gemela divertida, créeme, no te gustaría conocer a mi hermana, es un coñazo.

María se rio buscando la complicidad de José.

José no se llevó muy buena impresión de la chica que acababa de conocer, vio algo raro en ella. Se dio cuenta de que la caída había sido fingida cuando ella sin venir a cuento se paseó alrededor de él contoneándose como si no le hubiera pasado nada.

El chico se disculpó y poniendo la misma excusa que Sonia había puesto unos minutos antes, volvió al salón.

María, sonrió y lo miró fijamente mientras se marchaba, se juró a sí misma que él sería suyo.

Aitor, ha descubierto que el diario que tiene en sus manos no es el de María Galdiu, al menos no completamente. Al principio hay unas páginas que sí parecen haber sido escritas por ella y por su personalidad de Juana. Luego hay muchas páginas que en su día fueron arrancadas, páginas escritas por otra persona, páginas donde una chica llamada Sonia cuenta sus días de adolescencia en Casa Galdiu al lado de la madre de Briana. Aitor, se pregunta qué sentido tiene un diario escrito por dos personas, en principio no lo entiende, luego y tras leer las páginas escritas supuestamente por María se da cuenta, de que están escritas para justificar algo, y ese algo no es más que su doble personalidad, María quiere dar cuenta de una enfermedad. Pero por lo poco que lleva leído de las memorias de Sonia, sospecha que esta, describe a María como una mujer caprichosa y mezquina, que se hace pasar por Juana a cosa hecha. Ahora entiende que alguien arrancara precisamente esas páginas, alguien a quien le interesaba que Briana no supiera la verdad y ese alguien no pudo ser otra persona que la propia María Galdiu.

Aitor no puede parar de leer el diario de Sonia, a cada página que lee se va convenciendo más de que Ana Lieza les ha contado una historia falsa, al menos en gran parte. Toma nota mental de contactar con esa mujer para saber sus verdaderas intenciones.

María averiguó quien era José, quienes eran sus amigos, qué sitios

frecuentaba y lo que más le sirvió, su lugar de trabajo. No le fue muy difícil averiguar que estaba empleado en una pequeña cafetería muy cercana a Casa Galdiu como camarero. Cada tarde, con la excusa de salir a dar una vuelta con Sonia se paseaba por delante del establecimiento, incluso se sentaba en la terraza a tomar un refresco con Sonia y se entretenía observando a José descaradamente.

Sonia no soportaba la situación y continuamente le decía a María que dejara de agobiar al pobre chico.

Una tarde, vio a una chica hablar un momento con José, este le dio dos besos y hablaba con ella como si la conociera de toda la vida. Cuando la chica se despidió de José y pasó por delante de la mesa donde estaban Sonia y María, esta le puso la zancadilla y la chica calló de bruces. José, cansado de las continuas rabietas y tonterías de María la echó de la terraza. Pero ella no tuvo bastante e insultó a José y pidió las hojas de reclamaciones a su jefe. Tiró de amenaza, el «soy la hija de Galdiu», cosa que tenía la suficiente fuerza como para que la gente le bailara el agua. José fue despedido.

María, salió de la cafetería triunfante y sin ni siquiera mirar a Sonia, se fue dirección a su casa. Sonia, estuvo unos minutos más sentada en la terraza, intentaba asimilar lo que María acababa de hacer.

Luego, pagó la cuenta y cuando se dirigía a la salida se topó con José que estaba indignado. Ambos estuvieron dando un paseo en el que José pudo constatar que Sonia sí era una buena persona, al contrario que María, por mucho físico que esta tuviera. José seguía pensando que la chica que acababa de hacer que lo despidieran se llamaba Juana y tenía una hermana gemela llamada María con quien todavía no había conseguido hablar.

—Esta chica está loca, aparece por todas partes, insiste en que yo la deseo y que quiere tener algo conmigo, acaba de conseguir que me despidan y ¿ahora qué le digo yo a mis padres? Los estoy ayudando, ellos no están atravesando un buen momento económico, joder, me está volviendo loco, un día de estos acabaré por olvidar que es una mujer y se llevará un puñetazo.

—No merece la pena, yo creo que lo mejor que puedes hacer es ignorarla, al final, encontrará otro en quien fijar su atención y te dejará en paz —dijo Sonia intentando calmar a José.

—Mira, yo no soy agresivo, pero esta chica me saca de mis casillas, al final la voy a tener que denunciar por acoso, pero, ¿quién me va a creer?, yo solo soy un pringado, encima, ella es la hija de Galdiu, contra eso no puedo

hacer nada, tengo todas las de perder.

José estaba verdaderamente desesperado, los intentos de Sonia por que se calmara resultaban insuficientes, al menos, ella sí era una persona normal con la que se podía desahogar.

—Y la otra gemela, ¿también está como una regadera? —preguntó José con la esperanza que Sonia le dijera que no.

—¿Qué gemela?

—María.

—Esta es María, no hay ninguna gemela y si lo dices porque te ha dicho que se llama Juana, es algo que suele hacer. A decir verdad, no tengo ni idea de por qué lo hace. También suele decir que tiene una hermana gemela, así justifica sus metidas de pata y luego se presenta como la gemela buena. Hay gente que la ha creído, pero la ilusión solo dura unos minutos, la cabra tira al monte y María vuelve a ser la de siempre.

—Dios, la que me ha caído, como esto siga así me voy a tener que ir de La Costa.

José y Sonia a partir de ese día se hicieron amigos y solían quedar de vez en cuando y cada vez con más asiduidad. Sonia, se inventaba planes de lo más aburridos con sus amigos del instituto para que María no quisiera ir con ella. Por suerte, la mayoría de veces lo conseguía.

Sonia y José se volvieron inseparables, y un día, prácticamente sin darse cuenta se estaban besando. Se hicieron novios, al principio todo era increíble, iban al cine, a tomar un refresco, a pasear, los típicos planes de dos adolescentes enamorados.

Un día, María se les presentó hecha una furia.

—Me la vas a pagar zorra asquerosa, tarde o temprano me las vas a pagar, no vas a vivir tranquila y tú, cabrón, ten cuidado por dónde andas, porque yo estoy por todas partes y no sabes de lo que soy capaz.

A partir de ese día, María se volvió cada día más rebelde en su casa. Sus padres estaban preocupados porque hasta la fecha siempre se había portado de manera ejemplar. Ahora se pasaba el día gritando, rompiendo cosas e insultando a Sonia.

Nadie entendía qué le pasaba.

Ignorando las amenazas, José y Sonia formalizaron la relación y este fue presentado en Casa Galdiu como el novio de la hija de Micaela. Como había muy buena relación entre ella y sus jefes, no hubo ningún problema. José se

quedaba incluso a cenar en la casa donde vivía su novia.

Un día que José había venido en su pequeño ciclomotor y se le hizo de noche porque se quedó a cenar, Briana, la madre de María le dijo que se quedara a dormir como solía hacer cuando el tiempo no acompañaba. En Casa Galdiu había muchas habitaciones libres y era una temeridad conducir por la carretera de La Costa que solía inundarse cuando llovía mucho. Briana, le había tomado cariño al chico, que era muy amable y dispuesto siempre a ayudar. José se hacía querer, era alegre, bien educado, algo temerario en la carretera, eso sí. Por esa razón, Briana, le solía reprender en más de una ocasión cuando desde la terraza de Casa Galdiu lo veía circular demasiado alocado con su ciclomotor.

Aitor, emergió de su lectura para poner los ojos en blanco, negar con la cabeza y reírse a carcajadas.

«¡Ay Briana!, ya sé de quién has heredado tu peligro al volante».

Volvió a sumergirse en la lectura del diario para quedarse helado unos minutos después.

Briana acompañó al chico a la habitación de invitados. Cuando se quedó solo, este se tumbó boca arriba en la cama gigante y mullida y pensó para sí mismo que algún día él tendría una casa tan grande y bonita como Casa Galdiu.

De pronto, se sintió mareado, todo le empezó a dar vueltas y perdió la noción del espacio y del tiempo.

A la mañana siguiente, se despertó con el cuerpo dolorido. Sentía un dolor palpitante en la cabeza y una quemazón bastante molesta en la espalda. Entró en el cuarto de baño de la habitación y se miró al espejo. No tenía muy buena cara. Se palpó la espalda, y descubrió que tenía heridas. Se las intentó mirar al espejo, era un horror, parecía haber sido azotado o arañado bruscamente. Se sintió mareado y acabó vomitando, su sorpresa fue mayúscula al ver que el retrete estaba lleno de una sustancia negra y pegajosa.

En la mesita de noche había una nota.

«*Ahora eres mío*».

José, estaba confundido, no sabía lo que había pasado, pero no podía ser nada bueno.

Se sintió avergonzado y temeroso de encontrarse a alguien despierto, y con cautela, salió de la casa como pudo.

En el desayuno, María les dijo a sus padres que José y ella se habían hecho novios. No la creyeron, ya, que desde hacía un tiempo fantaseaba con que José quería algo con ella. Era obvio que José no mostraba ni el más mínimo interés en María, a parte, ellos querían que su hija se casara con alguien de su posición. Los Galdiu eran buenas personas, pero aunque su trato era afable y cercano con todas las personas a quienes apreciaban, fuesen de la clase que fuesen, en el fondo querían emparentar con gente de su posición, por ese motivo, se aseguraban que nadie se aprovechara de su hija si los posibles candidatos igualaban de alguna manera su estatus social.

María le dijo a Sonia que José la había seducido y se habían acostado esa misma noche y ahora eran novios.

Sonia intentó no darle importancia, sabía quién era María Galdiu y creía conocer lo suficiente a José para darle su voto de confianza. Aunque en el fondo sintió una punzada de celos, luego descartó la idea de José retozando con María, es más, le parecía demasiado surrealista, sabía de sobra que José la odiaba.

José dejó de frecuentar Casa Galdiu y Sonia no supo nada de él durante al menos dos semanas. Sonia no sabía dónde vivía José, ni siquiera disponía de un número telefónico donde localizarlo. Él conocía toda su vida; conocía a toda la gente de su alrededor, sabía dónde encontrarla y cuando. Sonia se dio cuenta en esos días de que José era un absoluto desconocido para ella. Empezó a tener dudas, algo había tenido que pasar la noche que José se quedó a dormir en la casa y sospechaba que María había tenido mucho que ver. Le resultaba difícil creer la versión que ella le restregaba a todas horas, pero, ya hacía demasiado tiempo que no sabía nada de su novio y se temía lo peor. Tenía que encontrar a José y sin pensárselo mucho se dirigió al bar donde él trabajaba cuando se conocieron.

Allí habló con el encargado, se inventó una historia algo rocambolesca para pedir los datos del chico, o al menos un número telefónico. El hombre se lo puso difícil, se resistió una y otra vez a proporcionarle datos ajenos, al final Sonia se derrumbó y se le escaparon las lágrimas. El encargado al ver la desesperación de la chica, le dio una dirección.

Sonia llamó al timbre, una mujer vestida de negro abrió la puerta, tenía los ojos empapados en lágrimas y muy congestionados. «José tuvo un accidente hace dos semanas por la carretera de La Costa, ha muerto».

Sonia no daba crédito, la mujer la invitó a pasar dentro de la casa, ella no

pudo articular palabra, no pudo llorar, no pudo siquiera dar un paso más, se quedó petrificada, su amor había muerto la mañana siguiente a la fatídica noche que se quedó a dormir en Casa Galdiu, José había muerto y María afirmaba rotundamente que ella se había acostado con él. Sonia no tuvo ni siquiera la oportunidad de darle un último beso, ni la de acudir a su entierro. Un chico alegre y siempre dispuesto a ayudar, un chico que conducía temerariamente, nunca pensó que lo perdería tan pronto, sin ni siquiera haber podido decirle lo mucho que lo quería, sin haberse podido despedir de él. Sin embargo, aquello no quedaría así, no, Sonia se propuso averiguar qué pasó esa noche, y la clave la tenía la mismísima María Galdiu.

—¿Qué le has hecho hija de puta?, ¿qué le has hecho?

Sonia, entró en la habitación de María llorando a lágrima viva, se abalanzó sobre ella y la cogió por el cuello con ambas manos. María forcejeó con ella y se pudo zafar al momento, tenía mucha más fuerza que Sonia y le dio un puñetazo en la cara que la tiró al suelo.

—Lo único que he hecho es hacerlo disfrutar, yo sí que soy una mujer, no como tú, que eres solo una cría escuálida, fíjate, si ya no ha vuelto a venir a verte, porque se ve conmigo desde aquella noche —dijo María en tono despectivo.

—Eres una mentirosa compulsiva, es imposible que te hayas visto con él, y digo que es imposible porque José lleva muerto dos semanas, murió cuando volvía a su casa por la carretera de La Costa, después de haber dormido aquí.

Al escuchar esto, María, abrió los ojos hasta inyectarlos en sangre y se tapó la boca. Gritó y gritó culpando a Sonia.

—¡Tú has matado a J.C., tú lo has arrancado de mi lado, me prefirió a mí y no has podido aguantarlo, tú lo has matado!

María, empujó a Sonia y la tiró al suelo, luego le pegó tal paliza que ésta quedó prácticamente inconsciente. Seguidamente, María tiró su joyero contra el espejo y con un trozo que asemejaba a un cuchillo empezó a cortar todo lo que encontró a su paso, hizo trizas las cortinas, la ropa de su armario, la colcha y las sábanas de su cama.

Por la habitación volaban las plumas de las almohadas que también destrozó. Sonia, intentó salir de la habitación, pero María le dio alcance, la agarró por el pelo y le puso el afilado trozo de cristal en el cuello.

—Como te muevas un milímetro te mato —le susurró.

Briana, entró en ese momento en la habitación y horrorizada intentó

calmar a su hija.

—Suéltala, María, por favor, cariño, suéltala.

—Ha matado a mi amor, mamá, lo ha matado.

—Pues si lo ha matado pagará por ello, pero no así, no destrozándote la vida. —Mintió para salvar la vida de Sonia, su hija estaba fuera de sí.

—¿De verdad, mamá?, ¿la meterán en la cárcel?

—De por vida, cariño, nosotros nos aseguraremos de que no salga jamás.

—No te creo, me estás engañando para que suelte a esta zorra, sé que la quieres más a ella que a mí.

—Eso no es cierto, tú eres mi hija, ella solo una sirvienta, no es nadie.

María soltó a Sonia y esta salió corriendo de la habitación.

—¿Pero, por qué la dejas escapar?, me has engañado, sabía que no podía confiar en ti, no vales nada como madre, ni siquiera vales como mujer, con razón papá tiene una amante que es mucho mejor que tú.

—¡María, basta, suelta eso!, necesitas ayuda, cariño.

—¡Ayuda... ayuda, nadie puede ayudarme, han matado a mi amor!

Y después de decir esto, María empezó a hacerse cortes en los brazos con el trozo de espejo.

Briana, gritó pidiendo ayuda, mientras María se cortaba una y otra vez y se reía estridentemente a carcajadas.

María, fue internada en un psiquiátrico, poco después supo que estaba embarazada y nueve meses después nació Briana.

Incapacitaron a María para cuidar a la niña, se la quitaron nada más nacer porque intentó asfixiarla en cuanto se la pusieron encima. Fue Sonia, y no María, quien cuidó a Briana durante sus primeros años de vida. La persona que Briana recordaba como su madre no era otra que la misma Sonia, la mujer que salía en las fotografías no era María Galdiu, jamás fotografiaron a la madre con su hija, ya, que el único propósito de María era matarla. Cuando Briana tenía tres años aproximadamente, María se escapó del psiquiátrico, lo último que Sonia había escrito sobre ello es que tenía mucho miedo, sabía que María vendría a matar a su niña, porque para Sonia, Briana era como su verdadera hija. La había cuidado con devoción, incluso, dejó sus estudios, se desvivía por la hija de María y de José, su José, que había sido engañado por la peor arpía existente encima de la tierra. Lo supo todo cuando encontró el diario de María, leyó todos los desvaríos de esta y decidió seguir escribiendo para contar la verdad, todos tenían que saber quién era María Galdiu, decían

que era una enferma, que había que compadecerse de ella, sin embargo, Sonia, sabía que era mala, simplemente eso, no había más.

Aitor, no daba crédito a todo lo que había leído en las últimas horas, toda la historia se replanteaba. Lo que estaba claro, era que había una tumba en la que supuestamente estaban los restos de María Galdiu. Pero según María, la que ahí yacía no era otra que Sonia, a la que habían hecho pasar por María y habían dado por desaparecida. O ¿era otra de sus mentiras?

Después de encontrar a María muerta se dio orden de exhumar el cadáver de la supuesta tumba de la madre biológica de Briana. La historia se le antojaba del todo rocambolesca, nada tenía sentido. Briana, fugada, y en paradero desconocido, María Galdiu, muerta por segunda vez y abandonada en un polígono industrial, el guardés, muerto en circunstancias extrañas, ese pobre chico, al que le habían arrancado el pene de una manera brutal, y esa chica, Sonia, tenía que saber más de ella, nadie le hizo justicia, su muerte fue silenciada y su pobre madre murió sin saber qué fue de ella creyéndola desaparecida.

Aitor tiene la certeza de que algo huele a podrido en esa casa, todo el que pasa por allí se vuelve desgraciado, es como si estuviera maldita, como si su lujosa apariencia estuviera empañada con la sangre de todos los que han tenido que ver con ella y han muerto o desaparecido en circunstancias de lo más variopintas.

CAPÍTULO 32

Me despierto confundida, sin saber muy bien dónde estoy, miro a mi alrededor y me doy cuenta de que estoy en la pensión. He dormido muchas horas e intento recapitular todo lo ocurrido ayer. Los días se han tornado largos y no soy consciente de lo poco que falta para las fiestas navideñas hasta que oigo una suave música que parece ser un villancico y proviene del vestíbulo de la pensión.

Necesito ponerme en contacto con Aitor Bravo, pero tengo miedo de que no me crea y me detenga otra vez, yo no he hecho nada y ahora lo tengo claro. Sé que no soy una asesina ni una loca peligrosa, solo soy una chica normal, y no entiendo por qué Aitor no lo ve. De acuerdo, que en los últimos días han pasado cosas demasiado surrealistas y entiendo que haya sospechado de mí, sobre todo cuando han intentado inculparme, pero podría haberme dado un voto de confianza.

No sé qué hacer, y después de pensarlo largo y tendido, decido llamar a Cate, aunque, con toda probabilidad, esté vigilada y si me vuelvo muy paranoica incluso se me ocurre pensar que puede tener el teléfono pinchado.

Pongo en marcha el ordenador de Miguel, debería repasar todos los videos que hay en el disco duro, pero me temo lo peor y prefiero que sea la policía quien lo revise todo. Aunque la curiosidad me mata, prefiero estarme quietecita, al menos de momento, estoy demasiado aturdida para llevarme más disgustos. Me sugestiono más y decido buscar un programa para cambiar la IP antes de navegar por la red. No sé si eso ayudará mucho, pero es lo único que se me ocurre.

Escribo a Cate desde una nueva cuenta de correo que me creo con un nombre falso. Probablemente el e-mail le irá a la bandeja de correo no deseado y ella no es muy asidua a revisarla, sin embargo no puedo hacer otra cosa. Escribo un texto escueto, pero lo suficientemente entendible para mi amiga.

«Disfrute de una estancia de ensueño cerca de su casa, escapadas románticas a Berine, no dejen de visitarnos, les esperamos. Ana Bri Sos».

Espero que se dé cuenta de que lo que estoy pidiendo en verdad es ayuda y que esto no es spam. Me la he jugado poniendo mi nombre al revés y haciendo parecer ese S.O.S como un apellido, pero es que si no Cate no se percatará de mis intenciones. Sé que cuando lea lo de Berine lo asociará en seguida conmigo, quiero ser optimista.

Si Cate viniera, podría darle mi mensaje a Aitor, lo malo es que la estoy poniendo a ella en peligro, a menos que la carta que le voy a escribir a él sea lo más convincente posible para que no se le ocurra detener a Cate y venir a buscarme hasta con los perros.

Busco en el cajón de la mesita y hallo un cuaderno de notas tamaño cuartilla y un bolígrafo; empiezo a escribir sin pensármelo mucho.

Hola Aitor,

Necesito hablar contigo urgentemente, es importante que me asegures que no me vas a detener, ya que tengo cierto material que prueba que yo no maté a ese pobre chico. Aitor, han intentado agredirme y creo que mi amigo Miguel por mucho que me duela admitirlo está metido en algo muy turbio. Por favor, no tomes represalias contra Cate, ella es mi mejor amiga y nunca me dejaría sola ante semejante problema. Cate te dirá dónde encontrarme esta tarde a las seis. Ven solo. Briana.

Con esto ya me la he jugado del todo, pero algo tengo que hacer, no puedo quedarme aquí esperando que pase la tempestad, lo que he visto en este ordenador da escalofríos.

La curiosidad de nuevo me mata y rebusco a ver qué más encuentro en este cacharro infernal. Entro en una carpeta con las iniciales MG y dentro descubro más videos. Pincho en el primero que encuentro y lo que veo me deja atónita. Mi madre se hace cortes en el antebrazo y sonrío lascivamente a la cámara, luego le hace señales a la persona que está grabando para que se acerque. El cámara hace caso omiso y mi madre se ríe como si fuese una bruja, sus carcajadas son tan terroríficamente estridentes que se me eriza la piel. Luego para de reírse en seco y lo próximo que hace es lamerse las heridas, joder, está chupando su propia sangre, pero no como cuando yo era una cría y tenía por manía chuparme la sangre de la heridita de turno. Esto no es una triste herida del tres al cuarto, es un corte del que mana mucha sangre y mi madre parece disfrutar ingiriéndola. Me dan arcadas y cierro el portátil

bruscamente. No estoy preparada para ver esto, no obstante, estoy segura de que mucho del material que hay aquí puede esclarecer todo lo ocurrido en las últimas semanas. A veces, me pregunto ¿para qué me meto en camisas de once varas y no le dejo el trabajo a la policía?, pero es superior a mí, soy una curiosa enfermiza.

Decido dejar los videos y buscar algo más light, como documentación o fotografías. Lo único que encuentro son los planos de mi casa y un documento que se llama Sonia y en el que solo consta una dirección de La Capital.

Reviso la bandeja de entrada por enésima vez y veo que hay un e-mail de Cate.

«Quiero confirmar reserva en la pensión de Berine, ¿qué habitación pueden facilitarme?»

Dios, Cate ha entendido mi mensaje a la primera, se me cae una lagrimilla de la emoción. Le contesto enseguida.

«Habitación 3 magníficas vistas, les esperamos».

A los cinco minutos que se me hacen eternos Cate me escribe otro e-mail.

«Iré acompañada de un amigo ¿será posible reservar dos habitaciones?»

Mierda se lo va a decir a Miguel si es que no lo ha hecho ya.

«No será posible, imposible, ¿está él contigo?»

Ya me da igual todo, no puede venir con Miguel.

«Estoy hablando con él en este mismo momento, me ha dicho que viene ahora a buscarme».

Dios, esto se pone feo, el corazón me va a mil por hora.

«Cate, no; tienes que salir ahora mismo de tu casa, Miguel no puede acompañarte, es peligroso créeme, te lo contaré todo cuando nos veamos, ahora no hay tiempo, ¿le has dicho dónde estoy?»

Por favor que diga que no, que diga que no...

«No me ha dado tiempo, ha sido él quien me ha llamado preocupado por ti, dice que piensa que te ha pasado algo, le he dicho que me habías escrito un e-mail y que iba a ir a verte. Me ha contestado que pasa a buscarme, en diez minutos dice que estará aquí».

Aún hay esperanza si ella se da prisa.

«Cate, sal de casa, no cojas tu coche, aléjate todo lo que puedas andando y pide un taxi, vete a comisaría y habla con Aitor, no hace falta que vengas aquí, dile que tengo un ordenador con las pruebas de que Miguel es quien

asesinó al tal Juanjo, dile dónde estoy y que necesito que venga lo más pronto posible, sospecho que Miguel a estas horas debe saber mi paradero, tengo su ordenador y no me extrañaría nada que pudiera conectarse remotamente, por lo que puede estar viendo hasta este e-mail, ¡corre!»

Lo sé, la he cagado monumentalmente, le he dado hasta mi habitación, ¿cómo no se me había ocurrido antes? , me parece mucha coincidencia que haya llamado a Cate justo después de que ella me haya contestado, encima ahora sabe dónde se dirige, a menos que esté conduciendo y no haya visto todavía todo esto. Tengo que salir de aquí, y más me vale apagar este cacharro, sí, eso haré, creo que si lo apago no podrá ver nada.

CAPÍTULO 33

Cate, cierra la puerta de su apartamento, en ese momento llaman al portero automático, el corazón le va a mil por hora y lo único que se le ocurre, es bajar dos pisos y esconderse en el trastero, hay uno en cada rellano y siempre están abiertos, por suerte. Como Cate no contesta, Miguel llama a otro piso y le abren al momento. Cate permanece en silencio esperando que Miguel suba a su piso. Oye como él sube peldaño a peldaño lentamente hasta el primer piso, abre el trastero y Cate empieza a hiperventilar, como no ve nada, sube al segundo piso que es donde está ella escondida. La va a descubrir y no hay solución, Cate se siente desfallecer. Miguel abre el trastero y se escucha el chirriar de la puerta, está oscuro y por suerte para Cate no hay luz, el trastero parece estar vacío, Miguel mira a ambos lados y finalmente cierra la puerta. Cate está escondida detrás de una bicicleta que encontró tapada con una manta oscura. Sin pensárselo, se echó la manta por encima y se hizo un ovillo detrás de la bicicleta, pensó en todo momento que no colaría, pero por suerte, él no la vio.

Miguel llama al timbre cuando llega a la puerta del apartamento de Cate, nadie le contesta. En ese momento sale la vecina cotilla de turno y le dice a Miguel que «la chica de al lado ha salido hace unos minutos, creo que se dirigía al parking, si te das prisa puede que la pilles todavía».

Cate, da gracias por tener una vecina tan cotilla, siempre la odió, pero en este momento le acaba de salvar la vida.

Miguel, se sube en el ascensor y baja al parking. En ese momento, Cate baja corriendo por las escaleras y sale a la calle, por suerte, viste con ropa cómoda y lleva unas zapatillas que le permiten alejarse rápidamente del edificio. Cuando ha alcanzado una distancia prudencial, se esconde debajo de unos porches y llama a un taxi que tarda en llegar lo que a Cate le parece una eternidad. Una vez sentada en el coche, el taxista pasa de nuevo por delante de su edificio. Cate, ve a Miguel nervioso hablando por teléfono y

moviéndose de un lado a otro gesticulando enérgicamente con la mano que tiene libre y se siente aliviada.

—Hola, necesito hablar con el inspector Bravo.

—En este momento está reunido, siéntese en la sala de espera y la llamaremos en cuanto esté libre.

—No puedo esperar, esto es de vital importancia, es urgente, muy urgente, por favor, dígame que soy Cate, la amiga de Briana.

Al oír el nombre de Briana, López, se dirige al despacho del comisario.

—Perdone, señor, pero tengo que comentarle al inspector Bravo un tema importante.

—¡En este momento no hay nada más importante que esta reunión, será posible, estoy fuera dos semanas, únicamente dos semanas y esto es un puñetero desastre! La asesina de Casa Galdiu, se os fuga, nadie sabe qué cojones es ese puto líquido negro, arrancan la polla a un pobre chico, y tengo que enterarme por la televisión, ¿a nadie se le ha ocurrido llamarme? Y para colmo, tenemos una muerta que ya estaba muerta y ahora quieres exhumar el cadáver, solo me das problemas, Bravo.

El comisario se fue de vacaciones dejando al mando a Aitor, todos en la comisaría están acostumbrados a que vuelva con mal carácter y quejándose por todo, se rumorea que tiene problemas con su mujer y lo paga con todo bicho viviente.

—Señor, es importante, se trata de su abuela.

Al comisario no le queda otra que claudicar y le indica a Aitor que vaya a atender la llamada.

—Jefe, no le ha llamado su abuela, ha venido a verle Cate, la amiga de Briana, dice que es muy urgente y ha insistido en verle.

Aitor, abre los ojos como platos, pero no dice nada, se dirige a donde está Cate y la saluda con desconfianza.

Ambos se dirigen al despacho de Aitor y este cierra con llave y baja las lamas de la veneciana.

—Tú dirás, ¿qué es eso tan urgente?

—Aitor, Briana se ha puesto en contacto conmigo, habíamos quedado y yo tendría que estar con ella en este momento. Sin embargo, ha ocurrido algo. Briana me ha dicho que tiene pruebas de que nuestro amigo Miguel es el asesino del chico. —Cate dice todo esto entre gemidos y con los ojos llenos

de lágrimas.

—¿Miguel?

A Aitor le pasa por la cabeza el momento en el que pensó que él podía tener algo que ver con lo que estaba pasando, no tenía pruebas, ni ningún indicio que le llevara a pensar en él como presunto asesino, tampoco llegó a pensar eso, no obstante, lo que está claro, es que tuvo una corazonada que luego descartó por descabellada.

—Yo no sé nada más, solo que está en Berine y que puede estar en peligro. Ella tiene el ordenador de Miguel y piensa que él se puede estar conectando remotamente. Si fuese así, en este momento sabría su paradero, y probablemente haya ido a por ella.

—Vamos, no hay tiempo que perder, espera un momento en la salida, para todos en esta comisaría eres mi prima, ¿me entiendes?, tengo que tener una coartada para salir de aquí sin que sepan que voy a buscar a Briana, el comisario está que trina y mandaría a todas las unidades posibles a por ella. Voy a tener que llamar a mi abuela para avisarla de que la he puesto enferma otra vez, bufff...

A los dos minutos, Aitor sale de comisaría y le hace un gesto a Cate para que lo acompañe.

Ambos se suben en el coche camuflado que suele llevar Aitor y se dirigen a Berine a toda pastilla.

—Aitor, tienes que escuchar a Briana, todo eso que está saliendo en televisión es mentira, ella es una buena chica, no mataría a una mosca, la conozco desde que era muy pequeña.

—Había pruebas que la incriminaban.

—Para mí pueden haber mil pruebas, pero nunca pensaría que ella es culpable, lo sé, lo siento, ella no tiene nada que ver con todo esto, es solo una víctima.

Aitor, asiente sin apartar la vista de la carretera y luego le pregunta.

—Y por Miguel, ¿pones las manos en el fuego?

Cate no puede contestarle, las lágrimas y la angustia no la dejan hacerlo.

Cuando llegan a la pensión de Berine, Briana, ya no está y su habitación ha sido saqueada. La dueña de la pensión está hecha un manojo de nervios y les cuenta que la chica se fue hace menos de una hora, que había pagado la estancia por adelantado y no se despidió. Que subieron a limpiar la habitación y la dejaron en orden. Y que hacía diez minutos que alguien había visto salir

a un hombre bien parecido, pero muy nervioso de la misma. Incluso empujó a la camarera, que al oír ruidos en la habitación se había acercado a ver qué pasaba.

—Briana se pondrá en contacto conmigo, no creo que lo haga desde el ordenador de Miguel, probablemente esté en el ciber ahora mismo.

—¿Dónde está?

—En la parte alta del pueblo, tenemos que ir andando, probablemente Miguel haya pensado lo mismo que yo, conoce muy bien a Briana.

—Andando... va a ser que no. Sube al coche.

Aitor conecta la sirena que ha sacado previamente por la ventanilla del vehículo.

—No le van a negar la entrada al pueblo a un coche de la policía.

A Cate no le parece muy buena idea, las calles de Berine son estrechas y el suelo es de piedra, pero, decide dejarlo en manos de Aitor, que serpentea con el coche por las calles difíciles del pueblo con gran pericia.

—¡Allí está, para Aitor! —exclama Cate.

Ambos salen del coche y corren hacia la puerta del cibercafé.

Cuando entran al local, ven a unos chicos aterrorizados, al parecer, un desconocido ha entrado empuñando un arma y se ha llevado a una chica.

—Mierda —masculla Aitor.

Cate, no puede parar de llorar.

—Todo ha sido culpa mía, yo no sabía nada y le he dicho a Miguel que me acompañara a buscar a Briana.

—Tú no tienes la culpa, tú misma lo has dicho, desconocías quién era tu amigo.

Aitor, pregunta a los chicos si habían visto por dónde se habían ido.

Los chicos señalan la iglesia. Uno de ellos sale del local y le dice a Aitor que la chica se ha dejado la mochila que llevaba.

Aitor, abre la mochila y ve en su interior un portátil.

—Entra en el ciber, Cate, que cierren con llave y quédate con la mochila de Briana.

Aitor, se dirige a toda prisa a la iglesia pistola en mano. Cuando abre el portón ve a Briana arrodillada delante del altar y a Miguel apuntándola con una pistola en la nuca.

—¡Que me digas dónde está el portátil! —grita Miguel.

—¡No te lo diré nunca, cabrón, lo sé todo, sé que fuiste tú quien mató a

ese pobre chico e hiciste que yo pareciera la culpable!

—Pobre Briana, poniéndole los cuernos a su chulo con un donnadie que conoció una noche de borrachera, das asco, ¿lo sabes? —dice Miguel con voz áspera y en tono de burla a la vez que despectivo.

—He visto el video, y a estas horas ya estará en manos de la policía, vendrán a por ti y te pasarás el resto de tu vida donde te toca.

—Siempre igual, siempre la misma historia, Briana, tú encuentras un chulo, te enredas con él, y luego tengo que ser yo el que limpie tu mierda.

—No sé a qué te refieres.

—Va Briana, no te hagas la inocente, sabes de sobra que lo de tu amiguito el Cerilla no fue un accidente.

—¿De qué cojones estás hablando?

—De verdad, no me puedo creer que seas tan ingenua. Lo hice por ti, porque te quería y tú no hacías más que fijarte en quien no te convenía, ¿te haces una idea de lo que es que te pongan en la zona de amigo del alma?, me contabas todas tus miserias, todas tus conquistas, venías llorando cuando alguien te hacía daño, yo solo he hecho siempre lo que tenía que hacer.

—¡Fuiste tú, tú lo mataste!

—Bingo, pensaba que tus neuronas se habían atrofiado, porque hay que ser muy tonta para ser la mejor amiga de tu peor enemigo, tú me dabas todas las claves, yo solo ejecutaba, eres tan culpable como yo.

Briana está horrorizada, dos lágrimas corren por sus mejillas, entonces se acuerda de la noche en que le comunicaron que él había muerto, esa noche, Miguel la visitó, decía que se había enterado por las noticias de su muerte, sin embargo, hasta el día siguiente no se hicieron eco los medios de comunicación, no podía saberlo, ella lo sabía directamente por la madre del Cerilla. Se acordó entonces del día que ella y Miguel se conocieron, él la llamó por su nombre sin conocerla de nada. Durante toda su vida había visto como Miguel sabía cosas antes que nadie, cada vez que le ocurría una desgracia, allí estaba él antes que los demás y parecía que lo sabía todo sin que nadie le hubiera contado nada. Briana pensaba que Miguel tenía un don especial, pero ahora se daba cuenta de que todo, absolutamente todo, formaba parte de un plan macabro, una manipulación infernal por parte de un loco.

—¿Soy poco para ti, verdad?, prefieres a ese gilipollas sin sustancia, ese palurdo del Aitor Bravo de los cojones.

—Al menos no es un loco ni un asesino como tú, y no ha manipulado

toda mi vida haciéndose pasar por mi amigo.

—No sabes hasta qué punto he disfrutado, eres tan manejable Briana, tan inocente, que nunca te has enterado de nada, ¿te acuerdas de todos tus trabajos frustrados?, de todas las veces que te despedían sin darte ninguna explicación, y cuando me decías que parecía que estabas gafada. No sabes cómo me tronchaba de la risa mientras llorabas en mi hombro.

—Para ya, no quiero saber nada más, está claro que eres un mal bicho, y te has reído de mí de la peor manera. Si vas a matarme hazlo ya, prefiero eso, a seguir oyendo toda esta mierda.

«Briana deja de provocarlo, que este no va de farol».

Piensa Aitor para sí, mientras se va acercando sigilosamente a Miguel. Le tiembla todo el cuerpo, no es la primera vez que se ha visto en una situación parecida, el tener que reducir a un loco siempre es una ardua tarea. Pero la que está arrodillada en el suelo es la mujer a la que él ama y no quiere perderla, no soportaría perder a su amor otra vez.

Miguel, siente en la nuca el frío acero y se queda paralizado.

—Suelta el arma, Miguel, no tienes nada más que hacer, todas las salidas están plagadas de policías y si disparas te meteré un tiro sin miramientos —
miente.

—Vaya, el chulo.

—Suelta el arma o te juro por mi vida que disparo.

—¿Tanto te importa la putita?

—Por tercera y última vez, tira el arma y levanta las manos.

Miguel se ríe, no parece tener intenciones de tirar el arma. Sin embargo, al final cede, tira la pistola, levanta los brazos y Aitor saca las esposas. Cuando tiene una mano esposada, Miguel gira bruscamente sobre sí mismo y le da un cabezazo a Aitor. Seguidamente, lo empuja y este cae al suelo. Miguel, es físicamente mucho más fuerte que Aitor, pero este es más rápido en sus movimientos. Los dos, se enzarzan en una pelea y Miguel consigue zafarse y escapar de la iglesia, Aitor lo sigue pero Miguel consigue despistarlo.

Aitor vuelve a la iglesia a buscar a Briana, ella lo abraza y se besan.

—Lo siento —se disculpa Aitor.

—Yo también, no todos los días te enteras de que tu mejor amigo es tu peor pesadilla —confiesa Briana entre gemidos.

Aitor, Cate y Briana, vuelven a La Costa, durante el trayecto, Aitor

realiza varias llamadas, pide el nombre completo de Miguel a las chicas y le dice a Martínez que lo compruebe a ver si tiene antecedentes, luego, le pide que le pase al comisario. Después de discutir con él durante unos instantes, consigue explicarle lo que ha ocurrido y le pide que ponga en busca y captura a Miguel. Unos minutos después, Martínez llama a Aitor y le dice que no encuentra a nadie con ese nombre, que ha hallado dos coincidencias pero uno es un hombre mayor y el otro un chico mucho más joven que Miguel. Cate, le da la dirección y el teléfono móvil de Miguel para ver si así pueden encontrar algo, pero cuando están llegando a La Costa, Martínez les informa que el apartamento no es propiedad de ningún Miguel, que el propietario es una empresa.

—Jefe, no se lo va a creer, el apartamento pertenece a Grupo Galdiu, S.A.

Briana oye todo lo que Martínez le está diciendo a Aitor por el manos libres, y no da crédito, mira a Cate y niega con la cabeza, ésta la abraza y le acaricia el pelo.

—¿Tenéis alguna fotografía de Miguel? —pregunta Aitor.

—No le gusta que le hagan fotos —dicen las dos chicas a la vez.

Briana cada vez tiene más claro que Miguel apareció en su vida con un fin, el de jodérsela hasta el final.

Cate busca por su móvil y exclama.

¡Tengo una, tengo una que le hice de extranjis! Se enfadó mucho y quería borrarla, incluso me cogió el móvil pero no supo desbloquearlo.

—Martínez, te van a pasar una fotografía del tal Miguel por e-mail, difúndela, que se enteren todos los medios de comunicación, quiero ver el jeto de este tío hasta en la taza del váter.

Cate envía la fotografía de Miguel al correo que le ha facilitado Aitor, la suerte está echada, las dos amigas se preguntan «¿quién es Miguel?» una y otra vez, piensan en todos los recuerdos que tienen junto a él y les parece imposible que las haya podido engañar de esa manera tan ruin.

CAPÍTULO 34

—Necesito que me digáis todo lo que sepáis del tal Miguel, todos los datos por absurdos que os parezcan pueden ser importantes para esclarecer quién es ese cabrón —nos dice Aitor a mí y a Cate.

Estamos en comisaría, odio este sitio, sobre todo, porque hace muy poco estuve a punto de quedarme en uno de sus «lujosos» calabozos injustamente.

Cate y yo estamos en el despacho del comisario, este me mira con recelo. Aitor no hace más que pasear de un lado a otro con un rotulador y va apuntando lo que le vamos diciendo en una letra que no creo que ni entienda él mismo.

—¿Qué sabéis de su familia? —nos pregunta Aitor como si estuviera interrogando delincuentes. Odio cuando se pone así.

—Solo sabemos que es nieto de una mujer cascarrabias que se llama Trini y que apenas tiene relación con el resto de los vecinos. Es una mujer de mi barrio —le explico.

—¿Nombre completo de esa tal Trini?

—Lo desconozco, solo sé que vive un par de bloques más abajo que mis padres y creo que es en el número uno y en la misma calle. La planta no la sé segura, pero me parece que vive en un piso alto, un día la vi bailando en su terraza en las fiestas del barrio, la mujer siempre iba con muletas y cuenta la leyenda que se tiró por la ventana porque se peleó con su hija o algo así, desde entonces está impedida, pero yo juro haberla visto bailando como una descosida. Ahora recuerdo, es en el cuarto piso.

Aitor hace una llamada.

—Martínez, tenemos que salir, prepare el coche.

Martínez no contesta lo que Aitor quiere oír en estos momentos.

—¡Me da igual, el que sea, pero quiero un coche arrancado en el momento que yo baje al aparcamiento!

Odio cuando este tío habla así, puede llegar a ser prepotente el jodido, pongo los ojos en blanco y él me clava la mirada.

—Vosotras no os vayáis, López seguirá tomándoos declaración, cualquier detalle que recordéis puede ayudar, no lo olvidéis.

Mierda, ya nos han dejado otra vez aquí, me irrita cuando los tíos apartan a las mujeres de todo el meollo, yo necesito saber, saber y más saber, ni de coña me voy a quedar haciendo de mujer florero, aún más sabiendo lo que sé.

Cuando llegamos a comisaría estuvimos visionando los videos que tenía Miguel en el portátil, bueno, el video que yo les indiqué, donde se veía el asesinato de Juanjo. En el portátil había mucho material, por lo que unos compañeros de Aitor —no sé si eran informáticos, o qué sé yo, de la policía — se lo agenciaron para ver todo con más tranquilidad, bueno, al menos eso es lo que creo, la verdad, no entiendo mucho del proceder policial.

Lo que tengo claro, es que automáticamente he sido exculpada y se ha filtrado a la prensa la noticia de mi inocencia y la foto de Miguel estará a estas horas en todos los canales de televisión, todas las emisoras de radio y ni que decir tiene de las redes sociales; estarán echando humo. Me duele toda esta situación, me ha decepcionado como nadie lo había hecho, era mi amigo, mi confidente, mi ejemplo a seguir y ha resultado ser mi peor enemigo. Literalmente, he estado toda mi vida al calor de mi enemigo, en su punto de mira, acercándome inocentemente, pensando que jamás me iban a disparar, pero lo han hecho, y tan fuerte que duele.

Cate, siente lo mismo que yo, no deja de llorar y de negar con la cabeza mientras dice una y otra vez, «cabrón».

Cuando el comisario nos dice que ya nos podemos ir, que le digamos dónde estaremos para que manden vigilancia, yo tengo una idea disparatada de las mías pero decido estarme quietecita, ya he tenido bastante por hoy, al fin y al cabo, hace un rato me estaban encañonando y pensaba que no lo iba a contar.

Como por fin, ya puedo utilizar mis tarjetas, Cate y yo decidimos hospedarnos en un hotel, se lo comentamos al comisario y él nos sugiere el Hotel Riviera, que según él, es el más indicado para poder montar vigilancia. Me quedo mirando al hombre con cara de póker, nos acaba de sugerir uno de los hoteles más caros de la zona, pero, sinceramente, me da igual, yo solo necesito un buen baño y una cama decente, lo demás, esta noche tanto me da.

Nos llevan al hotel en un coche patrulla como el de Aitor, vamos, un coche camuflado de esos que parecen normales y a la mínima de cambio les salen lucecitas azules por todas partes.

Cuando llegamos a la habitación, entiendo lo de que el Riviera es el más adecuado para nuestra seguridad. Nos llevan a una suite de infarto, en una

planta en la que solo hay otra habitación además de la nuestra, en ella estarán los policías. A parte, el comisario nos informa que en todo momento habrá un compañero vigilando nuestra puerta, para que nadie intente acceder a nuestra habitación a hurtadillas.

Al parecer, el comisario es hermano del director del hotel y como tienen libres esas dos habitaciones habitualmente por ser demasiado caras, las suelen utilizar para casos especiales como el nuestro. Solo tendré que pagar la estancia de una noche en una habitación de las normalitas, en otra ocasión hubiera saltado, brincado, hecho piruetas y le hubiera hecho la ola al comisario, hoy, como si me quieren pegar un palo y dejarme la tarjeta seca, es un día triste.

Cate y yo no nos reconocemos, ignoramos al jacuzzi, a la barra de bar de lujo, al gran ventanal desde el que se ve prácticamente toda La Costa, nos prometemos mutuamente que volveremos al Riviera cuando salgamos de todo este entuerto.

Después de hablar durante horas, llorar y sentirnos un par de mocos andantes, nos quedamos dormidas, descansar ahora será nuestra mejor medicina para el cuerpo, la mente y el alma.

Siento una presencia, no veo a nadie pero puedo sentirlo, me está mirando fijamente, lo noto. Abro los ojos y veo su cara, es como si se tratase de un holograma, me asusto tanto que intento gritar pero no puedo. Quiero moverme, avisar a Cate, pero el cuerpo no me responde. El pánico se apodera de mí y trato de gritar con todas mis fuerzas, sin embargo, mis cuerdas vocales no emiten sonido alguno. Intento mover mis manos, quiero decirle a mi amiga que estoy en peligro.

—¡Briana, ¿qué te pasa?!

Me despierto empapada en sudor, Cate está a mi lado mirándome con cara de preocupación.

—Otra vez tu parálisis del sueño, tranquila, ya ha pasado —intenta tranquilizarme Cate.

—Es horrible —sollozo.

—Te comprendo, me ha pasado alguna vez y es una experiencia muy desagradable, a ti te pasa habitualmente, cada vez que me he quedado a dormir contigo te has despertado llorando, deberías ir al médico.

—Debería, sí.

Siempre digo lo mismo pero nunca me he atrevido a contarle al médico lo que me pasa casi todas las noches. La verdad, que es preocupante que a mi edad tenga terrores nocturnos como los niños y estos episodios tan terroríficos, en los que veo y oigo cosas que en realidad no existen, o sí, porque muchas veces he llegado a poner en tela de juicio la explicación científica para darle una oportunidad a la mística; luego, siempre acabo descartando mis ideas paranormales de que pueda haber algún espíritu atormentándome, aunque, en vista de los acontecimientos de los últimos días no me extrañaría nada.

Quiero pensar que todo esto pasará y aunque no creo que en el futuro me esté riendo al contarle, espero que todo llegue a buen puerto y se puedan desentrañar los misterios que hay flotando en el aire desde que me trasladé a Casa Galdiu. Quizás, misterios no sea la palabra adecuada, secretos, mentiras, odio, malas intenciones, no logro entender qué he podido hacer yo mal en otra vida para que en esta se me esté pasando recibo continuamente. Quizás sea el karma, no lo sé.

CAPÍTULO 35

Aitor, está con Martínez delante del portal del domicilio de la abuela de Miguel, Briana le había dicho que era en el cuarto piso del número uno, pero lo que no se esperaba es que hubiera cuatro viviendas en esa planta.

Aitor prueba en el cuarto primera. La voz de una mujer mayor le dice que llame al cuarto segunda, que ahí vive Trinidad. Aitor pulsa el timbre y no contesta nadie, pasados unos segundos vuelve a intentarlo, cuando ya piensa que no le van a contestar alguien descuelga el auricular, pero no dice nada.

—¿Hola?, ¿la señora Trinidad? —pregunta Aitor.

Se oye a alguien respirar entrecortadamente, pero no articula palabra.

—¿Hola?, ¿se encuentra usted bien?

—Ssssssooocor.....scrr —contesta una voz gangosa, y luego grita desesperadamente—, ¡¡socorrooooo!!

Aitor no pierde tiempo y le mete tal empujón a la puerta que se abre de par en par, él y Martínez suben por las escaleras todo lo rápido que pueden.

—Al llegar al cuarto piso, ven la puerta del domicilio de Trini con signos de haber sido forzada; cuando la empujan para entrar se encuentran a la abuela de Miguel tirada en el suelo, alguien le ha golpeado la cabeza y tiene sangre en la sien.

—Tiene pulso, pero es muy débil, rápido, Martínez, llame a una ambulancia e informe al comisario de lo que ha pasado aquí.

Aitor no quiere molestar más de la cuenta a la mujer, sin embargo, es de vital importancia saber quién la ha agredido.

—Trinidad, sé que ahora no es el momento oportuno para contarme lo que ha pasado, pero dígame al menos quién le ha hecho esto.

—Esss... esssse.... chiiicc....chiiicco.

—¿Qué chico?

—Esse... no...no.

Está claro que Trini no puede informar a Aitor y a este se le ocurre

mostrarle la foto de Miguel que tiene en su móvil.

—¿Ha sido este chico?

—Ssssssiissi —dice Trini a la vez que gimotea temblorosa.

—¿Su nieto, Miguel?

—Muumuu...mumuuuu... Miguel muuuerrrrto... noooo.. nooo... nieto.

—¿Este no es su nieto Miguel?

—Noonooo... nnnnooonnooooo... esseee chhi...

En ese momento Martínez le avisa de que la ambulancia ya ha llegado. Trini pierde la consciencia.

Se llevan a Trini al hospital del centro. Aitor está confundido, pero lo que la mujer le ha dejado claro es que su nieto está muerto y que Miguel no es.

En el recibidor encuentra una carta del banco donde aparece el nombre completo de Trinidad, seguidamente llama a López y le pide que le diga todo lo que pueda averiguar sobre ella. A su vez, López, le comenta que ya está la orden para exhumar el cadáver de María Galdiu de su antigua tumba y que se llevará a cabo hoy mismo, que tiene que acudir al cementerio. Por alguna razón que desconoce, no han avisado antes. Al parecer la exhumación es en veinte minutos, por lo que Aitor y Martínez se dirigen al cementerio a toda velocidad.

Cuando Aitor y Martínez llegan al cementerio se encuentran una gran multitud de gente reunida alrededor de la tumba de María Galdiu. Entre toda la maraña de técnicos, criminalistas, peritos, bomberos y forenses, se encuentra Mónica, una amiga con derechos con la que Aitor solía tener sus más y sus menos hasta que conoció a Briana.

Mónica es médico forense. Aitor la conoció trabajando. Siempre se encontraban en situaciones donde la muerte era la protagonista, poco a poco fueron intimando, hasta llegar a verse con frecuencia y siempre para lo mismo; los unía el sexo, ambos tenían cierto código para no llegar a nada más, jamás dormían juntos. Poco antes de conocer a Briana, Aitor empezó a espaciar sus visitas nocturnas al apartamento de Mónica, hasta desaparecer por completo de buenas a primeras. Esta lo había llamado y le había enviado mensajes al móvil, pero Aitor la había ignorado y ahora Mónica tenía cara de pocos amigos.

Al ver a Aitor, ella se separa de la multitud y se dirige hacia él.

—¡Dichosos los ojos! —exclama Mónica con cinismo.

—Hola Mónica, ¿qué tenemos? —dice Aitor cortante y cambiando de

tercio.

—Van a proceder a abrir el ataúd en unos minutos.

—Vale, pues vamos a ver qué pasa.

—Tú y yo tenemos que hablar, ¿se puede saber por qué no contestas mis llamadas?

—Ahora no es el momento, Mónica, si quieres más tarde hablamos, pero lo veo poco probable, estoy muy liado.

—Ya...

Mónica da media vuelta y vuelve junto al equipo, está realmente muy enfadada y no oculta su crispación.

—Jefe, yo de usted no cabrearía mucho a esa chica, no me gusta como lo ha mirado.

—Martínez, no se preocupe, Mónica ladra mucho, pero no muerde.

—Yo no estaría tan seguro, por la comisaría corren rumores de que suele obsesionarse con los tíos y luego no hay quien se la quite de encima, mejor que no se entere de lo suyo con Briana.

—¿Hace usted caso a todos los rumores que circulan por comisaría?

—Bueno, no, pero en este caso no creo que sea infundado.

Aitor, sonrío y niega con la cabeza.

—Vamos, Martínez, a ver si esclarecemos todo este embrollo de la madre de Briana.

Aitor y Martínez se acercan al grupo de gente que está alrededor del ataúd, de pronto, se oye lo que parece ser la sorpresa conjunta, los dos policías aligeran el paso y Aitor se abre camino entre la multitud. El ataúd de María Galdiu está lleno de cantos rodados.

—¡Joder, está lleno de piedras!

Todo el equipo no puede ocultar la sorpresa, se oye disparar la cámara de uno de los criminólogos y un murmullo de voces de fondo comentando el hallazgo.

—La pregunta ahora es, ¿dónde estás, Sonia? —dice Aitor en voz muy baja pero lo suficientemente audible para Martínez.

—¿Qué dice jefe?, ¿quién es Sonia?

—He leído el diario de Sonia, una chica que vivió en Casa Galdiu y que al parecer crió a Briana. En teoría murió de manera trágica y fue enterrada por la familia Galdiu que hicieron creer a todo el mundo que la muerta era María Galdiu. El diario es de antes de todo eso, el tema del cambio como

usted sabe, lo supimos por Ana Lieza.

Vamos a tener que hacerle una visita, aquí hay mucho que aclarar, si el ataúd está vacío ¿dónde está el cuerpo que aquí se enterró?, si es que se enterró a alguien, si Galdiu consiguió que se silenciara la locura de su hija y la hizo pasar por muerta, no me extrañaría nada que hiciera desaparecer a Sonia de alguna manera.

—Todo esto se está complicando demasiado —dice Martínez con resignación.

—¿No te quejabas de falta de acción?, pues la próxima vez será mejor que te lo pienses, menudo rompecabezas.

Aitor, recibe una llamada, es López. Trinidad tuvo un nieto llamado Miguel, falleció antes incluso de que naciera Briana. La mujer es muy cerrada y no suele hablar mucho con las vecinas, aunque le tienen aprecio y últimamente la estaban ayudando con la compra, las tareas del hogar y demás. Con esto queda del todo claro que Miguel no es quien dice ser. López también le informa sobre algo que le han dicho las vecinas. Trinidad solía dejar entrar a su casa a un chico desde hacía muchos años. Este apareció de la nada y la llamaba abuela. La mujer se enterneció y lo invitaba a merendar y lo trataba como si fuera alguien de su familia. El chico fue creciendo y empezó a tratar mal a la mujer, la despreciaba, la insultaba y últimamente lo habían oído gritarle bastante seguido. Una vecina se encaró con él y este le contestó que no se metiera, que su abuela era cosa suya. Lo pilló amenazándola para que no contara nada si venía la policía, eso fue ayer mismo. El chico se hacía llamar Miguel, es lo único que sabían de él.

Por otra parte, López le dice que no hay ningún contrato de arrendamiento sobre el apartamento donde vive Miguel, que es del grupo Galdiu y aunque la propietaria es Briana, el uso y disfrute es de su tío Antonio Galdiu.

Aitor no sabe por dónde empezar, ha de visitar a Ana Lieza y a los tíos de Briana, por otra parte necesita más información sobre Sonia.

—Martínez, nos espera un día muy duro, vamos de visita.

CAPÍTULO 36

Oigo sonar el móvil, me desperezo e intento alcanzarlo. Al otro lado del hilo telefónico la voz de Aitor me saluda.

—Briana, tengo que hablar contigo, no sé cuándo podremos vernos, porque hoy tengo un día de locos, pero hay mucho de que hablar, hay novedades.

—¿Puedes adelantarme algo?

—No sé si debo, la verdad, es complicado.

—Aitor, sabes que no soy de las que espera en casa a que vengan a contarme las cosas, si no me lo dices tendré que salir a buscar respuestas.

—No conviene que te expongas, Miguel puede estar en cualquier lugar, y ya has podido comprobar que es peligroso.

Briana suspira y dice:

—Dispara.

—Briana, hoy se exhumaba el cadáver de tu madre.

—¿Cómo?, ¿pero se puede saber por qué nadie me ha dicho nada?

—Briana, ha pasado algo muy raro, yo me he enterado unos minutos antes y he llegado de milagro. No te he podido avisar, de todas maneras, es mejor que te hayas quedado en un lugar seguro, hubiera sido tontería exponerse para nada.

—¿Qué quieres decir?

—El ataúd de tu madre estaba lleno de piedras.

—¿Cómo?

—Lo que oyes, ahí no hay nadie, ni María, obviamente porque está en el depósito, ni Sonia, por lo que voy a ver a la tal Ana Lieza para que me aclare algunas cosas.

—Aitor yo no puedo quedarme aquí, yo puedo ayudar.

—La mejor manera de ayudar ahora es que no te muevas de tu escondite.

—¿Algo más?

—Sí, Miguel no es el nieto de tu vecina Trini.

—¿Cómo?

—La mujer está ingresada, ese cabrón le ha pegado una paliza, está bastante grave y me acaban de informar de que probablemente no lo cuente.

—Joder...

—Hay más cosas, pero es un asunto delicado, que mejor que lo tratemos en persona, te prometo que buscaré un hueco para ir a verte lo más pronto que pueda, no sé si va a poder ser hoy, pero lo intentaré.

Al colgarle a Aitor siento una punzada en el pecho y noto que me cuesta respirar. Cada vez entiendo menos todo este asunto. Mi vida está patas arriba, si llego a saber que después de aceptar la herencia de mi abuelo me iban pasar tantas desgracias me lo hubiera pensado dos veces. Es como si hubiera una maldición, la maldición de la verdad, de la mentira, de la vida y de la muerte.

Tengo que hacer algo, no me puedo quedar aquí mirando al techo. —Dirijo la mirada hacia mi amiga, que está tan dormida que no se ha enterado de mi conversación con Aitor. Decido dejar que duerma y salgo a la terraza. Me apoyo en la barandilla y cierro los ojos; dejo que el aire acaricie mi cara, es como si la brisa pudiera aliviar mi dolor, empero, solo en su justa medida.

Luego me siento en el gran sofá del salón y veo en una esquina un pequeño despacho con un ordenador, «gracias hotel de lujo» pienso para mí y seguidamente lo enciendo.

Se me ocurre una tontería, algo que no creo que funcione, la fotografía de Miguel a estas horas está en todas partes, desde los medios de comunicación pasando por las redes sociales, la prensa digital e imagino que también en la escrita. Me descargo la fotografía al escritorio y me meto en Google, recuerdo una herramienta que usábamos Cate y yo cuando nos gustaba un chico y no sabíamos su nombre. Subo la imagen de Miguel y se encuentra una coincidencia. La fotografía de Miguel coincide con una persona que está en Facebook, es un tal Sergi A., pero aunque hay un parecido, no tiene pinta de ser la misma persona. El tal Sergi es un químico que investiga sobre plantas tóxicas. Le mando un e-mail a Aitor y le paso el enlace. Luego busco químicos cuyo nombre sea Sergio e investiguen temas relacionados con las plantas. No sé de dónde es el tal Sergi, su perfil está capado, solo se puede ver una pequeña parte de su biografía y ni siquiera puedo acceder a la lista de

amigos.

Hay poca información en la red, pero encuentro un pdf que habla sobre estudios con alcatraces negros, a pie de página, sale el nombre del autor, Sergio Arpai. Según ese informe, las calas negras son venenosas e ingerirlas en gran medida puede causar la muerte. El estudio, habla de una mutación, una variedad obtenida por el cruce de varias especies de calas o alcatraces. No le doy mucha importancia al tema, no obstante, también le mando el archivo a Aitor, cuando vea que solo le envío paja flipará. Sin embargo, tengo la impresión de que estoy haciendo bien las cosas, tengo una corazonada.

Este tío no tiene nada que ver con Miguel, aunque sí que tiene un gran parecido, eso sí, Miguel con sus pinta de hombre campechano, sus tejanos y sus camisetas, su pelo alborotado, su forma de ser tranquila y pasota. Y el tal Sergio, engominado, con la raya al lado, sus gafas de gran aumento, su bata blanca y su corbata; demasiado diferentes, como el día y la noche.

Cate, se me acerca por la espalda y me da un susto de muerte.

—Tranquila, sé que por las mañanas parezco la bruja Avería, pero no es para tanto.

—Perdona, Cate, estaba aquí totalmente metida en algo que estoy leyendo.

—A ver, ¿flores?, no sabía de tu afición por la botánica —dice Cate burlándose de mí.

—No, mira lo que he encontrado, ¿te suena este chico?

—Joder, si es la versión friki de Miguel.

—Hombre se le parece, pero es muy diferente ¿no crees?

—Pues yo diría que es su hermano gemelo.

—O algo peor... —susurro.

—¿Crees qué?

—A estas alturas ya no me sorprende nada, Cate.

Me quedo cavilando unos segundos, por alguna razón el apellido Arpai me suena, pero no sé de qué.

CAPÍTULO 37

La sorpresa de Aitor es mayúscula cuando Ana Lieza lo recibe.

—Buenos días, perdone, ¿no está la señora Lieza?

—Claro, la tiene delante.

—Perdone, pero hará unos días Ana Lieza estuvo en comisaría, no era usted.

—Con todo mi respeto, desconozco quién se presentaría en comisaría, pero le aseguro que yo no fui.

—Sí, por eso le estoy diciendo que se trataba de otra persona con su mismo nombre, que decía ser la hija de la antigua directora y por ende la directora actual del psiquiátrico. Se acreditó mediante su D.N.I sin problemas.

—Pues, mire, aquí tiene el mío, yo soy Ana Lieza, no hay otra más en esta institución.

Alguien ha suplantado la identidad de la directora del psiquiátrico, y después de la lectura del diario de Sonia y María, Aitor cada vez tiene más claro que todo lo que dijo la Ana Lieza impostora son burdas mentiras, que todo apunta a que tienen que ver con el hecho de que Briana no descubra la verdad sobre su madre. Por otro lado está la carta que María dejó para Briana y cuyo contenido ésta desconoce, ya, que Aitor se la llevó detenida justo cuando se disponía a abrirla.

Aitor y Martínez, se dirigen a casa de los tíos de Briana. Francesca les abre la puerta con cara de pocos amigos.

—¿Qué quieren ahora?, ya les hemos dicho todo lo que sabemos, que es bien poco. Lo que deberían hacer es encerrar a la verdadera culpable de todo, a esa asesina impertinente.

—Señora Galdiu, necesito hacerle unas preguntas relacionadas con el pequeño apartamento del centro del que ustedes hacen uso y disfrute.

—Eso se lo debería preguntar a su amiguita, el apartamento es de ella.

—Lo sé, pero son ustedes los que se encargan de su mantenimiento y quiénes lo disfrutan.

—Ese apartamento está vacío, solo vamos de vez en cuando a comprobar que todo esté en orden.

—¿Ustedes han alquilado el apartamento a alguien, sin que exista un contrato de arrendamiento?

—Nosotros no hemos alquilado el apartamento a nadie.

—Pues entonces, déjeme decirle que se le ha colado un okupa, ¿conoce a este chico? —pregunta Aitor mostrándole la foto de Miguel.

—Pues no —dice la mujer evitando mirar la fotografía.

—¿Seguro?

—Ya le he dicho que no sé quién es.

—¿Sabe lo que me choca, señora?, me parece demasiado extraño que le haya informado de que tiene un okupa en un apartamento de alguna manera bajo su responsabilidad y que se muestre a la defensiva en lugar de sentirse indignada y pedir la cabeza del okupa, que es lo que suele hacer la gente normal.

—¿Y yo qué quiere que le haga?, hable con su amiguita la asesina, a lo mejor es un amante suyo o algo así, nosotros no tenemos nada que ver en eso.

—¿Puedo hablar con su marido?

—Mi marido no se encuentra en casa en estos momentos, además, está delicado del corazón, por lo que es mejor que no lo molesten.

Cuando se disponen a abandonar el domicilio de los Galdiu, Martínez se fija en la fotografía de un niño, la cara le es bastante familiar. Le hace señas a Aitor.

Francesca se percata de que los dos hombres están mirando la fotografía.

—Este es mi hijo cuando era un bebé.

—Tiene usted un hijo muy guapo, ¿cómo se llama?

—Se llama Sergi y es químico, siempre está viajando, dando conferencias e impartiendo clases.

—Pues entonces ha tenido suerte con su hijo.

—Sí, mucha.

Cuando los dos policías salen a la calle, se miran y no les hace falta decir nada más.

Cuando se suben al coche Aitor comprueba su móvil, tiene varios e-mails

de Briana, mira con asombro la fotografía del tal Sergi Arpai, es calcadito a Miguel, solo que en un estilo totalmente opuesto. Luego ve el informe sobre plantas tóxicas que pueden causar la muerte y los experimentos de Arpai con la modificación de los alcatraces negros.

—Dios mío, he aquí la clave, este tío no es otro que el primo de Briana, haciéndose pasar por Miguel, y esto de las plantas...

Aitor llama a López y le pide que le ponga con los de científica.

—Sánchez, ¿saben algo sobre la dichosa sustancia negra?

—Si le digo la verdad señor, esto nos está volviendo locos, no sabemos a ciencia cierta su composición. Está claro que es un vómito, pero hay algo más, algo que hace que se torne negro y viscoso, el cuerpo no lo tolera y lo expulsa. Pero los componentes de la sustancia ingerida llegan a la sangre y pueden producir la muerte en algunos casos como hemos observado y en otros consecuencias neurológicas, alucinaciones, confusión, etcétera...

—Pero, ¿cómo puede decirme eso sin saber a ciencia cierta su composición?

—Nosotros no lo sabemos, hemos mandado las muestras a un químico que dicen que es una eminencia y a veces colabora con nosotros, es un tal Sergio Arpai.

—Mierda, dígame dónde puedo localizar a ese tipo, y hágame el favor, no le pase ninguna muestra más, eso sí, disimule si se pone en contacto con usted.

—Pero...

—Hágame caso, ese hombre puede estar implicado en el caso.

—De acuerdo, señor.

—Otra cosa, ¿sabe algo sobre calas negras venenosas?

—Pues a decir verdad, sé que son tóxicas, pero ¿Qué quiere decirme con eso?

—Le voy a pasar un informe del tal Sergi Arpai, mire si la sustancia negra tiene que ver algo con ello —dice Aitor con firmeza y luego añade—, dele máxima prioridad a este asunto.

Sánchez le da los datos del laboratorio de Arpai, luego, Aitor habla con el comisario que no quiere ni oír hablar de detener a un ciudadano respetable como es Sergi Arpai, pero tras las pertinentes explicaciones le deja vía libre a Aitor para detenerlo.

Cuando llegan al laboratorio de Sergi, la secretaria les indica que el señor

Arpai se encuentra de viaje y que no vendrá hasta la semana que viene.

La chica no sabe el destino de su jefe y no puede ser de gran ayuda.

Como Aitor ve que está algo nerviosa le enseña un papel que tiene en el bolsillo haciéndole creer que es una orden de registro del laboratorio. Ésta no opone resistencia, está tan disgustada que se queda petrificada en su silla y les deja pasar.

En el laboratorio todo parece estar en orden, probetas, microscopios y herramientas típicas relacionadas con el trabajo de un químico.

Al fondo hay una puerta gris con un cartel de «restringido el paso, solo personal autorizado».

Como está cerrado con llave, Aitor se la pide a la secretaria. Ella niega con la cabeza y le dice entre gemidos que la llave la tiene el señor Arpai, que nadie entra, solo él.

Pero Aitor no puede perder la ocasión y se dirige a la puerta enérgicamente y la derriba de una patada.

—Jefe, nos estamos metiendo en un buen lío.

—¿Estás seguro? —dice Aitor con una sonrisa irónica.

Tras la puerta, hay un pequeño despacho y nada más.

—Me parece un poco raro que este tío guarde esta mierda de despacho con tanto celo, aquí tiene que haber algo más.

—Martínez se acerca a la pared para inspeccionarla, hay indicios de humedad.

Justo cuando está a punto de tocarla tropieza con algo y la pared se abre milagrosamente.

—Martínez, esta vez no te voy a llamar patoso, eso seguro.

Tras la pared una gran sala iluminada con focos, y un inmenso invernadero en el centro.

—¿Qué es esto?, una plantación de marihuana por lo menos.

—Pues me temo que no es el caso, vamos a ver si podemos entrar ahí.

Aitor presiona un pulsador que abre una puerta corredera de cristal, ambos entran en el gran habitáculo acristalado.

Cuando se despeja una niebla que cubre toda la estancia y la hace prácticamente opaca desde fuera del recinto, los dos hombres ven que en su interior hay una plantación de alcatraces de color negro. Las flores tienen un gran tamaño y desprenden un olor nauseabundo.

De pronto, ambos se sienten mareados y su visión se torna borrosa, Aitor

se da cuenta de que la puerta ha empezado a cerrarse tras ellos.

—Martínez, vámonos de aquí, esto es una trampa.

Los dos hombres corren a duras penas e intentan parar el cierre inminente de la puerta. Les cuesta horrores, pero al final consiguen salir. Ambos, con los ojos rojos como tomates y sin aliento, tosen sin cesar. Martínez se desploma y Aitor se siente desfallecer por momentos. De pronto, una punzada en el estómago y unas nauseas horribles se apoderan de él, hasta que cae al suelo de rodillas y vomita una sustancia pegajosa y negra.

Aitor queda postrado en el suelo durante unos agónicos minutos que le parecen horas, no tiene fuerzas y le arde el estómago. Por su cabeza circulan ideas disparatadas, cree estar soñando y de repente se da cuenta de que es la realidad, ve imágenes y personas que en ese momento no están a su lado, Briana se acerca y lleva en su mano un atizador de chimenea, y lo va a golpear en la cabeza con él. Aitor intenta parar el golpe con los brazos a la vez que grita. Luego se da cuenta de que no es real, que está viviendo un espejismo.

Martínez se queja y balbucea continuamente algo que Aitor no puede entender y vuelve a perder la consciencia.

Aitor nota que va recuperando las fuerzas y carga a Martínez sobre sus hombros a duras penas. Poco a poco lo va sacando del laboratorio de Arpai. Una vez en la recepción no ve a la secretaria. La chica estaba tan asustada que probablemente se haya podido marchar. Aitor llama por teléfono y pide una ambulancia para Martínez que apenas tiene pulso y luego llama a comisaría para informar al comisario de lo que ha ocurrido.

Martínez, es conducido al hospital de La Costa, está muy mal. Aitor se siente culpable, no debería haber entrado en el invernadero sin llamar primero a su superior para que se personaran sus compañeros con el equipo adecuado. Ha expuesto a uno de sus hombres a una muerte segura y aunque han logrado salir del lugar, por lo que le ha dicho el médico de la ambulancia, la cosa tiene mala pinta.

Aitor no es hombre que suela llorar, pero se siente fatal y no puede reprimir la congoja y las lágrimas que resbalan por sus mejillas.

—Puto Arpai, o Miguel o quién cojones seas —masculla.

A Aitor también lo han llevado al hospital para examinarlo. Tras hacerle varias pruebas detectan que su estómago está algo irritado y tiene un problema de visión borrosa y alucinaciones. El doctor le dice que tiene los

típicos síntomas físicos de intoxicación por ingestión de plantas venenosas, en este caso la cala, multiplicados por diez, pero con el agravante de que hay algo más que no se puede determinar, ya que las alucinaciones no saben a ciencia cierta a qué se deben. Y teniendo en cuenta que ninguno de los dos policías ha ingerido la planta, se estaría tratando con una variedad letal de la misma.

Martínez está ingresado en la UCI, su estado es muy grave, y el médico le comunica a Aitor que las próximas veinticuatro horas serán cruciales. Martínez, ese chico alegre y algo tarambana puede morir. Por la cabeza de Aitor pasan los momentos vividos junto a su compañero, que aunque muchas veces consigue sacarlo de quicio, es una gran persona y lo más parecido a un amigo que tiene en La Costa.

Aitor tiene que permanecer ingresado unas horas para ver cómo evoluciona su intoxicación. Él, insiste en que no ve el porqué del ingreso, pero el doctor es tajante, puede haber complicaciones.

CAPÍTULO 38

Tras varios mensajes enviados a Aitor sin recibir respuesta, lo llamo por teléfono. Salta el buzón de voz, algo demasiado extraño, Aitor siempre está operativo, sobre todo si se trata del teléfono que utiliza para trabajar. Un escalofrío recorre mi espalda y empiezo a ponerme en lo peor. Me imagino situaciones extremas en las que Aitor aparece muerto rodeado de la sustancia negra que últimamente parece estar en todas partes. Todo esto es un mal presagio y yo no me voy a quedar aquí quieta por más tiempo.

—Cate, salgo un momento —miento a mi amiga, ya que no sé cuánto voy a tardar, pero no quiero que intente disuadirme.

—¿A dónde vas?

—Nada, solo bajo un momento a recepción, tienen un problema con mi tarjeta.

Cate, se queda extrañada, me conoce muy bien y sabe que algo estoy tramando, pero decide darme un voto de confianza y no vuelve a preguntarme nada más.

Le cuento la misma milonga al policía que está vigilando la puerta de nuestra habitación y sorprendentemente me cree, «este no me conoce», pienso.

Para que Cate no sospechara he salido solo con mi cartera escondida en el pantalón. Llevo una sudadera bastante ancha que ha disimulado el mini kit de supervivencia que he cogido de extranjis. También llevo el móvil de Cate, lo sé, me matará.

Bajo a recepción y alquilo un coche, rápido y fácil. Me dan un monovolumen, diesel y con muy pocos caballos, pero vamos, era lo único que tenían disponible tan rápido; por lo que no le hago ascos.

Me subo a la máquina infernal y pongo la radio. Me quedo estupefacta cuando oigo la noticia de que dos policías de la comisaría de La Costa están graves en el hospital, uno de ellos está estable, el otro se debate entre la vida

y la muerte.

—¡Dios Mío, Aitor! —exclamo y seguidamente arranco el coche y salgo del aparcamiento del hotel derrapando y conduciendo como yo solo sé, temerariamente; pero esta vez la situación no es para menos.

Cuando llego al hospital de La Costa y pregunto por Aitor Bravo, no me quieren informar si no soy familiar. Me invento que soy su hermana, pero me piden documentación y al decirle que no la llevo, no me dejan ver a Aitor, ni siquiera me quieren decir cómo está.

En realidad, en ningún momento han revelado los nombres de los policías ingresados, solo han dicho que ha sido en el laboratorio de Sergi Arpai y que se han intoxicado con unas plantas que el químico cultivaba en una especie de invernadero del que nadie tenía conocimiento. No ha podido ser otro que Aitor y uno de sus compañeros.

Me siento en una sala de espera, en algún momento, la bruja de la recepción tendrá que abandonarla, siempre que quiero encontrar a alguien en un mostrador, este se haya vacío y la persona tarda un siglo en volver a su puesto de trabajo, y hoy que me hace falta que la mujer esta se ausente, no se mueve la muy jodida. Es la ley de Murphy, no hay más.

Como la bruja se ha apoltronado al estilo marmota y no se mueve ni por asomo, decido dar una vuelta a ver si veo una entrada alternativa a las habitaciones. Hay hospitales en los que nadie se entera de quién va o quién viene, pero el hospital de La Costa es bastante pequeño y si la de recepción te dice que no puedes pasar, no pasas. Supongo, que al ser policías aún están más vigilados.

Me acerco a una máquina de café, antes que yo hay dos enfermeras jovencitas que se ríen tapándose la boca. Una le dice a la otra.

—¿Has visto el de la doscientos ocho?, es uno de los dos policías que han ingresado hoy, está buenísimo —dice la enfermera rubia.

—Sí, pero tiene muy mal genio, se quería ir y a todo el que entra le monta el cirio, dice que quiere el alta voluntaria —le responde la otra enfermera, pelirroja y con pinta de ser más coherente que su compañera.

—El doctor me ha dicho que lo tengamos vigilado, que ve alucinaciones y es imprevisible —dice de nuevo la rubia—; igual me presento en su habitación esta noche en forma de alucinación.

Y después de decir esto se ríen las dos a carcajadas.

—Maldita bruja —digo algo más fuerte de lo que hubiera querido.

—¿Perdone?, ¿decía algo?

—No, nada, solo pensaba en voz alta —le digo mirándola a los ojos de forma inquisidora. La bruja rubia me mira con desdén y se aparta de la máquina.

Veo marcharse a las dos enfermeras y saco un café que luego tiro a la papelera, ¡sabe horrible! Como ya sé en qué habitación está Aitor y que con lo que han dicho de su supuesto mal genio, entiendo que él no es quien está muy grave.

Solo tengo que esperar a que la pedorra de la recepción se ausente de su puesto un minuto. Por lo que no le quito la vista de encima disimulando con el móvil.

De pronto, la bruja de la recepción se mira el reloj y se levanta de su trono, para luego meterse en lo que debe ser una oficina. Esta es la mía. Salgo como alma que lleva el diablo y paso por la zona infranqueable, corro por el pasillo y subo las escaleras de dos en dos peldaños, Aitor tiene que estar en la segunda planta.

Cuando llego a la habitación, me encuentro a Aitor con una bata de esas que se te ve el culo, ahí está de espaldas con todo su trasero al aire gritándole a la ventana. No puede ser, tenía razón la pelirroja, ve alucinaciones, se piensa que quien tiene delante de él es Miguel.

—Aitor... —lo llamo.

Aitor se gira y me mira con desconfianza.

—Briana, eres tú ¿o uno de mis espejismos?, me voy a volver loco. —Al verle tan perdido, siento una gran ternura por la expresión de mi chico, entre triste y desesperada.

—No, cariño, soy yo.

—Y se acerca hacia mí y me abraza sollozando.

Perdón, me he perdido, Aitor Bravo sollozando, perdido y desvalido, algo muy gordo le tiene que haber pasado para que esté así.

—¿Qué ha pasado, Aitor?

—Lo que me has pasado del tal Arpai y el estudio de las calas ha sido clave, ese tío tiene montado un invernadero letal, solo entramos unos segundos, pero era una trampa y la puerta se cerraba, por suerte pudimos salir antes de que quedara totalmente hermética. Yo estoy bien, pero veo cosas que no son ciertas y no puedo distinguir la realidad de la fantasía que genera mi cerebro, si antes incluso he visto a tu tía observándome y no sé si ha sido

realidad o una puta alucinación.

—¿A mi tía?, ¿a Francesca?

—Sí, estaba observándome y tenía una jeringuilla, me quería pinchar con ella, pero justo me he tirado al suelo y cuando me he levantado ya no estaba.

—Qué raro, será mejor que descanses, te hará bien.

—Briana, puede ser fruto de mi imaginación, pero yo no descartaría que la arpía de tu tía esté rondando por aquí.

—¿Pero, para que vendría aquí esa mujer?

—Briana, hay muchas cosas que tú no sabes, tengo que contarte demasiadas.

—Aitor, ahora deberías descansar, ya habrá tiempo para que hablemos, no creo que sea el momento adecuado.

—¿Qué ha sido de tu exagerada curiosidad?

—Creo que se ha esfumado, al menos por el momento, lo primero es que te recuperes, ya habrá tiempo de explicaciones.

—Briana, prefiero explicártelo ahora, sé demasiado, y creo que pueden aprovechar la ocasión para quitarme de en medio.

—Me estás asustando, va, dispara; pero no creo que sea lo correcto.

Aitor suspira y se frota los ojos.

—Briana, todo apunta a que Miguel y Sergi Arpai son la misma persona.

—No me sorprende, se parecen mucho, aunque sean el día y la noche.

—Verás, Martínez y yo fuimos a casa de tus tíos. Hablamos con Francesca. Se puso a la defensiva cuando le dijimos que Miguel estaba en el apartamento del centro. Decía que allí no había nadie y todo el rato te intentaba cargar el muerto a ti. Incluso hacía alusiones a lo que tenemos tú y yo. Ella no sabe nada, no sé quién se lo haya podido decir. Por otra parte, tiene una fotografía de un niño pequeño calcadito a Miguel en su casa, dice que es su hijo Sergi y que es químico.

—¿Que mis tíos tienen un hijo?, primera noticia, no sabía absolutamente nada, aunque la relación ha sido nula durante toda mi vida, por lo que no me extraña. Aitor, ¿me estás queriendo decir que Miguel es en realidad mi primo?

—Exacto, y las cosas me empiezan a cuadrar. Miguel se pegó a ti desde pequeño, probablemente inducido por la arpía de su madre. ¿Con qué fin?, posiblemente tema económico, pero el asunto es de lo más macabro, es como si desde pequeño hubiese sido aleccionado para ser tu sombra y perjudicarte.

—Buff... no sabes de todo lo que me enteré mientras me encañonaba el muy cabrón. Yo pensando que estaba gafada, que todo el que se me acercaba acababa mal a causa mía, que todos mis trabajos frustrados tenían que ver con mi falta de constancia y valía para mantener un empleo, y resulta que era él quien lo estaba sabotando todo desde un principio.

—Hay más Briana, espero que me perdones por lo que te voy a contar, pero, leí el diario de tu madre, lo leí entero.

—No te preocupes, era de esperar, al fin y al cabo es una prueba.

—Briana, todo lo que nos contó la tal Ana Lieza eran burdas mentiras, alguien la contrataría para que te explicara una sarta de milongas.

—¿Por qué querría la directora de un psiquiátrico inventarse algo así?

—Porque era una impostora, Briana, yo mismo he conocido a la verdadera Ana Lieza, la que vino a comisaría era una persona que suplantaba su personalidad, lo peor es que venía acreditada con documentación lo suficientemente bien falsificada para pasar desapercibida.

—Todo esto es una pesadilla, cada día que pasa se enreda más, no veo el día en que se aclare todo y pueda vivir tranquila, porque realmente es lo que necesito, tranquilidad, estas últimas semanas me están superando.

—Sé fuerte Briana, sé que lo eres, y más de lo que me pensaba en un principio, incluso lo eres más que yo.

Aitor me abraza, y nos besamos lentamente pero con desesperación, es como si en medio de nuestra agonía pudiéramos encontrar un pequeño hueco en donde reina la paz y la armonía, pero ese remanso de paz dura muy poco, Aitor pega un respingo.

—Briana, tengo que salir de aquí. No puedo estar sin hacer nada mientras ese energúmeno anda suelto.

—No estás en condiciones de salir, mejor que te quedes aquí.

—¿Me comprendes ahora?, parece que han cambiado los papeles, ahora eres tú quien intenta protegerme.

Me río y recuerdo la escenita que monté cuando me fugué del hospital.

—Briana, estoy bien.

—Ya, pero te he pillado hablando con una ventana, tío.

Vente conmigo y si me ves desvariar hazme reaccionar.

—¿Y cómo lo hago, listo?, a tu lado soy una pluma.

—Solo con tu presencia me he calmado.

—No me lées Bravo, que ese no es tu estilo.

Y me pone la cara del gato de Shrek.

—Vale, te ayudaré a salir de aquí, pero quiero saber lo que has leído en el diario de mi madre, sobre todo en las páginas arrancadas.

—Eso, Briana... —dice poniéndose nervioso e intentando que desista de mi petición—, no sé si será buena idea.

—Quiero saberlo todo, absolutamente todo.

Aitor, me explica todo lo que ha leído en el diario de mi madre. Cuando acaba, las lágrimas resbalan por mis mejillas sin cesar. La de las fotos no era María, sino Sonia.

Entonces recuerdo como era ella, dulce y buena. Olía tan bien y me acunaba en sus brazos, mientras me cantaba canciones que ella misma había inventado. La veía escribir su diario, el diario que le confiscó a María para contar la verdad.

—Pero Aitor, se parecen, se parecen demasiado ¿no crees?, María y Sonia.

—Pues no lo sabía, no he visto fotos de Sonia.

—Se parecen tanto que las había confundido. Tengo que aclarar esto, lo peor, es que no sé con quién, están todos muertos.

—No todos, mi abuela era amiga de la tuya, ¿recuerdas?

Y me reprocho a mí misma el haber pasado por alto que todavía hay una persona que conocía a mi madre viva y me puede hablar de ella.

CAPÍTULO 39

Aitor y yo hemos conseguido llegar a mi coche sin ser vistos. Hemos salido por una pequeña puerta trasera. Es una zona de carga y descarga de camiones y la bruja de la recepción no tiene los tentáculos tan largos como para vigilarla. Se puede salir por ahí, pero no volver a entrar, lo he probado por si tengo que volver al hospital otro día que Aitor decida ponerse a oler flores psicodélicas.

Una vez en el coche, caigo en la cuenta de a dónde me dirijo. Voy a conocer algo más de este hombre tan misterioso que tengo a mi lado. No sé prácticamente nada de él, al igual que él no sabe casi nada de mí, a veces me pregunto, si lo que nos une no es todo este caos que se ha montado alrededor de mi persona, la pregunta es ¿qué pasará cuando todo haya acabado?

Cuando Estela, la abuela de Aitor, nos abre la puerta, no me creo lo que ven mis ojos, esta mujer se ve espectacular, me es difícil determinar la edad, pero realmente se conserva muy bien. Lleva el pelo largo por los hombros y teñido de rubio, le queda genial. Lo que más me llama la atención es su atuendo, lleva puesta una bata japonesa de color negro con bordados plateados.

Miro a Aitor y éste me sonrío y me dice al oído.

—¿No te la esperabas así, verdad?

—Joder, que va, ¿esta mujer se baña en formol o qué?

—Siempre se ha cuidado mucho, pero no te creas, tiene sus achaques.

Estela carraspea y nos mira divertida, nos ha pillado cacareando cual gallinas.

Estela nos hace sentar en una salita de estar. Físicamente está muy bien y parece muy moderna, pero la decoración de la casa es la de toda mujer de su edad, si hasta tiene los típicos tapetes de ganchillo que se ponen en los respaldos de los sofás.

Prepara café para los tres y dirigiéndose a nosotros dos nos dice.

—Bueno, ¿y a qué se debe esta visita sorpresa?

Y lo dice con impaciencia y una sonrisa de oreja a oreja, esta mujer se piensa que le vamos a decir que nos casamos, que estoy preñada o qué se yo.

—Abuela —continúa Aitor —, esta es Briana Galdiu.

—Dios mío, es verdad, ¿cómo no me había dado cuenta?, te pareces mucho a mi amiga, a tu abuela.

—Estela, necesito hablar con usted, necesito respuestas y ruego que me diga todo lo que sepa, no se preocupe por mí, ya estoy curada de espanto.

—No sé si podré ayudarte en todas tus preguntas, la verdad es que conocí más profundamente a la familia Puig.

—Abuela, Briana necesita saber sobre su madre, no de María, necesita saber de Sonia, la persona que la cuidó hasta el día que María y ella desaparecieron.

Estela intenta disimular, pero se nota demasiado su nerviosismo al oír el nombre de Sonia. Se queda callada unos instantes con la mirada perdida y luego comienza a hablar.

—Bueno, no la conocí muy bien, era algo tímida y no solía relacionarse con personas ajenas a la casa.

—Pero, ¿no le puedes decir nada más sobre ella, abuela? —pregunta Aitor.

—Yo, lo siento, pero ya he dicho que con quien yo tenía más confianza era con Briana, tu abuela.

Noto que Estela está escondiendo algo y Aitor me mira porque piensa lo mismo que yo.

—Abuela, te conozco lo suficiente como para saber que no nos estás diciendo la verdad, al menos la estás ocultando, te estás tocando la alianza de casada, siempre que haces eso es porque estás intentando disimular.

—Aitor, ¿pero qué quieres que te diga?, puede que las personas no quieran ser encontradas, puede que sea mejor que algunas cosas nunca salgan a la luz, precisamente por remover la mierda, a esta chica se le ha puesto su mundo patas arriba, ¿no te das cuenta?

—Abuela, si no dices lo que sabes me veré obligado a llevarte a comisaría y que te interroguen allí, te aseguro que no serán tan amables como yo, por favor, ya nos han intentado matar a los dos, creo que el saber qué pasó con Sonia es clave para aclarar todo esto.

—Haz lo que veas, hijo, en tu conciencia queda, yo ya he dicho lo que sé

y no estoy mintiendo.

—Dígame una cosa, solo una, ¿Sonia está muerta? —le pregunto.

—Hay cosas que son obvias —me responde y luego nos dice que nos vayamos, que no se encuentra bien.

Cuando salimos del piso de Estela, Aitor está que echa chispas.

—Briana, si no me hubieras parado me la llevo detenida. Te lo juro, esconde algo, la conozco demasiado bien.

—Aitor, deberías de dejar de detener a las personas que quieres, es muy desagradable y por dios, es tu abuela, si no nos ha contado lo que sabe, es por algo.

—No entiendo por qué se calla, nos han intentado matar a los dos.

—Repito, hay que saber las razones de cada uno, por algo habrá sido, quizás quería protegerte Aitor, o proteger a alguien, ¿no crees?

—¿Quieres decir qué?

—Quiero decir que deberíamos hacer algo para vigilar a tu abuela. Yo también creo que sabe demasiado, no es muy buena disimulando.

—La verdad es que no, pero ahora que lo dices, se me está ocurriendo que mirar su factura telefónica nos puede dar alguna pista, si hay una persona en el mundo que se tire horas colgada al teléfono esa es mi abuela.

Aitor se mete en la página web del operador telefónico de Estela con su Smartphone.

—Tengo sus claves, siempre me pide que le saque facturas porque según ella, le han cobrado un dineral y ella no ha llamado a nadie. La sorpresa viene, cuando veo que se pega prácticamente todo el día de llamada en llamada y encima suele llamar al extranjero con asiduidad.

—¡Madre mía! —exclama Aitor y añade—, se ha gastado quinientos euros en lo que llevamos de mes.

Hay muchísimas llamadas pero hay un número que se repite en muchas ocasiones, es extranjero.

Aitor llama en número oculto, suenan tres tonos y alguien descuelga, no contesta, tan solo se oye su respiración. Está el manos libres conectado y yo no puedo reprimir el decir.

—Sonia, sé que estás ahí, mamá.

No hay respuesta, la respiración se oye ahora más rápida y entrecortada, luego cuelgan.

—¡Aitor, era ella, mi madre está viva!

CAPÍTULO 40

Cate está en el hotel muy enfadada, Briana se ha marchado y la ha dejado sola sin su móvil. Sale al pasillo y ve al policía que las vigila medio dormido. Cate carraspea y el hombre pega un respingo.

—Qué —dice Cate con los brazos en jarra y añade—, echando una siestecita.

—Perdone señora, llevo muchas horas aquí y mi compañero no ha venido a relevarme.

—Necesito el número de teléfono de Aitor Bravo, ¿sería tan amable de facilitármelo?

—No puedo hacer eso, señora, lo tenemos prohibido.

—Ya, pero echarse el sueñecito sí que puede ¿no?

—Por favor, no diga nada.

—Vale, trato hecho, pero ahora, deme el número de móvil de Aitor, yo lo tengo en mi teléfono, pero mi amiga ha desaparecido mientras usted abrazaba a Morfeo y se ha llevado mi móvil.

—¿Que se ha ido?

—No sé si se ha ido o se la han llevado, ese es el problema.

—No se preocupe señora, yo llamaré a Aitor.

—Vale, pero luego me lo pasa a mí.

El policía se llama Mario, es uno de los más jóvenes de la comisaría de La Costa, ha sido padre recientemente y prácticamente no duerme por las noches, se lo explica a Cate y ésta se apiada de él, aunque quiera pegarle una buena colleja por llamarla señora.

Mario llama a Aitor y le pregunta si Briana está con él. Pero Cate tiene uno de sus habituales arrebatos y le quita el teléfono.

—Aitor, estás con Briana, ¿verdad?

—Sí, Cate, aquí la tengo.

—Pásame a esa cabrona.

Aitor le da el teléfono a Briana, ésta no puede evitar reírse entre dientes.

—Cate, lo siento, pero han pasado muchas cosas, pon la televisión, Martínez está grave en el hospital y Aitor habla con las ventanas.

—Qué graciosa eres —dice Aitor haciéndole burla a Briana.

—Vamos para el hotel, en veinte minutos estamos allí, no te preocupes.

—Espero que eso sea verdad, si no deja de considerarte mi amiga.

—Venga ya, pedorra, que ya llegamos.

Cuando cuelga el teléfono, Marío le da las gracias a Cate por no haberlo delatado. Este le dice que no volverá a pasar y se sienta nuevamente en su silla. Parece exhausto y a Cate le da pena.

Cate se mete en la habitación y enciende el televisor. En el canal de La Costa están dando la noticia, se ve el invernadero y hombres con trajes especiales y máscaras antigás. La foto de Sergio Arpai se ve en pantalla junto a la de Miguel, según la noticia están a punto de darle caza, se ha movilizadado a todas las unidades.

De pronto, se oye un golpe y como si algo hubiera impactado con la puerta de su habitación.

Cate, se pone alerta, la puerta; no la ha cerrado con llave. No sabe dónde esconderse y sin móvil no puede pedir ayuda, algo pasa y no es bueno. Luego respira hondo y piensa para sí misma que se está sugestionando. Decide cerrar la puerta con llave, pero al acercarse, la curiosidad puede con ella. Cate abre la puerta y allí delante tiene al mismísimo Sergi Arpai.

—Hola amiguita, pensaba que nunca saldrías.

Mario, está en el suelo inconsciente, no hay nadie más en la planta. Cate intenta gritar pero Miguel se abalanza sobre ella y le tapa la boca con una gasa impregnada en algo que tiene un olor nauseabundo. Cate intenta zafarse del letal abrazo de Miguel, pero todo a su alrededor desdibuja y pierde la consciencia.

Francesca, entra en la habitación.

—¿Qué haces aquí, mamá?

—Asegurarme de que no metas más la pata, mira que te lo dije desde un principio, Sergi, pégate a Briana, pero evita los sentimentalismos y tú vas y te haces su amiguito, de ella y de esta rubia de bote con pinta de puta.

—Yo no soy amigo de ellas, yo solo he intentado hacer las cosas bien, solo quería que estuvieras orgulloso de mí.

Cate se encuentra aparentemente inconsciente, pero puede oírlo todo, es

incapaz de articular ningún músculo de su cuerpo, que se ha quedado lánguido.

—Sí, las cosas bien, no eres más que un inútil como tu padre, acuérdate de cuando tenías que liquidar a Briana, vas y saboteas mi plan y haces que muera el delincuente ese que tenía por novio, para quitártelo de en medio y tener vía libre para follártela, porque eso es lo que querías, eres una decepción para mí, un calzonazos.

—¡¡Basta ya, mamá!! —grita Miguel.

—Claro, al señorito no le gusta oír verdades, solo quiere vivir en su nube enamorándose de quien no debe, en lugar de quitar de en medio a la única persona que nos impide heredar todo lo del viejo chiflado de Galdiu. Si por mí fuera, ya estaríamos nadando en la abundancia y no a punto de la miseria por tus experimentos con las dichas florecitas.

—Tú fuiste quien me incitó a investigar sobre las flores de Casa Galdiu, quien me sugirió que las manipulara genéticamente para conseguir que fuesen más letales y no solo hicieran vomitar al personal y perder la cordura transitoriamente. Es la receta familiar ¿recuerdas? María nos dio la clave sin saberlo siquiera.

—Déjate de tonterías, yo he sido quien ha tenido que ir recogiendo toda tu mierda y ejecutando las acciones para que todo llegara a término, yo tuve que matar al guardés y puse el maldito gallo, yo mezclé el cianuro en el azúcar para liquidar a Briana porque tú no tenías cojones de hacerlo.

Cate, abre los ojos de par en par, pero Miguel y Francesca están tan enzarzados en su conversación de locos que no se enteran. Cate, está horrorizada y ve las imágenes distorsionadas por el efecto del extracto de alcastraz que ha utilizado Miguel para dejarla K.O.

—Eso es lo que no entiendo, ¿para qué mataste al guardés?

—El guardés lo sabía todo, te dije que te reconocería y tú va y te vas de inauguración con tu amiguita a la boca del lobo, te dije que no aparecieras por la casa.

—Pero si ni siquiera me reconoció.

—¿Cómo que no?

—Yo estaba allí, ¿recuerdas?, lo vi hablando por teléfono, lo malo es que no sé con quién, le estaba diciendo que tú estabas en la casa, que no se fiaba un pelo, acuérdate que esa arpía de Briana Puig me prohibió la entrada a la casa hace muchos años. El guardés se dio cuenta de que Briana no sabía

quién eras tú y que te hacías llamar Miguel, cuando él te conocía muy bien de cuando eras pequeño. Nos iba a desbaratar los planes, por eso lo seguí hasta el cobertizo y lo maté.

—¿Y no pudiste ver a quién había llamado en su móvil?

—Estaba tan nerviosa que no caí en la cuenta hasta que tiramos el cuerpo al mar, pero es que es normal, me lo dejaste todo a mí, tú no haces nada, es igual que con la vieja, iban a descubrir que no eras su nieto, por eso la tuve que dejar fuera de combate, no le diste lo suficientemente fuerte en tu intervención; tengo que ir a terminar la faena, pero siempre está vigilada, de todas maneras han dicho que no lo contaría, pero quién sabe, mejor ser prevenida.

Francesca, se pasea de un lado a otro de la habitación, es como si encontrara placer en contar sus fechorías. Miguel, se sienta en el sofá con los codos apoyados en sus rodillas y las manos cubriéndose la cara.

—Mamá, estoy cansado, ya no puedo más, llevo toda la vida siguiendo unas directrices, haciendo todo lo que tú quieres, pero está visto que nunca estarás orgullosa de mí.

—¿Y qué esperas?, estábamos a un paso de conseguir todo lo que es nuestro por derecho, pero tú tuviste que ir a salvar a tu querida Briana de la policía, te la llevaste a la cabaña y encima eres tan estúpido que dejaste el ordenador a su alcance.

—Yo no pretendía... —comienza a decir Miguel, pero su madre le corta con toda la frialdad del mundo.

—Tú solo pretendías salvarla, como siempre, tenían que acusarla del asesinato del chico ese, estaba todo tan claro... ¡Pero no!, cometes la estupidez de enviar mensajes al móvil de Briana sin tener en cuenta la hora de la muerte de ese hombre, si es que es lo que te digo, no te enteras de nada, estás en tu mundo de corazones y arcoíris.

—Pero es que todo se salió del plan, me dijiste que lo mataríamos con el veneno, no que ibas a llevarte un trofeo.

—Recuerda que fuiste tú quien le cortó la polla al chico, hijo.

—Vale, pero me lo dijiste tú, siempre has sido tú.

—Estás pirado, sabes que yo no estaba allí, sabes lo que pienso, que no tienes agallas para nada. No tienes lo que hay que tener, no hay más.

Cate, no puede creer lo que está oyendo, un par de locos echándose por cara sus crímenes, como si hablaran del tiempo. Poco a poco, está volviendo

la funcionalidad de sus músculos e intenta moverse «si estos dos continúan así, posiblemente no se percaten de que estoy intentando escapar», piensa para sí misma. Cate, planea el modo de llegar al ascensor, es la única manera de que pueda pedir ayuda si consigue salir primero de la habitación al menos.

Ella, se arrastra con sigilo para no ser escuchada por los dos personajes más terroríficos que ha conocido en su vida. Cuando casi está llegando a la puerta, Francesca se da cuenta de la huida de la chica y grita a Miguel para que le bloquee el paso.

Este se dirige a Cate y la coge del suelo como si de un fardo se tratase. Cate parece una muñeca desvencijada y Miguel la suelta nuevamente en el frío suelo de la habitación justo delante de Francesca.

—Aquí la tienes —dice Miguel con desprecio.

—Tenemos que hacer algo con ella, yo creo que hacerle unos cortes en las muñecas y meterla en la bañera podría ser creíble, es más, podemos decir que Cate quería tener algo contigo y que se volvió loca. Que fue matando gente hasta que se dio cuenta de que nunca te iba a tener y se suicidó.

—¿Pero, qué coño estás diciendo?, no ves que eso es muy cutre, que no se aguanta ni con palillos, ¡joder mamá, para ya! —grita Miguel fuera de sí y luego prosigue—, ¡¡basta de mentiras, basta de líos, de simular, de aparentar quien no soy, de fingir que somos una familia normal cuando no sé ni lo que somos!!

—Y eso ¿a qué viene?, tenemos que acabar con esta chica y luego tenemos que salir de aquí, tu foto está por todas partes, eres un colaborador de la policía, estoy segura de que si me haces caso aún te puedes librar de esta.

Miguel mira a su madre intensamente, por un momento parece que se va a arrepentir de todo, pero luego su expresión cambia y parece estar fuera de sí, se acerca a Cate, se agacha y la coge por el cuello por ambas manos intentando estrangularla, la chica intenta a duras penas quitarse de encima a Miguel. Francesca, le grita «pero que haces imbécil» una y otra vez. Miguel, al oírla se pone más y más violento.

Cate ve pasar toda su vida en los fatídicos segundos del final de su existencia, «no puede ser, no tan pronto», reflexiona. El dolor y la angustia dan paso a la nada, y la luz se le apaga.

CAPÍTULO 41

Aitor y Briana llegan a la puerta del hotel y se encuentran al comisario y a López que acaban de aparcar.

—Hemos venido lo más rápido que hemos podido, Mario no contestaba al móvil desde hace un buen rato y hemos llamado al hotel, como tampoco les contestaba a ellos desde su habitación han subido a ver qué pasaba, Mario está en el suelo inconsciente y en la habitación de las chicas hay alguien gritando.

—¡Dios, Cate! —exclama Briana con preocupación y seguidamente sale corriendo hacia el interior del hotel.

—¡Señorita Galdiu!, no puede subir ahí arriba —le advierte el comisario en vano, porque Briana ya ha desaparecido de su vista.

Aitor corre a reunirse con ella y detrás de él López y el comisario.

Cuando Briana llega a la habitación ve a Miguel intentando estrangular a Cate y sin pensárselo se abalanza sobre él, se agarra a su cuello y le clava las uñas con todas sus fuerzas a la vez que le grita que suelte a su amiga. Este ni se inmuta y sigue apretando el delgado cuello de Cate.

De pronto, Briana, siente un fuerte golpe en su espalda, golpe que la hace soltar momentáneamente a Miguel, siente que algo líquido recorre su espalda y un fuerte dolor, todo apunta a que tiene un buen corte en su espalda, pero en este momento no le preocupa, se trata de ayudar a Cate como sea, está segura que por ella sería capaz de cualquier cosa, ella es como su hermana y nunca permitirá que nadie le haga daño.

Aitor, entra en la habitación y apuntando con la pistola a Miguel le indica firmemente que suelte a Cate, Miguel lo mira y con una cínica sonrisa la suelta y se acerca a él con la mirada fría como el hielo.

Se para cuando está muy cerca de Aitor. Este se acerca para detenerlo, pero Miguel no se lo pone tan fácil y trunca sus planes derribando a Aitor de

un golpe en el estómago. Luego le da una patada en la mano y el arma va a parar al otro lado de la estancia deslizándose por el suelo. Por último, le golpea la cabeza varias veces hasta dejarlo inconsciente.

Briana, se encuentra cara a cara con la persona que ha obstaculizado toda su vida sin ella saberlo, está frente a su dulce enemigo. El comisario y López han salido detrás de Francesca, ya, que con la confusión del momento se ha escapado. Briana siente que le tiembla todo el cuerpo y Miguel la mira con una mezcla de odio y confusión, es como si una parte de él no aceptara su verdadero yo. Briana intenta traspasar su mirada, saber a qué atenerse, jugar su última carta antes de que su enemigo termine de romper las pocas ramas que le quedan en su línea de vida. Porque eso es lo que ha sido Sergi, Miguel o cómo quiera que se llame el sujeto que tiene delante, un truncador de sueños, alguien que ha saboteado su vida, quien ha roto poco a poco sus ramas para dejarla desprotegida. Sin embargo, Briana sabe que es más fuerte de lo que él piensa, y sigue aguantando la mirada, traspasando con sus ojos el cuerpo físico de Miguel para llegar hasta su negra alma.

Miguel intenta no mantener su mirada, intenta bajar la cabeza, cerrar los ojos, mirar hacia un lado, pero la mirada de Briana es tan intensa que no puede obviarla.

«Maldita bruja», piensa para sus adentros, «me tiene hechizado, me robó el alma y ahora no puedo ignorar su mirada». Miguel, recuerda aquel momento en el que su madre le dijo que tenía que hacerle un gran favor que haría que pudiera tener todo lo que quisiera.

Que él era el elegido, tenía que derribar todos los obstáculos que impedían que su familia tuviera lo que les correspondía.

Ella lo aleccionó, le hizo aprenderse un personaje, una personalidad, una forma de ser, una forma de jugar, una forma de pensar y sobre todas las cosas, una forma de no enamorarse. Pero esto último, no pudo controlarlo y aunque Francesca urdió muy bien su perfecta tela de araña, nunca se imaginó que su hijo se enamoraría de su enemiga.

Al principio de todo, lo llevaba con su coche al barrio de Briana y por las tardes, cuando el sol estaba a punto de ponerse, lo recogía en las inmediaciones del barrio y volvían a casa como si el chiquillo viniese del fútbol, de natación o de clases de piano. Todo esto era lo que le decían a Antonio. El hombre veía como su mujer se llevaba a su hijo a todas estas actividades, pero luego esta venía quejándose de que Sergi era un zoquete y

no adelantaba en nada. Antonio le decía «¿y para qué lo llevas?», pero Francesca siempre le salía con evasivas.

Pasaban los años y Miguel se acostumbró a sus nuevos amigos, a su abuela postiza y se llegó a creer su propia mentira. Francesca, se acabó olvidando del tema durante un tiempo. Pensaba, que Miguel había dejado de acudir al barrio desde que ella dejó de llevarlo en su coche y fue lo suficientemente mayor para poder ir por la ciudad solo.

De alguna manera, pasó página temporalmente, hasta el día en que su hijo llegó a casa con los ojos inyectados en sangre gritando a los cuatro vientos que quería joderle la vida a Briana y que no iba a parar hasta conseguirlo.

Quizás, una madre normal, se hubiera dado cuenta de que su hijo actuaba por despecho, pero Francesca no era una madre normal, ella era una depredadora, una persona que siempre decía que el fin justificaba los medios, alguien que vendería su alma y su cuerpo al más letal de los infiernos.

Fue a partir de entonces, cuando empezó el verdadero sabotaje a la vida de Briana. Ella lo había rechazado por estar con ese chulo del Cerilla, ella, le había dado el más bajo de los golpes y eso se pagaba.

Francesca lo ideó todo, morirían los dos, pero Miguel en el último momento llamó a Briana, «necesito ayuda», dijo, y Briana no dudó un instante, sabía que Miguel no era de los que pedía ayuda si realmente no la necesitaba. Quedaron, y Miguel le dio plantón, ella esperó y esperó e intentó localizarlo sin suerte. Al final se fue a su casa y lo demás, era demasiado terrible, demasiado fuerte para una chica tan joven, su primer amor, muerto.

—Se acabó el juego, Miguel —dice Briana firmemente y sin apartar su mirada desafiante de su enemigo.

—¿Qué te hace pensar que esto no es el principio? —pregunta Miguel hablando con los dientes apretados, casi sin abrir la boca.

—Yo creo que ya me habéis hecho bastante daño, ¿no?

—Puede, yo solo quería lo mejor para ti.

—¿Lo mejor para mí?, me dejaste vacía, sin amor, sin confianza en mí misma, sintiendo que no servía para nada, si eso es lo mejor para mí, ¿qué es lo peor?

—Si yo no hubiera intervenido, mi madre te hubiese liquidado hace ya mucho tiempo.

—Y yo tengo que agradeceréte lo ¿no?

—No sé, Briana, siempre te empeñaste en ir a contra corriente, haciendo

lo que no debías, mirando hacia otro lado, yo solo corregía el rumbo erróneo.

—Tiene gracia, mira, ya da igual, la cuestión es que esto tiene que parar, has hecho mucho daño matando a toda esa gente.

—Claro, ¿he sido yo, verdad?, todo lo he hecho yo... piensa lo que quieras.

—Si lo que me quieres decir es que ha sido la arpía de tu madre, con más razón esto tiene que parar.

Briana, se acuerda de pronto del porqué de que le sonara el apellido Arpai, es el apellido de Francesca. Su abuela siempre decía que hasta el apellido lo tenía de arpía. Sergi usaba el apellido de su madre probablemente para ocultar que era un Galdiu, hasta ese detalle había sido cuidado al milímetro.

A Miguel, le cambia la cara, es como si se transformara en otra persona y grita fuera de sí.

—¡¡No te atrevas a insultar a mi madre!! Te juro que te mato sin remordimientos si la vuelves a nombrar.

Briana no dice nada, simplemente lo sigue mirando, está muy asustada y el corazón le va a mil por hora, pero sabe que si lo vuelve a provocar, Miguel les hará algo, y tiene la convicción de que el primer perjudicado será Aitor que sigue inconsciente al igual que Cate.

Miguel se acerca a Briana, ésta retrocede, pero Miguel parece conducido por una fuerza extraña, es como si fuese un títere manejado por unos hilos invisibles, su mirada se torna vacía, es la mirada de alguien que ha perdido el corazón, piensa Briana para sí.

De repente, se abalanza sobre ella y la coge por el cuello, Briana siente una presión muy fuerte e intenta zafarse de Miguel con todas sus fuerzas, de pronto siente que esta situación ya la ha vivido y ahora puede constatar a ciencia cierta que el motorista que la atacó era este mismo Miguel que ahora tiene delante, un autómatas, un ser mecánico, sin alma.

Briana patatea, le pega puñetazos a Miguel en la espalda, pero este no responde. De repente, Miguel baja la intensidad de la presión ejercida en su cuello y ella abre los ojos. Aitor y Miguel vuelven a estar enzarzados en una pelea a muerte, como si de dos gallos se tratara. Sin embargo, este Miguel tiene todas las de ganar, Aitor está muy débil y aunque intenta por todos los medios reducirlo no puede más que ser un simple saco de serrín en las manos de Sergi Arpai.

Briana, se levanta e intenta localizar el arma de Aitor, a gran velocidad mira por el suelo de la estancia y ve la pistola cerca de la cama. Corre a por ella y apunta a Miguel.

—¡Suelta a Aitor, malnacido!

Miguel sostiene a Aitor por el cuello, y Aitor está tan sumamente derrotado que parece un muñeco desvencijado entre sus brazos.

—¡Te he dicho que lo sueltes!

Miguel se ríe como si de un loco se tratara y luego susurra.

—¿Qué estás dispuesta a hacer para que suelte a esta basura?

—Dime, ¿qué propones?, acabemos con esto ya de una vez.

Miguel saca de su bolsillo una jeringuilla con una sustancia negra en su interior.

—Mira, ¿ves esto?, tiene la suficiente cantidad de veneno para provocar la muerte en segundos, pero, como tú eres una de esas personas que lo vomita y luego hace cosas sin sentido, te he preparado una dosis especial. Entonces, tú eliges, salvar a tu querido Aitor, o salvarte tú.

—¿Olvidas que tengo una pistola?, ¿que puedo disparar en cualquier momento?

—No, Briana, no lo he olvidado, pero sé de sobra que no tienes ni idea de usarla, tú no sabes disparar, y si lo hicieras podrías equivocarte y darle a tu chulo en lugar de a tu objetivo —dice Miguel haciendo gala de su control sobre Briana y luego añade—. Con la solución que yo te propongo, al menos se podrá salvar uno de los dos.

—Di lo que tengas que decir, sabandija.

—Te tienes que inyectar lo que hay en esta jeringa, solo así soltaré a tu queridísimo Aitor, si no lo haces, le partiré el cuello, tú decides.

—¿Y cómo puedo estar segura de que no le romperás el cuello igualmente?

—Está claro que tendrás que confiar en mí.

—Lo siento, pero la única manera de que yo me inyecte esta porquería es que Cate y Aitor estén a salvo, vámonos de aquí y márame si quieres, inyéctame este mejunje o lo que te dé la gana, pero a ellos dos no los metas en esto.

—¿Y quién me dice que puedo confiar en ti? —pregunta Miguel devolviéndole la pelota a Briana.

—Mira, yo voy a dejar el arma en el suelo, pero tú tendrás que soltar a

Aitor y salir de esta habitación conmigo.

Miguel mira a Briana con una cínica sonrisa y luego tira a Aitor al suelo como si de un despojo se tratara.

Briana deja la pistola en el suelo, Aitor la mira y niega con la cabeza, Briana lo mira intensamente y luego sale de la habitación.

Miguel se dirige a la puerta no sin antes pegarle una patada a la pistola.

El corazón de Briana va a mil por hora, sabe que la superioridad física de Miguel es cien veces mayor a la suya, sabe que se dirige a una muerte segura, pero ella es una mujer con las cosas claras cuando la situación lo requiere, y si hay alguien valiente, es Briana Galdiu.

CAPÍTULO 42

Miguel le da alcance a Briana, se pega a su espalda y esta siente su erección rozándole el trasero. Briana siente horror, asco y todo lo malo que se pueda llegar a sentir. Ella intenta alejarse, pero Miguel le susurra al oído.

—Como te muevas un solo milímetro te clavo esto en tu preciosa yugular y luego entro en la habitación y acabo con tus dos amiguitos.

Por primera vez, desde que llegó al hotel, dos lágrimas resbalan por las mejillas de Briana, verdaderamente se siente derrotada.

—Miguel, por favor, me estoy mareando, necesito sentarme un momento.

Miguel se queda estupefacto, su cerebro mecánico no puede resistirse a una petición de Briana y de pronto se siente imbécil, tiene claro que es una trampa.

—Continúa, conozco tus juegucitos, Bri.

—No es ningún juego Miguel, me estoy mareando, por favor sentémonos unos segundos.

—¡Qué sigas caminando, puta!

Briana cae al suelo inconsciente.

Miguel se acerca a ella con cautela, la examina, la mira, se agacha y se pone de rodillas a su lado.

Al verla tan vulnerable, tan a su alcance en ese momento, Miguel introduce su mano por debajo de la sudadera de Briana. Recorre su piel, piel que jamás ha tocado sin haberla narcotizado antes con su droga «Alcatraz».

Está inconsciente, pero es igual, esta vez no está bajo el efecto de nada, es Briana, es ella y entonces alcanza su pecho, levanta su ropa lentamente y se acerca a su pezón con la mirada cargada de deseo. Miguel suelta la jeringuilla y con la otra mano coge el pelo de Briana y lo estira hacia atrás.

Una especie de *déjà vu*, el asco, el miedo y la repugnancia que siente Briana al ser tocada por Miguel, la hacen permanecer inmóvil, como si de una de sus parasomnias se tratara. La sensación es la misma, angustia al ver

que no se puede mover cuando puede verlo y sentirlo absolutamente todo, no obstante, esta vez hay algo distinto y es que Briana puede moverse, Briana puede alcanzar la jeringuilla y Briana puede clavársela a Miguel en su cuello a la vez que grita.

—¡¡Quita tus sucias manos de mi jodida teta!!

Luego sacando fuerzas de algún lugar desconocido para ella, Briana empuja a Miguel y se lo quita de encima. Este queda semisentado contra la puerta del ascensor. Sus ojos se tornan negros y su boca permanece abierta, su cuerpo convulsiona y luego, la nada. Miguel, Sergi Arpai y toda su maldad han muerto.

Briana permanece quieta delante de él, por alguna extraña razón las manos de Miguel sobre ella le han causado una sensación muy desagradable, es como si ya la hubiera sentido antes, pero es imposible, ¿O no?, Briana no quiere pensarlo, sería ya demasiado horrible. De pronto, se abre la puerta del ascensor y el cuerpo de Miguel cae hacia un lado. El comisario y López acompañan a Francesca ya esposada.

—¡Mi hijo!, ¡mi hijo! —grita fuera de sí a la vez que aúlla desgarradoramente.

Briana no dice nada, solo da media vuelta y se dirige hacia la habitación.

—Te mataré, ¿me oyes? Y si no soy yo, será alguien que te odie tanto como te odio yo, lo que tengo claro es que no vas a ser feliz en tu jodida vida, te lo juro.

Briana se gira y sentencia:

—Ahora no podrás decir que no has conseguido lo que te corresponde por derecho, feliz estancia en tu gran castillo de barrotes de acero, tía Francesca.

Y Briana sigue caminando, respira hondo, ahora sí, ahora ya puede ser feliz.

EPÍLOGO

Abro los ojos y no puedo moverme, veo mi habitación, veo a Aitor durmiendo a mi lado, oigo un ruido, alguien arrastra algo que parece ser una barra de hierro, el ruido cada vez se oye más cercano, al igual que la sombra que se acerca a mí sin que yo me pueda defender, es ella, es Tina, su cara blanquecina se acerca a la mía y de pronto vomita algo negro sobre mí. Noto el líquido espeso y caliente que chorrea por mi cara. Intento gritar, pero no puedo, intento llamar a Aitor, pero es imposible, de pronto, me doy cuenta de que es solo un sueño, que tengo que tranquilizarme, esto es solo fruto de mi imaginación, respiro hondo, me relajo, puedo moverme otra vez, ya no se oye nada, Tina ya no está y la desagradable sensación del líquido que me ha echado encima ya no me acompaña. Estoy bien, estoy con el hombre que quiero y ya no hay ninguna amenaza a mí alrededor.

Aitor se despereza y me mira.

—Buenos días, soñadora.

—Buenos días, cariño.

—Me encanta cuando te despiertas de buen humor.

—Y a mí que te despiertes conmigo todos los días. —Me sorprende diciendo estas cosas otra vez, me sorprende enamorada y sobre todo me sorprende que he encontrado a un buen hombre que me quiere de verdad y como yo, tiene un pasado complicado. Ambos estamos pasando página, él, por la fatídica muerte de su mujer, yo, por todo lo vivido y ahora, el futuro es nuestro y el pasado mejor no mirarlo ni para consultar en una de sus páginas.

Después de la muerte de Miguel, la detención de Francesca y su condena, una larga estancia en una magnífica casa con barrotes, todo ha ido a las mil maravillas. Ya es primavera, Martínez, salió del coma, estuvo un tiempo convaleciente, sin embargo, ya está muchísimo mejor y ayer me enteré de que se iba a casar con su novia de toda la vida. Mi amiga Cate, estuvo a punto de morir, pero ella es tan fuerte como una roca y consiguieron reanimarla, fue

una testigo crucial en el juicio a Francesca. Ahora está de vacaciones con su novio americano, y se lo está pasando de miedo.

La señora Trinidad, murió dos días después de la agresión, dada su avanzada edad, no pudo recuperarse de los golpes que le propinó primero Miguel y luego Francesca.

Todo ha vuelto a la normalidad, aunque al principio no estaba segura, decidí disfrutar de la casa de mis antepasados y ahora Aitor y yo vivimos juntos en Casa Galdiu. Estamos reformando la tercera planta y le estamos dando un aire moderno, contrasta con el resto de la casa, pero no quiero que esto sea la mansión de Dorian Gray con su planta prohibida y siniestra, quiero que sea un lugar totalmente diferente de lo que fue. Quiero quitarle el olor a muerte.

Solo hay una espinita que tengo clavada. No consigo contactar con Sonia. Después de la primera llamada lo intenté en varias ocasiones, incluso le envié fotografías mías y también las de las dos que conservo por WhatsApp. No obstante, nunca vi que su teléfono estuviera en línea en esos momentos, incluso al no obtener respuesta, volví a llamar una última vez, pero, su teléfono ya no existía. En la dirección de La Capital que encontré en el ordenador de Miguel ya no vivía nadie, Aitor y yo preguntamos a los vecinos; nos dijeron que la mujer que vivía allí se había mudado meses atrás y de improviso. No tenía contrato de alquiler y atendía al nombre de Antonia por lo que nos dijo su antiguo casero; también nos dijo que pasaba poco tiempo en aquel domicilio y siempre la veían cargada con una maleta, como si estuviera de paso.

Estela no me aclara nada, me da evasivas y me dice que deje las cosas como están, que ahora soy feliz. Pero me gustaría saber de ella, saber de la que yo siempre pensé que era mi madre biológica, y en cierto modo, lo fue, tal parece que no quiere ser encontrada, sin embargo, sé que al final conseguiré dar con ella y al menos verla una vez más, agradecerle lo que hizo por mí y llamarla mamá, como cuando era muy pequeña y todo mi mundo giraba alrededor de ella y de mi abuela.

Con respecto a María, Juana y demás, he pensado mucho y he llegado a la conclusión de que por alguna razón quería estar a mi lado, ya, que nunca lo había hecho, ella no hizo nada, la que me envenenó fue Francesca. Ella intentó cuidarme, quería resarcirse por no haberlo hecho nunca, era otra persona, con sus viejos instintos olvidados durante su vida en Rumania con

su nueva familia. Pienso que la droga de Miguel tuvo algo que ver para que ella volviera a las andadas, esa droga que no era otra cosa que un extracto de flores negras, de simples calas, añadiéndole potentes drogas de diseño que eran lo que en realidad ocasionaba todos esos efectos alucinógenos y demás. La «receta», era de ella, de mi madre biológica. Era una cría, quién sabe cómo consiguió una sustancia de tal calibre, pero, todavía hay muchas incógnitas en torno a la persona de María Galdiu. Preguntas, que quizás jamás serán contestadas, preguntas, que mejor dejar volar, porque como dicen, a veces es mejor no remover el pasado. María fue enterrada en la tumba que siempre habitó supuestamente, el funeral se celebró un día después de la muerte de Miguel, tras días y días de estudios en la morgue.

Durante el juicio a Francesca, ésta negó el haber matado a María; bueno, en realidad negó haber matado a todas sus víctimas, sin embargo, según Aitor, cuando se exculpó del crimen de mi madre lo hizo con más ahínco, como si estuviera diciendo la verdad.

Salgo a pasear por los terrenos de Casa Galdiu, un olor nauseabundo me hace taparme la nariz, sigo caminando y me quedo atónita, no puedo creer lo que ven mis ojos, miles, millones de flores alcatraz negras. Las flores de Casa Galdiu, eso es lo que me dijo Cate que le había oído a esos dos locos, en su momento me extrañó, nunca vi ese tipo de flores en la finca, pero ahora lo entiendo todo, esas flores habían permanecido ocultas, latentes, subyacentes, hasta la llegada de la primavera.

A lo lejos la veo, me mira, tiene algo en la mano, es un cuchillo, sonrío y se hace un corte en la muñeca. Estoy horrorizada, se ríe estridentemente, a carcajadas, da escalofríos, me mira intensamente se ha ido acercando y la tengo a escasos metros de mí. Una lágrima negra cae por su cara blanca como la leche. Cierro los ojos y grito con todas mis fuerzas «¡¡NOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOOO!!!», fundido a negro.



Lisbeth Cavey

O

Maribel C. Gómez

(Tarragona 1977)

Empecé a escribir cuando apenas tenía cinco o seis años, lo hacía de derecha a izquierda, soy zurda, era más cómodo. Solía escribir cuentos o poesías y las ilustraba. A los once años les pedí a mis padres que me regalaran un diario por mi cumpleaños; desde entonces fui plasmando mi vida en aquel cuaderno rojo con páginas ribeteadas en oro, lo sé, ¡horrible! No escribía a diario, lo hacía cada vez que necesitaba desahogarme. Tengo toda mi adolescencia registrada, sin embargo, la letra no la entiendo ni yo, quizás, algún día descifre mis diarios y pueda aprovecharlos para escribir esa novela que seguro me catapultará a las estrellas, de sueños también se vive.

No tengo carrera, soy una chica FP y contable de profesión. Durante mis estudios siempre destaque por mis dibujos y mis historias contadas de diferentes formas. La imaginación fue mi aliada y mi verdugo a la vez, pues hay personas que no entienden que un niño necesita imaginar y si lo hace de manera más intensa que los demás, no es que sea raro, solo es alguien que tiene mucho que contar.

Cuando ya estaba más cerca de los cuarenta que de cualquier otra edad,

publiqué mi primer libro. Tiempo después lo borré de Amazon, la inseguridad y los múltiples errores fueron más fuertes que yo. Mi segundo libro, «Subyacente: El Informe Alcatraz», para mí, mi opera prima; me dio muchas alegrías y se vendió muy bien en Estados Unidos, es muy especial para mí y una locura maravillosa. Es este mismo libro que tienes en las manos, hoy, renombrado como «El informe Alcatraz», pero corregido de nuevo y con esos errores de principiante reparados en la medida de lo posible.

En 2017, publiqué «Imperfecta rara avis», si quieres leer un libro que no te deje indiferente no dejes de echarle un vistazo, te va a sorprender, seguro.

«El Círculo de alas negras», lo publiqué en 2018, si te gusta pasar miedo y la intriga al 100 % no dudes que disfrutarás con este libro.

En 2019, publiqué «Fénix: Lejos del cielo», una thriller romántico que toca varias temáticas y es mi libro más extenso. Es muy especial para mí, y si le quieres dar una oportunidad, verás por qué.

Espero que hayas disfrutado de esta novela y si lo has hecho, déjame tu opinión en Amazon, en Goodreads, en las redes sociales o dímelo por privado. Pero me encantaría saber tu opinión.

AGRADECIMIENTOS

Voy a ser muy escueta en mis agradecimientos, esta es una segunda edición, y mi familia sabe que agradezco que me tengan paciencia, soy una pesada con mis libros, me encanta fantasear con tener miles de lectores, de sueños también se vive y yo soy una soñadora.

A Luz Maestre, por brindar siempre su ayuda desinteresada e intentar que mis libros lleguen a más personas, estás al otro lado del charco, pero siempre ahí, mil gracias loquilla. A Sonia Martínez Gimeno, por ser una lectora cero de lujo y hacerme ver el gran problema que tengo con las comas que, o me las como directamente, o sobran. A Amanda Sanh, por ofrecerse a leer esta novela y darle un repaso, mil gracias también. A Susana Aguilera y a A. R. Cid por ofrecer ambas su apoyo desinteresado. A Joan Bekker, por su labor aconsejando en marketing a la fauna indie en el grupo EBLE: El baúl de lectores y escritores, intentaré ponerlos en práctica para el lanzamiento de este libro. Y A ti, lector, te agradezco que te hayas tomado la molestia de comprar o descargar este libro por Kindle Unlimited y que hayas llegado hasta aquí. Muchas gracias.

Sígueme en:

https://twitter.com/nalen_gomez

<https://www.facebook.com/MaribelCGomez/>